
HARLEQUIN
Bianca
SU LIBRO
100
CAROL MARINELLI
HEREDEROS
DE LA INOCENCIA AL AMOR
CAROL MARINELLI




# DE LA INOCENCIA AL AMOR

CAROL MARINELLI






Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


De la inocencia al amor, n.º 133 — octubre 2017
Título original: The Innocent's Secret Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.



I.S.B.N.: 978-84-9170-548-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Prólogo

NO era posible.

Una figura lejana captó la atención de Raul di Savo mientras daba las gracias a quienes habían asistido al entierro de su madre. No se atrevería a ir precisamente ese día. La campana de la pequeña iglesia siciliana había dejado de tocar hacía un buen rato, pero todavía le retumbaba en los oídos.

—*Condoglianze.*

Raul hizo un esfuerzo para concentrarse en el anciano que tenía delante y no en el joven que estaba en los alrededores del cementerio.

—*Grazie.*

La mayoría no se había acercado por las circunstancias de la muerte de Maria y porque les daba miedo la ira del padre de Raul. Gino no había asistido al funeral de su esposa. «Era una ramera cuando me casé con ella y seguía siéndolo antes de su muerte». Así le había comunicado su defunción a su hijo. Raul, a quien le habían dicho que su madre había tenido un accidente automovilístico, había viajado de Roma a Casta, un pueblo en la costa occidental de Sicilia, pero había llegado tarde, cuando ella ya había fallecido. Lenta y dolorosamente, había unido las piezas de los asombrosos acontecimientos que habían llevado a la muerte de Maria. En ese momento, cumplía con las obligaciones familiares y recibía las condolencias junto a la tumba. Efectivamente, le daban las condolencias, pero muy poco más. Lo sucedido durante los últimos días y las condenas que se extendían por el valle hacían que hasta la frase más inocente fuese una burla.

—Era una buena… —un amigo de toda la vida titubeó al no saber qué decir—. Era…. Echaremos de menos a Maria.

—Sí, la echaremos de menos —confirmó Raul.

El olor a tierra recién removida le bajó por la garganta y supo que no tendría consuelo. Había esperado demasiado para salvarla y ya no estaba. Había estudiado mucho y con tan buenos resultados que había recibido una beca y, como siempre había querido, había podido salir del valle de Casta o, como su amigo Bastiano y él lo llamaban, el Valle del Infierno. Había estado decidido a llevarse a su madre lejos de su padre.

Se llamaba Maria di Savo. Algunos pensaban que era una desequilibrada. Quizá fuese más apropiado decir que era frágil. Maria, profundamente religiosa hasta que conoció a su padre, había esperado entrar en el convento del pueblo, un edificio imponente con vistas al estrecho de Sicilia. Había llorado cuando tuvo que cerrar por las pocas monjas que tenía, como si su ausencia hubiese contribuido al declive.

El edificio llevaba mucho tiempo abandonado, pero Raul no recordaba ni un solo día en el que su madre no se hubiese arrepentido de no haberse hecho novicia, siguiendo los dictados de su corazón.

Si lo hubiese hecho… Se quedó reflexionando sobre su propia existencia porque el embarazo impuso a Maria el más desdichado de los matrimonios. Él siempre había odiado el valle, pero nunca como en ese momento. No volvería jamás. Sabía que el ocaso de su padre bebedor ya estaba garantizado porque la caída sería imparable sin los cuidados de Maria.

Sin embargo, había que ocuparse de otra persona, del hombre que había provocado ese trágico final. Había prometido, mientras echaba el último puñado de tierra en la tumba abierta de su madre, que haría lo que hiciese falta para hundirlo.

—La echaré de menos.

Raul levantó la mirada y vio a Loretta, una amiga de toda la vida de su madre que trabajaba en el bar familiar.

—Que hoy no haya jaleo, Raul.

Raul frunció el ceño por lo que había dicho, hasta que se dio cuenta de por qué parecía preocupada. Él estaba mirando al hombre que se veía a lo lejos, a Bastiano Conti. Tenía diecisiete años, un año menos que él, y sus familias estaban enfrentadas. El tío de Bastiano era el dueño las tierras y viñedos de la parte oeste del valle, y el padre de Raul era el rey del este. La rivalidad se remontaba generaciones, pero los jóvenes la habían pasado por alto y habían sido amigos. Habían ido juntos al colegio y habían estado juntos durante las largas vacaciones de verano. Antes de que se marchara del valle, Bastiano y él habían estado bebiendo vino de los viñedos rivales, y habían estado de acuerdo en que eran unos vinos espantosos.

Eran parecidos físicamente, altos y morenos, y solo eran distintos en la forma de ser. A Bastiano, un huérfano, lo había criado su amplia familia y había llevado una vida muy cómoda. Raul, en cambio, era serio y desconfiado y le habían enseñado a adaptarse a las circunstancias. No confiaba en nadie, pero decía lo

que tuviera que decir para salir adelante.

Aunque tenían un estilo distinto, las mujeres adoraban a los dos. Bastiano seducía y Raul se limitaba a devolver el favor. No habían sido rivales, los dos podían elegir y había muchas mujeres en el valle. Sin embargo, Bastiano había empleado su encanto sombrío con las más débiles y se había hecho amante de Maria. Maria no solo había tenido una aventura, se había acostado con un integrante de la familia que Gino consideraba sus enemigos. Cuando se descubrió la aventura, cuando Gino se enteró de los rumores, Loretta la llamó para advertirle de que Gino iba a casa y estaba furioso. Maria había tomado un coche que no sabía conducir, y eso no era nada prudente en el valle. Él sabía que el accidente no habría sucedido de no haber sido por Bastiano.

—Raul…

Loretta lo dijo en voz baja porque notaba que la tensión se adueñaba de él y podía oír su respiración entrecortada. Le tomó la mano aunque sabía que nada podía detenerlo en ese momento.

—Eres siciliano y eso quiere decir que tienes toda la vida para vengarte, que no sea hoy.

—No.

¿Raul estuvo de acuerdo o discrepó? Todas las palabras le salían mal, tenía la voz ronca y podía ver las venas de la mano y sentir las palpitaciones en las sienes. Estaba dispuesto a pasar a la acción y solo sabía que odiaba a Bastiano con toda su alma. Soltó la mano de Loretta, se puso en marcha y apartó a alguien que quiso pararlo.

—¡Raul! —el sacerdote lo llamó en tono de advertencia—. No aquí, ni ahora.

—¡Entonces, que no hubiese venido! —replicó Raul mientras cruzaba el cementerio.

Entonces, aceleró y que Dios se apiadase de Bastiano porque el odio y la furia impulsaron los últimos pasos de Raul.

—*Pezzo di merda…*

Cualquier hombre en su sano juicio se habría dado la vuelta y se habría marchado, pero Bastiano se dirigió hacia Raul insultándolo también.

—Tu madre quiso…

Raul no dejó que terminara. Ya la había deshonrado bastante y le dio un puñetazo. Notó que el diente de Bastiano se le clavaba en el nudillo, pero fue lo último que sintió. El dolor, la rabia y la vergüenza eran un cóctel explosivo. Lo mataría, pero Bastiano no estaba dispuesto a ponérselo fácil. Se oyeron gritos y el ruido de las sirenas a lo lejos. Raul no sintió nada cuando lo tiraron contra una

tumba. El granito le rompió el traje oscuro y la camisa blanca por la espalda y le desgarró la carne, pero daba igual. Su espalda ya estaba llena de cicatrices por las palizas de su padre y la adrenalina era un anestésico muy potente.

Sin embargo, Bastiano no se daba por vencido. Raul lo agarró, le dio otro puñetazo en la cara y machacó con placer esos rasgos perfectos. Entonces, lo tumbó y le dijo que debería haberse mantenido alejado de su madre.

—¡Como has hecho tú!

Esas palabras le dolieron más que cualquier golpe porque sabía que eso era exactamente lo que había hecho, se había mantenido alejado de su madre.

# Capítulo 1

OTRA vez Roma… Otra vez Roma… La ciudad del amor.

Lydia Hayward, envuelta en una toalla y mojada por la ducha, se tumbó en la cama de la suite y pensó en lo irónico que era todo. Estaba en Roma y esa noche iba a salir con un hombre muy cotizado, pero no tenía nada que ver con el amor. Tenía que ocuparse de asuntos más prosaicos, aunque, naturalmente, no lo habían dicho claramente.

Su madre no la había llamado una noche y le había explicado que lo perderían todo sin el pozo sin fondo de dinero de ese hombre. Todo era el castillo donde vivían y que también era el negocio familiar. Además, naturalmente, Valerie no le había dicho que tuviese que acostarse con el hombre que su padrastro y ella iban a conocer esa noche, se había limitado a preguntarle si tomaba la píldora. ¿Desde cuándo le preocupaban esas cosas a su madre? Ella ya había estado en Italia una vez, en un viaje del colegio cuando tenía diecisiete años, y su madre no le había preguntado nada. En cualquier caso, ¿por qué iba a tener que tomar la píldora?

A ella le habían dicho que tenía que protegerse y lo había hecho. No por las instrucciones de su madre sino, más bien, porque no sabía bajar la guardia. La gente la consideraba fría y distante, pero era preferible que pensaran eso a tener que mostrar su corazón. Así, por defecto, se había protegido aunque, para sus adentros, esperaba el amor. Tendría que ser en otra vida. Esa noche iban a dejarla a solas con él.

Se le cayó la toalla y, aunque estaba sola, volvió a taparse inmediatamente.

Estaba a punto de que le diera un ataque de pánico y no le había dado uno desde… ¿Roma o fue Venecia? Las dos. Aquel viaje atroz con el colegio.

Había aceptado hacer ese viaje a Roma con la esperanza de enterrar un fantasma y para ver Roma con ojos de adulta. Sin embargo, en ese momento, el mundo le asustaba tanto como cuando era una adolescente. Tenía que dominarse.

Se levantó de la cama y se vistió. Iba a encontrarse con Maurice, su padrastro, a las ocho para desayunar. Se peinó apresuradamente el pelo largo y rubio. Se había comprado un vestido de lino gris con

botones desde el cuello hasta el dobladillo y, probablemente, no era el más adecuado para… ¡Nadie esperaba que se acostara con él! Estaba siendo increíblemente ridícula incluso al pensar en eso. Esa noche tomaría algo con ese hombre y con su padrastro, le agradecería su hospitalidad y le explicaría que iba a salir con unos amigos. Arabella vivía en Roma y le había dicho que tenían que verse cuando ella pasara por allí. Mejor dicho… Sacó el teléfono y mando un mensaje de texto.

*Hola, Arabella.*

*No sé si recibiste mi mensaje. Estoy en Roma y esta noche puedo salir a cenar si te apetece.*

*Lydia*

Salió de la suite, tomó el ascensor y bajó al comedor para desayunar. Se vio en un espejo mientras cruzaba el vestíbulo. Aquellas clases de comportamiento habían servido para algo al menos, era la viva imagen de la serenidad y llevaba la cabeza alta aunque quería salir corriendo.

—*No, grazie*.

Raul di Savo rechazó el segundo expreso que le había ofrecido el camarero y siguió leyendo informes en el hotel Grande Lucia, donde acababa de desayunar. Su abogado había reunido alguna información, pero no le había llegado hasta esa mañana y tenía una reunión con el sultán Alim al cabo de un par de horas, así que no podía perder el tiempo.

Aun así, el Grande Lucia era un hotel especial y se permitió levantar la mirada de la pantalla del ordenador para apreciar el lujoso comedor que ya estaba preparado para el desayuno. Se oía el agradable tintineo de la porcelana y los murmullos de las conversaciones. Además, aunque era elegante, la habitación tenía un aire relajado que había hecho que la estancia, hasta ese momento, hubiese sido placentera. Ese sitio transmitía cierto ambiente de un mundo antiguo que decía mucho de la historia y belleza de Roma… y él quería que el hotel fuese suyo.

Había estado dándole vueltas a la idea de sumarlo a los que ya tenía y había pasado la noche en la suite presidencial como invitado del sultán Alim. No había esperado quedarse impresionado, pero lo estaba. Cada detalle era perfecto, la decoración era impresionante, el personal era atento y discreto y parecía un buen refugio para quien viajaba por trabajo y para turistas adinerados. En ese

momento, estaba planteándose seriamente adquirir ese hotel… y eso significaba que Bastiano estaba haciendo lo mismo.

Habían pasado quince años y la rivalidad seguía siendo la misma. El odio mutuo era una motivación silenciosa y cotidiana, un cordón negro que los unía. Y Bastiano iba a llegar ese mismo día, pero más tarde. Él sabía que Bastiano también era amigo personal del sultán Alim y había llegado a preguntarse si eso habría tenido algún peso en las negociaciones, pero lo había descartado enseguida. El sultán Alim era un magnífico hombre de negocios y estaba seguro de que su amistad con Bastiano no habría influido en sus tratos.

Sin embargo, esperaba que su presencia en el hotel incomodara a Bastiano porque, si bien se movían en círculos parecidos, sus caminos se cruzaban muy pocas veces. Él ni siquiera volvió a Casta cuando murió su padre. No tenía que presentar ningún respeto. Sin embargo, Casta seguía siendo la base de Bastiano y había convertido el antiguo convento en un retiro para los ricos de verdad. En realidad, era un centro de rehabilitación increíblemente caro.

Su madre estaría revolviéndose en la tumba.

Sus pensamientos sombríos se vieron interrumpidos cuando el caballero de mediana edad que tenía sentado a la derecha expresó en voz alta su descontento.

—¿Hay que dormir aquí para que te atiendan? —preguntó en un inglés impecable.

Al parecer, los turistas estaban impacientándose. Sonrió para sus adentros cuando el camarero siguió sin hacerle caso al inglés presuntuoso. Estaba harto. Ese hombre no había dejado de quejarse desde que lo acompañaron a la mesa y no había absolutamente nada de lo que quejarse, y no estaba siendo generoso. Pasaba muchas noches en hoteles, sobre todo, en los que eran suyos, y tenía más sentido crítico que la mayoría. Había ciertas normas de comportamiento y ese hombre, pese a su acento, no las seguía. Parecía dar por supuesto que, como estaba en Roma, nadie hablaría inglés y sus insultos pasarían inadvertidos. Lo cual, no era verdad.

Señaló levísimamente su taza de porcelana. Fue un gesto tan sutil que casi nadie lo habría visto, pero bastó para indicarle al camarero que había cambiado de opinión y que tomaría otro café. Además, sabía que ese trato enfurecería al comensal que tenía a su derecha, y lo hizo a juzgar por el resoplido de indignación que oyó.

Perfecto. Efectivamente, quería ese hotel. Repasó las cifras otra vez y decidió que haría algunas llamadas más para intentar saber el

motivo verdadero para que el sultán lo vendiera. Por mucho que hubiera indagado, no encontraba un motivo para que lo hiciera. Si bien tenía muchos gastos, también era rentable. La flor y nata se alojaba en el Grande Lucia y allí bautizaban y casaban a sus hijos. Tenía que haber algún motivo para que Alim lo vendiera y él estaba dispuesto a averiguarlo.

Entonces, cuando iba a marcharse, levantó la mirada y vio que una mujer entraba en el comedor. Estaba más que acostumbrado a las mujeres hermosas y había tanta gente en la habitación que no debería haberse fijado, pero ella tenía algo que le llamó la atención. Era alta y esbelta y llevaba un vestido gris. El pelo rubio parecía recién lavado y le caía sobre los hombros. Vio que hablaba un momento con el maître y que se dirigía hacia él. Aun así, él no apartó la mirada.

Ella se abrió paso elegantemente entre las mesas. Tenía un cutis muy claro y, de repente, quiso estar lo bastante cerca de ella como para saber de qué color eran sus ojos. Ella levantó una mano y la sacudió levemente. A él se le cayó el alma a los pies, aunque casi nunca se le caía el alma a los pies en lo relativo a las mujeres. Se dio cuenta de que estaba con… él, de que iba a desayunar con el detestable hombre que tenía a su derecha.

Era una lástima.

La hermosa rubia pasó junto a su mesa y no pudo evitar fijarse en la hilera de botones que le bajaba desde el cuello hasta el dobladillo del vestido, pero volvió a concentrarse en la pantalla del ordenador en vez de desvestirla mentalmente. Que estuviera con alguien hacía que no le interesara en ese sentido. No soportaba los engaños, las infidelidades. Dejó a su paso una nube delicada, fresca y embriagadora que permaneció unos segundos flotando.

—Buenos días —dijo con una voz que, al contrario que la de su acompañante, era agradable.

—Umm…

El inglés no correspondió casi al saludo y él decidió que algunas personas no sabían apreciar lo bueno de la vida… y esa mujer estaba entre lo mejor. El camarero también lo supo y acudió inmediatamente para atenderla. Ella intentó pedir el desayuno en un italiano de colegiala y añadió un torpe *«per favour»*. Normalmente, ante un italiano tan malo, se respondería en inglés y con cierta arrogancia, pero el camarero asintió con la cabeza —*Prego*.

—Yo tomaré otro café —intervino el hombre y siguió en voz alta antes de que el camarero se hubiese marchado—. El servicio es

espantoso y muy lento. Solo he tenido problemas con los empleados desde que he llegado.

—A mí me parece excelente —replicó ella en un tono tajante—. He comprobado que «por favor» y «gracias» hacen milagros, deberías intentarlo, Maurice.

—¿Qué piensas hacer hoy? —preguntó él.

—Espero hacer algo de turismo.

—Bueno, tienes que ir de compras, a lo mejor deberías pensar en algo menos… gris. He preguntado al conserje y me ha recomendado una peluquería y salón de belleza que está cerca del hotel. Te he hecho una reserva a las cuatro.

—¿Cómo dices?

Raul estaba a punto de cerrar el ordenador portátil. Su interés se había esfumado en cuanto se había dado cuenta de que estaba con alguien… hasta que el hombre siguió hablando.

—Hemos quedado con Bastiano a las seis y querrás tener tu mejor aspecto.

Raul, al oír el nombre de su enemigo, se quedó parado y la pareja captó toda su atención otra vez, aunque no parpadeó y no se delató.

—Tú has quedado con Bastiano a las seis —replicó la rubia—. No sé por qué tengo que estar ahí mientras vosotros habláis de negocios.

—No voy a discutir ese asunto. Espero que estés ahí a las seis.

Raul se bebió el café, pero no se levantó. Quería saber qué tenían que ver con Bastiano, valoraba cualquier información sobre el hombre que más odiaba.

—No puedo. Esta noche he quedado con una amiga.

—¡No me cuentes cuentos! —exclamó ese hombre atroz—. Los dos sabemos que no tienes amigas.

Decir eso era espantoso y él dejó de fingir y giró la cabeza para ver la reacción de ella. La mayoría de las mujeres que él conocía se habrían arrugado un poco, pero ella esbozó una sonrisa muy leve y se encogió de hombros.

—Una conocida entonces, pero esta noche estoy ocupada.

—Lydia, harás lo que tengas que hacer por la familia.

Se llamaba Lydia. Él siguió mirándola y ella, que quizá notó que estaba escuchando su conversación, levantó la mirada y sus ojos se encontraron fugazmente. Tenía los ojos de un color azul grisáceo. La pregunta sobre el color de sus ojos ya estaba contestada, pero le quedaban muchas más.

Ella desvió la mirada y la conversación se interrumpió cuando el

camarero les llevó las bebidas. Él no se movió. Quería saber más. Sin embargo, una familia entró en el comedor y los sentaron al lado de ellos. La actividad ahogó las palabras de la pareja y solo pudo oír retazos de la conversación.

—Un convento antiguo… —dijo ella.

Raul se dio cuenta de que estaban hablando del valle.

—Eso demuestra que está acostumbrado a los edificios antiguos —comentó Maurice—. Al parecer, tiene mucho éxito.

Un bebé empezó a berrear mientras lo metían en una trona antigua y un niño algo mayor declaró a gritos que tenía hambre y que quería leche con chocolate.

—*Scusi*…

Raul llamó al camarero, hizo un ligero gesto con la mano en dirección a la familia y su disgusto quedó de manifiesto.

No solo quedó de manifiesto para el camarero, también quedó de manifiesto para Lydia. En realidad, se había fijado en él desde que el maître le había indicado dónde estaba Maurice, su padrastro. La belleza de ese hombre le había parecido evidente a pesar de la distancia y de que estuviese sentado. Tenía algo que había captado toda su atención mientras cruzaba el comedor. Nadie debería tener tan buen aspecto a las ocho de la mañana. El pelo moreno le resplandecía porque estaba mojado y se dio cuenta de que debía de haberse duchado aproximadamente a la misma hora que ella.

Fue un pensamiento muy raro que se convirtió enseguida en uno obsceno, ¡la primera vez que le ocurría eso con el protagonista en la misma habitación! Había desviado la mirada en cuanto se dio cuenta de que él estaba mirándola. El estómago le había dado un vuelco y las piernas le habían pedido a su propietaria que dejara a un lado a Maurice y se sentara con… él. Algo absurdo porque no lo conocía de nada.

Además, no era simpático. Eso estaba claro. Giró un poco la cabeza y vio que estaban llevándose a la familia por orden de él. ¡Solo eran niños! Ese hombre la irritaba, ese desconocido la irritaba más de lo que debería irritarle un desconocido. Le frunció el ceño para mostrarle su censura y él se limitó a encogerse un poco de hombros y a cerrar el ordenador.

Si iba a marcharse, ¿por qué había hecho que se llevaran a la familia?

Efectivamente, la irritaba como un picor que tenía que rascarse. Tuvo que apretar los dientes cuando el camarero se acercó a él para

disculparse por la interrupción. ¿La interrupción? ¡Por todos los santos! El niño había pedido leche con chocolate y el bebé solo había llorado.

Naturalmente, no dijo nada y tomó la tetera mientras Maurice seguía hablando de sus planes para esa noche…o, mejor dicho, de lo que ella debería vestir.

—¿Por qué no hablas con una estilista?

—Creo que puedo apañarme. Llevo vistiéndome sola desde que tenía tres años —le comunicó Lydia sin alterarse.

Entonces, mientas miraba el líquido color ámbar que llenaba su taza, supo que el desconocido estaba escuchándola y eso le daba fuerza. No podía verlo, pero sabía que tenía toda su atención puesta en ella. Había algo entre ellos que no podía definir, como una conversación muy rara porque era sin palabras.

—No seas ocurrente, Lydia —le replicó Maurice.

Sin embargo, era lo que se sentía con ese hombre al lado. El sol resplandecía, estaba en Roma y tenía todo el día por delante. Sencillamente, no quería desperdiciar ni un minuto con Maurice.

—Que pases un buen día… —ella tomó la servilleta y la dejó en la mesa—. Dale recuerdos a Bastiano de mi parte.

—Esto no admite discusión, Lydia. Esta noche vas a estar libre. Bastiano nos ha traído a Roma y nos ha alojado en dos suites impresionantes para esta reunión. Lo mínimo que puedes hacer es beber una copa con él y darle las gracias.

—Muy bien. Beberé una copa con él, pero no es lo mínimo que haré, es lo máximo.

—Harás lo que tengas que hacer por la familia.

—Lo he intentado durante años —Lydia se levantó—. Creo que ya es hora de que haga lo que tenga que hacer por mí.

Lydia salió del comedor con la cabeza todavía alta, como si tuviera un dominio pleno de sí misma, pero estaba alterada porque sus temores estaban haciéndose realidad. No eran unas vacaciones ni se trataba solo de una copa. Estaban ofreciéndola.

—*Scusi*…

Se paró al notar una mano en el codo, se dio la vuelta y estuvo a punto de salir disparada cuando vio que era el hombre de la mesa de al lado.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó ella.

—He visto que se marchaba repentinamente.

—No sabía que necesitara su permiso.

—Claro que no lo necesita —replicó él.

Tenía una voz profunda y su inglés, aunque excelente, estaba

sazonado con un acento marcado. Los dedos de los pies se le curvaban en las sandalias solo de oírlo. Además, aunque era alta, no le llegaba a la altura de los ojos y eso le parecía una desventaja —Solo quería comprobar que está bien.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Oí algo de lo que se dijo ahí adentro.

—¿Siempre escucha las conversaciones privadas?

—Claro —él se encogió de hombros—. No suelo intervenir, pero me pareció que usted estaba… alterada.

—No, no lo estaba.

Eso lo sabía muy bien porque sabía mantener a raya los sentimientos. Debería haberse marchado en ese momento, pero no lo hizo y siguió la conversación.

—Ese bebé, sin embargo, sí estaba alterado y usted no lo siguió a través del comedor.

—No me gustan las rabietas durante el desayuno y ese crío está teniendo una. He pensado que podía irme a otro sitio a desayunar. ¿Quiere acompañarme?

Era descarado y mentía porque ella había visto que el camarero le retiraba los platos y sabía que ya había desayunado.

—No, gracias.

—Pero no ha comido…

—Una vez más, eso no es de su incumbencia —replicó Lydia con frialdad.

Sin embargo, Bastiano sí era de su incumbencia. La venganza había sido su motivación durante años y, aun así, Bastiano prosperaba. Había esperado mucho a que llegara el día y, por fin, parecía que había llegado con la delicada forma de una rosa inglesa. Además, no era tonto y por lo poco que había oído, había adivinado algo de lo que estaba pasando.

Bastiano quería que Lydia estuviera en algún sitio esa noche y ella no quería ir. Eso era más que suficiente para seguir adelante y, aunque ella aparentara estar tranquila, podía ver el pulso que le palpitaba en el cuello. Más aún, conocía muy bien a las mujeres y había algo más entre ellos. Estaba excitada, como lo estaba él. Lo habían estado a simple vista, desde que ella cruzó lentamente el comedor y durante todo el tiempo que se habían percibido el uno al otro al nivel más elemental.

—Venga a desayunar —entonces, él se acordó de que le gustaban los modales—. *Per favore.*

Lydia se dio cuenta de que había captado todas las palabras que había dicho en el comedor. Debería parecerle entrometido y se lo parecía, pero de la más deliciosa de las maneras. El aire le quemaba en los pulmones y todavía notaba la calidez de su breve contacto en el codo. Quería aceptar la invitación de ese desconocido moreno, pero sería imprudente en el mejor de los casos y ella era cualquier cosa menos eso. Tenía algo que ella no podía definir, pero que cada célula de su cuerpo consideraba peligroso. Era pulcro y sereno, pero transmitía cierta agitación. El mentón inmaculado no disimulaba un tono azulado que daba a entender su belleza pecaminosa y sin afeitar. Hasta su olor reclamaba atención, era sutil y abrumador a la vez.

La tenía al borde de un pánico desconocido.

Era potente, tan potente que quería aceptar, olvidarse de toda cautela y desayunar con ese hombre tan hermoso cuando ni siquiera sabía su nombre.

—¿Siempre invita a desayunar a perfectas desconocidas?

—No —reconoció él bajando un poco la cabeza y el tono—, pero, con usted, la hora da igual.

# Capítulo 2

LYDIA pensó que la hora les daba igual a los dos. Si hubiera sido una cita, habría sido más lógico que fuera de noche. Sin embargo, se recordó que solo era un desayuno cuando la agarró del codo para llevarla por la bulliciosa calle.

Aun así, le parecía una cita, su primera cita, aunque no fuese una romántica noche italiana, el sol brillara y fuese hora punta en Roma. Él hacía que lo pareciera.

El restaurante al que la llevó tenía una zona acordonada y las mesas estaban claramente reservadas, aunque el recepcionista soltó el cordón y entraron como si estuviesen esperándolos.

—¿Tenía reserva? —le preguntó Lydia, más que desconcertada, mientras se sentaban.

—No.

—Entonces…

Lydia no siguió porque se había contestado su propia pregunta. Los mejores sitios estaban reservados siempre para los que eran como él, quien tenía una confianza en sí mismo que exigía, sin palabras, lo mejor. Les llevaron café y les sirvieron agua con gas. También les entregaron las cartas, pero él despidió al camarero con una mano cuando empezó a explicarles las posibilidades. Ella se lo agradeció porque la verdad era que quería estar a solas con él. Era un perfecto desconocido, un desconocido de ojos negros que la había llevado y al que había seguido.

—No sé cómo se llama —dijo ella dándose cuenta de que le daba cierto miedo que la decepcionara.

—Raul.

No la decepcionó. Él arrastró un poco la erre y ella se encontró repitiéndolo, aunque su lengua no conseguía arrastrarla igual. Esperó a que le dijera el apellido, pero no se lo dijo.

—Yo me llamo Lydia.

—Ya lo sabía —él miró la carta porque nunca perdía el tiempo con charla trivial si no le convenía—. ¿Qué te apetece?

Debería estar hambrienta porque no había comido desde que se bajó del avión y en el avión se había limitado juguetear con la comida. La noche anterior había tenido el estómago de punta por los nervios, pero, en ese momento, aunque seguía nerviosa, era una

sensación agradable.

—Me apetece… —murmuró ella mientras ojeaba la carta.

Debería comer algo porque estaba allí para desayunar. Sin embargo, se sonrojó mientras leía la carta porque pensaba en cualquier cosa menos en la comida.

—Está en italiano.

Se habría abofeteado a sí misma por decir semejante sandez y porque era una grosería suponer que estaría en otro idioma. Él, sin embargo, no la regañó ni se apuntó un punto al decirle que, naturalmente, estaban en Italia. Se limitó a esperar con paciencia mientras ella buscaba algo que conociera, hasta que frunció el ceño.

—¿Tiramisú de desayuno?

—Suena bien —contestó él.

Quizá él no hubiese captado el tono interrogativo porque ella suponía que solo lo servían de postre, pero tenía razón. Sonaba bien.

El camarero alabó sus elecciones y ella no tardó en deleitarse con todo su placer.

—Oh…

Era ligero, no era demasiado dulce y el licor hacía que fuese pecaminoso. Había sido una elección perfecta aunque accidental.

—Está bien —comentó Raul mientras miraba que ella tragaba apresuradamente y se aclaraba la garganta antes de hablar.

—Sí —Lydia asintió con la cabeza—. Mucho.

—No estaba haciendo una pregunta.

Él le miró la boca y ella se preguntó si tendría una miga en los labios, pero no sacó la lengua para comprobarlo. Él siguió mirándole la boca y se puso un poco nerviosa al resistirse a hacer ese gesto tan sencillo con la lengua. En cambio, se metió el labio inferior en la boca y se pasó la punta de la lengua. No tenía ninguna miga. Lo miró a los ojos y frunció el ceño al captar el gesto inquisitivo. «¿Estás imaginándote lo que creo que eres?». Naturalmente, ella no dijo tal cosa y él permaneció inmutable, pero esos ojos negros le dieron la respuesta. «Sí, Lydia, eso estoy haciendo».

Si hubiese tenido el bolso a mano, quizá hubiese pedido la cuenta y hubiese salido corriendo porque le parecía que estaba volviéndose loca. Miró alrededor casi convencida de que todo el mundo estaría mirando el espectáculo que estaba ofreciendo. Sin embargo, los camareros estaban atendiendo, los clientes estaban charlando y el mundo seguía su ritmo ajeno al fuego que ardía sin llama en esa zona acordonada. Raul debía de estar igual de ajeno

porque habló en tono sereno y le hizo una pregunta cortés.

—¿Qué tal está pareciéndote Roma?

Lydia estuvo a punto de decirle que le parecía maravillosa o de darle alguna respuesta para salir del paso, pero dejó la cuchara, no se contuvo y dijo la verdad, el verdadero motivo para que estuviera en Roma.

—Estoy decidida a que esta vez me encante.

—Muy bien…

Él se dejó caer sobre el respaldo con aire despreocupado, pero intentaba encontrar la manera de hablar de Bastiano sin preguntarlo directamente. Lydia era muy británica, muy estricta con las convenciones. Sabía que, si daba un paso en falso, ella dejaría la servilleta en la mesa y volvería al hotel. Sin embargo, también era increíblemente sexy, una mujer que le obligaría a ganarse la recompensa.

Se fijó en que no coqueteaba lo más mínimo. Ni jugaba con el pelo ni se inclinaba hacia delante ni esbozaba sonrisas disimuladas ni se insinuaba. Estaba sentada tan recta que podría estar en un desayuno de trabajo con Allegra, su secretaria… si no estuviera excitado.

Se recordó que estaba allí para recopilar información e intentó volver a centrarse en la conversación.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta el domingo —contestó Lydia—. Dos noches. ¿Y tú?

—Estoy de trabajo.

No debería estar dedicándole ese tiempo. Tenía un día muy atareado. Primero, se reuniría con Alim y su equipo. Luego, si le daba tiempo, se presentaría inesperadamente en el otro hotel que tenía en Roma, pero Bastiano siempre era un asunto prioritario.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó ella.

—Cuando haya terminado el trabajo —en realidad, su avión estaba preparado para las seis de esa tarde, pero nunca hablaba de sus planes con nadie que no fuera de su círculo más íntimo—. Entonces, ¿ya habías estado antes en Roma?

—Sí, vine a Italia en un viaje del colegio y lo pasé muy mal. Creo que mi estado de ánimo no hizo justicia a los sitios.

—¿Adónde fuiste?

—A Roma, Florencia y Venecia.

—¿Cuál fue tu favorito?

—Venecia —contestó Lydia después de pensarlo un poco.

—¿Y el que menos te gustó?

Eso era muy fácil, ni siquiera tenía que pensar la respuesta aunque él no lo entendiera.

—Venecia.

Él sí lo entendía. Tanto que volvió a olvidarse de que estaba intentando dirigir la conversación. Aunque Bastiano era el motivo para que estuviese allí, se olvidó de él por el momento y pensó en Venecia, la ciudad que adoraba y que, en ese momento, consideraba su ciudad. Aunque no se lo dijo, él no desvelaba nada.

Aunque, de repente, sí desveló algo. Ella lo miró y él la recompensó con su sonrisa, y su sonrisa era una verdadera recompensa y muy inusitada.

Ella vio que esos labios carnosos se alargaban y mostraban unos dientes muy blancos, pero la belleza verdadera estuvo en sus ojos, que miraron a los de ella con tanta intensidad que se sintió como si no pudiera ocultarse en ningún sitio, aunque tampoco quería ocultarse en ningún sitio.

—Venecia puede llegar a ser el sitio más solitario del mundo —comentó Raul con esa voz mesurada y profunda.

—Sí —reconoció Lydia—. Lo fue.

Fue como si volviera a tener diecisiete años y paseara sola por el Gran Canal con ganas de enamorarse de la ciudad, de enamorarse. Naturalmente, casi todas las chicas del viaje esperaban en secreto tener un idilio. Sin embargo, aquel día, aquel día solitario y espantoso, habría agradecido haber estado con una amiga, con una amiga de verdad. Raul tenía razón, se había encontrado absolutamente sola, como se había sentido casi siempre desde entonces.

Estaba mirándolo, aunque no estaba viéndolo, y su voz la sacó del ensimismamiento.

—¿Y la perdonas porque cómo no ibas a perdonarla?

—¿A ella? —preguntó Lydia, quien seguía pensando en amistades fallidas.

—A Venecia.

—No me quedé lo bastante como para perdonarla.

—¿Qué pasó?

—Que era una adolescente…

Podía despacharlo así de fácilmente, pero había sido algo más. No quería contarle que su padre acababa de morirse y que había dejado un caos descomunal porque, si bien podía explicar lo infeliz que era entonces, no era toda la verdad, había sido más.

—Las colegialas son unos bichos —añadió ella.

—No creo que se limite a ese segmento de edad.

—¡No!

Lydia se rio por su comentario porque aquellas chicas ya eran mujeres y, seguramente, seguirían siendo igual. Además, miró el teléfono que había permanecido en silencio. Arabella no le había contestado el mensaje. Tampoco le había contestado el mensaje anterior y, de repente, volvió a sentirse dolida en Italia.

—¿Qué pasó en Venecia?

Raul eligió el momento de hacer la pregunta porque sabía dirigir una conversación, pero, en realidad, quería saberlo.

—Fuimos a Murano, a una fábrica de cristal.

Lydia sacudió la cabeza y, como entonces, sintió dolor al decir la verdad, le parecía una traición. Jamás debía hablarse de dinero fuera de casa.

—¿Y…? —presionó Raul con delicadeza.

¿Por qué iba a mentir?, se preguntó ella. No volvería a verlo y tampoco era para tanto, ¿no?

—Mi padre había muerto el año anterior.

Él no dijo nada ni reaccionó de ninguna manera y fue una liberación extraña. Todo el mundo lo había sentido muchísimo y le había asegurado que si podía hacer algo… Habían sido palabras que habían tirado como confeti negro el día del entierro. ¡Nadie había hecho nada! Todo el mundo había desaparecido en cuanto se enteró de que el dinero también había desaparecido.

—Le conté a Arabella, mi mejor amiga, que mi madre estaba pasando apuros económicos.

Estaba sudando y eso no era nada favorecedor. Quería decirle al camarero que moviera la sombrilla, pero sabía que podía estar sentada en un trozo de hielo y el resultado sería el mismo.

Sudar no era sexy, pero ella no estaba excitada en ese momento, sentía náuseas.

—Le conté a Arabella que podíamos perder el castillo. El castillo era de la familia de mi madre, pero lo administraba mi padre. Yo creía que lo había administrado bien, pero, cuando murió, averigüé que mis padres se habían arruinado.

Raul no comentó nada y dejó que hablara.

—Se quitó la vida.

Jamás lo había dicho en voz alta, jamás le habían permitido que lo dijera.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso.

Como no le había dicho que lo sintiera hasta ese momento, le pareció que lo decía sinceramente.

—Todavía no puedo creerme que me dejara.

—¿Lidiar con las consecuencias?

Él terminó la frase aunque Lydia creía que ya la había terminado. Lo pensó un instante y asintió con la cabeza.

—Las cosas estaban muy mal. Mi madre vendía cosas para pagarme los estudios. El viaje a Italia era obligatorio. Yo conseguí un trabajo a tiempo parcial y ahorré algo de dinero. Naturalmente, era mucho menos que el que tenían mis amigas. Arrasaban las boutiques y Arabella no paraba de preguntarme por qué no me compraba nada. Al final, acabé contándole lo mal que iban las cosas y le hice jurar que guardaría el secreto.

Él dejó escapar una risa sarcástica que le indicó a ella que lo había entendido. Entonces, se quedaron en silencio. Entonces, se encontraron. No desayunando en Roma, sino en un lugar desolado a un mundo de distancia de allí. Se encontraron, él le tomó la mano y lo cruzaron juntos.

—Todo el mundo empezó a comprar cosas en aquella fábrica después de una demostración. Yo me mantuve apartada, naturalmente. Había una mesa con objetos deteriorados y Belinda, otra amiga, levantó un caballo de cristal con tres patas y dijo que era algo que a lo mejor yo podía pagar. Me di cuenta de que Arabella se lo había contado a todo el mundo.

Todavía podía sentir la traición, todavía podía recordar que miró a su mejor amiga mientras todo el mundo se reía. Arabella ni se había sonrojado porque la había desenmascarado.

—Propuso que hicieran una colecta para mí.

—¿Te marchaste? —preguntó Raul, quien estaba impaciente por conocerla y entenderla mejor.

—¡No! —Lydia sacudió la cabeza y suspiró—. Empleé todo mi dinero del viaje y el dinero que me habían dado por mi cumpleaños para comprarme un jarrón que, desde luego, no podía permitirme.

Lo que más le espantaba era esa reacción que tuvo.

—¿No te parece superficial?

—Se sabe que hay gente que se ha ahogado en aguas poco profundas.

—Desde luego, no es fácil nadar en ellas. En cualquier caso, no volví a verlas después de aquello…

—¿Te marchaste del colegio?

—Hice el último curso en el instituto local. Era mucho más sensato, pero fue un infierno.

Todo había influido para que no encajara desde el primer día; no solo que fuese una chica nueva el último curso, sino cada detalle,

desde su acento a su caligrafía.

Raul supo que tenía que haber sido un infierno. Podía imaginarse a sus compañeros de colegio si una versión italiana de Lydia hubiera aparecido el último curso. Podía imaginarse lo que había tenido que soportar ella.

—Naturalmente, todos se reían de mí.

Él le apretó la mano y fue el más afable de los contactos, justo lo contrario de lo que soportó en aquellos tiempos.

—¿Demasiado… niña bien? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza y estuvo a punto de sonreír, pero la sonrisa cambió. Jamás lloraba, no había llorado ni cuando murió su padre. Entonces, ¿por qué iba a empezar en ese momento?

Retiró la mano. Ya estaba bien de introspección y de darle vueltas a la cabeza. Era demasiado doloroso. Ya estaba bastante horrorizada de todo lo que le había contado.

—Raul, ¿por qué estoy aquí?

—Porque… Porque Maurice estaba metiéndose por medio.

Lydia empezó a reírse y le sorprendió que pudiera hacerlo. Hacía un segundo, había estado a punto de llorar. Le gustaba estar con él. No era tranquilizador, era liberador. Le había contado a otra persona parte de la verdad y se había quedado.

—Maurice es mi padrastro —explicó ella.

—Perfecto —comentó Raul aunque ella no captó la insinuación.

—La verdad es que no.

Lydia no respondía a su coqueteo como solían hacer otras mujeres, así que adoptó un tono más serio. Podría hacer el resto más tarde, pero, en ese momento, quería información.

—Maurice quiere que vayas esta noche a una cena.

—Sí. Tiene una reunión importante con un posible inversor y quiere que esté ahí.

—¿Por qué?

Lydia agitó la mano para quitarle importancia. No pensaba hablar de eso.

—No creo que vaya —contestó Lydia sin darle más explicaciones —. Debería reencontrarme con una amiga, o, mejor dicho, con una conocida —se corrigió al acordarse de todo lo que había oído él.

—¿Quién?

—Arabella —le dio vergüenza reconocerlo después de todo lo que le había contado—. Ahora trabaja en Roma.

—Creía que habíais dejado de hablaros.

—Todo eso fue hace mucho tiempo —replicó ella aunque no acababa de gustarle que él hubiese dicho eso.

No habían dejado de hablarse. El asunto se había enterrado, como todo. Solo se hablaba con Arabella mediante las redes sociales y los mensajes de texto. No se veían desde hacía años y no estaba segura de que le gustara la idea de verla, por eso, en vez de reconocerlo, volvió a la pregunta original de él, por qué quería Maurice que acudiera esa noche.

—El castillo familiar se alquila para bodas.

—¿Trabajas ahí?

Lydia asintió con la cabeza.

—¿Qué haces?

—Me ocupo de la reservas y del catering…

Lydia esbozó una sonrisa tensa porque lo que hacía para ganarse la vida no se parecía nada a sus sueños. Cuando vivía su padre, le encantaba que los visitantes fueran al castillo. Les daba un paseo, les contaba su interesante historia y ella aprendía algo nuevo cada vez.

—¿Todavía vives en casa?

—Sí.

No añadió que no tenía más remedio. El negocio iba tan mal que no podían pagar ayuda externa y ella no tenía un sueldo propiamente dicho.

—Bastiano, el hombre que vamos a conocer esta noche, ha tenido mucho éxito reformando edificios antiguos. Tiene varias… residencias de lujo y mi madre y Maurice quieren seguir ese camino con el castillo. Aun así, se necesitaría una inyección de capital inmensa…

—Los castillos necesitan algo más que una inyección, necesitan inoculación constante —la corrigió Raul.

Como todos los edificios antiguos. Le molestaba que Bastiano hubiese podido convertir el convento en un negocio próspero. Sobre el papel, no debería haber salido bien y, sin embargo, él lo había conseguido.

—De acuerdo —concedió Lydia—, pero nosotros, más que dinero, necesitamos su perspicacia —ella malinterpretó que él entrecerrara los ojos y le pareció desconcierto—. La mayoría de estos establecimientos fracasan y, por algún motivo, los de Bastiano prosperan.

—Entonces, ¿por qué este hombre de negocios próspero iba a estar interesado en vuestro castillo?

Ella se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Su pregunta era un poco ofensiva. Al fin y al cabo, el castillo era magnífico y Raul no sabía el desastre que había resultado ser

Maurice para los negocios.

—Estoy segura de que Bastiano verá las posibilidades.

—¿Y quiere que vayas esta noche para oír tu opinión del castillo?

Lydia sacudió un poco la cabeza. La verdad era que ella se oponía a convertirlo en una residencia de reposo, aunque sus objeciones no importaban gran cosa.

—Entonces, ¿por qué tienes que ir?

—Me han invitado.

—Lydia, he tenido más reuniones de trabajo que cenas, pero no recuerdo haberle pedido a nadie, jamás, que llevara a su hija, o a su hijastra.

Ella se ruborizó y esas mejillas blancas como la leche se pusieron rojas como el tomate. Ella lo supo. Podía notar que le abrasaba la piel y que se abrasaba por dentro por la alusión a algo tan inapropiado.

—Perdona…

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Qué has hecho?

—Me refiero a que has sido grosero al insinuar que podía haber algo más.

—Ya sé que te referías a eso.

Él se quedó desasosegantemente tranquilo y, más desasosegantemente, no reculó.

—No estoy insinuando nada, estoy diciendo que salvo que tengas las escrituras del castillo o vayas a ser imprescindible en la reforma, no hay ningún motivo para que ese tal Bastiano se empeñe en que vayas.

—Pues se ha empeñado.

—Perfecto —Raul se encogió de hombros—, entonces, no vayas.

—No tengo una excusa para no ir.

—No la necesitas.

Esa vez, fue Lydia quien se encogió de hombros con cierta tensión. Seguía molesta por su insinuación, o, mejor dicho, le molestaba que Raul pudiera tener razón, que él pudiera ver lo que ella había intentado no ver durante semanas.

—Lydia, ¿puedo decirte una cosa?

Ella no contestó.

—Un consejo gratuito.

—¿Por qué iba a aceptar un consejo de un desconocido?

—Ya no soy un desconocido.

No lo era. Le había contado más cosas que las que le había contado a mucha gente que veía todos los días.

—¿Puedo? —insistió Raul.

A ella le gustó que no diera consejos que no le habían pedido y, cuando lo miró a los ojos, vio que esperaba su respuesta con paciencia.

—Sí.

—Puedes alejarte de quien quieras y no tienes que dar un motivo.

—Lo sé.

Al fin y al cabo, se había marchado del desayuno con Maurice. Sin embargo, no era suficiente y ella lo sabía. Además, aunque las palabras de Raul tenían todo el sentido del mundo, no servían para el mundo de ella.

—Entonces, ¿por qué no puedes decirle a tu padrastro que no puedes ir esta noche porque vas a reencontrarte con una amiga?

—Ya se lo he dicho.

—Pero Arabella te cae mal —comentó Raul—. ¿Por qué no quedas conmigo?

Ella dejó escapar una risa sombría.

—Tú no eres un amigo.

—No —reconoció él con sinceridad.

Ella estaba a punto de dar un sorbo de café cuando él añadió algo más.

—Sin embargo, podría serlo por esta noche.

—No lo creo.

Lydia se rio un poco sin acabar de entender lo que había dicho él, o no creyéndoselo del todo.

—¿Tienes muchos amigas? —siguió ella dejando la taza.

Quizá fuese una pregunta entrometida, pero ya le había contado muchas cosas y quería saber algo de él.

—Algunas.

—¿Amigas íntimas?

—Ninguna de la que tenga que acordarme de su cumpleaños.

—¿Ninguna?

Él negó con la cabeza.

—Supongo que así te ahorras el regalo.

—La verdad es que no.

Raul decidió llevar las cosas a otro terreno y decirle cómo podían ser las cosas. En cuestiones de sexo, no se andaba por las ramas.

—Me gusta hacer un regalo a la mañana siguiente.

Esa vez, ella captó lo que quería decir. No se ruborizó, pero sí sintió un escalofrío como si una nube hubiese tapado el sol. Era

peligroso y sexy hasta decir basta. Evidentemente, estaba jugando con fuego.

—Estoy aquí para hacer turismo, Raul.

—Entonces, necesitas un experto.

Lydia miró con frialdad a ese hombre que, precisamente, era eso. Se preguntó cómo reaccionaría si le dijera lo inexperta que era ella, que, en realidad, él sería su… primer amante. ¡Aunque eso no iba a pasar! Sin embargo, menudo primer amante sería. Fue a tomar el agua, pero desistió porque no estaba segura de que pudiera servírsela cuando el aire tenía unas vibraciones que ella desconocía. Él tenía mucha fuerza y ella estaba tentada como no lo había estado nunca. Le miró la mano y también le pareció hermosa, tenía la piel olivácea y unos dedos largos con las uñas perfectamente cortadas. Volvió a pasarle porque se los imaginó dentro de ella.

¡No!

Estaba desayunando, imaginándose las cosas más obscenas con esos dedos, y no se atrevía a mirarlo porque tenía la sensación de que podía leer sus pensamientos.

—Entonces, ¿qué tenías pensado hacer hoy? —le preguntó Raul.

Le pareció que su voz llegaba de muy lejos, aunque él estaba muy presente en sus pensamientos. Estaba segura de que podía tomar su mano y que la llevara a su cama.

¿Podía saberse qué estaba pasándole?

—Ya te lo he dicho. Voy a hacer turismo y luego me compraré un vestido.

—Me gustaría estar ahí para verlo.

—Creía que a los hombres no les gustaba ir de compras.

—Normalmente, no me gusta.

Él le recorrió con la mirada la hilera de botones del vestido hasta que llegó a los pezones que anhelaban, sí, anhelaban, su boca. Entonces, volvió a mirarla a la cara.

—Tengo que marcharme.

Raul se levantó y ella se quedó sentada porque, sencillamente, las piernas se negaban a moverse. Levantarse sería difícil, pero volver andando al hotel sería completamente imposible. Que se marchara, por favor, pensó para sus adentros porque estaba embriagada por el deseo e intentaba que él no se diera cuenta.

Él llamó al camarero y aunque le habló en italiano, habló lo bastante despacio para que ella entendiera lo que estaba diciendo.

—Reserve esta mesa para esta tarde a las seis.

Entonces, se dio la vuelta hacia donde estaba sentada ella, de espaldas a él, y bajó la cabeza. Por un instante, creyó que iba a

besarla, pero notó la calidez de su aliento en la mejilla, captó el delicioso asedio de su olor, sintió su pelo moreno y resplandeciente tan cerca que tuvo que hacer un esfuerzo para no acariciárselo, hizo otro esfuerzo para no darse la vuelta y pasarle la lengua por la cara… Hasta que él habló.

—Reserva ese pensamiento hasta las seis.

Ella parpadeó e intentó fingir que estaba tan tranquila, que eso era un desayuno y que ella no había perdido el dominio de sí misma.

—Ya te lo he dicho, no puedo quedar esta noche.

—Elige —se limitó a replicar él.

# Capítulo 3

PODÍA saberse qué estaba pasándole? Lo observó mientras cruzaba la calle y desaparecía dentro del hotel. No se dio la vuelta ni se apresuró. Ella quería que sí se apresurase, que desapareciese para que pudiera aclararse la cabeza porque, en realidad, quería que se diese la vuelta. Sabía que si él le hacía un gesto con un dedo, se levantaría e iría corriendo, y ella no era así. Ella mantenía las distancias con las personas, física y sentimentalmente.

La muerte de su padre había dado un vuelco a todos los aspectos de su vida y las repercusiones habían sido un infierno. Había visto que su madre vendía reliquias familiares y recuerdos muy queridos para intentar mantener las apariencias y que luego se casaba con ese hombre espantoso. Por eso, ella se había mantenido alejada de la familia, de los amigos y, efectivamente, de los hombres. Era reservada y, seguramente, los demás acertaban al suponer que era fría.

Sin embargo, no lo era en ese momento, en esa mañana. Se sentía como si le abrasaran todas las terminaciones nerviosas y él se había limitado a invitarla a desayunar. Estaba sola en la mesa y no había nada romántico, no había velas ni champán, y tampoco había penumbra que mitigara lo que veía. La luz de la mañana era resplandeciente.

No había habido nada romántico.

Raul le había ofrecido una noche y un regalo a la mañana siguiente. Debería haberlo abofeteado por insultarla de esa manera. Sin embargo, la había dejado en un estado de embriaguez del que no podía salir.

No hizo turismo propiamente dicho. Paseó recordando la mañana cuando debería haber estado pensando en qué haría esa noche. Sin embargo, sí acabó yendo de compras, aceptó el consejo de la dependienta y se encontró en el vestidor con varias posibilidades.

El negro no entonaba con su estado de ánimo, el caramelo era demasiado poco arriesgado, pero el rojo… La suntuosa tela le acarició la piel y puso curvas allí donde había pocas. Se fruncía en

el abdomen y pasó la mano para alisarlo antes de darse cuenta de que era lo que pretendía, quería que la mirada se digiera ahí. Se puso los zapatos de tacón que había en un rincón y se miró en el espejo. Por primera vez, se sentía sexy, guapa y un poco desenfrenada mientras se levantaba el pelo y se lo imaginaba lleno de rizos, y se imaginaba la reacción de él.

No estaba imaginándose la reacción de Bastiano, sino la del hombre que la había invitado a salir esa noche. Aunque eso no era correcto del todo. Raul no la había invitado a salir, la había invitado a pasar la noche en su cama.

—*Bellisima…*

Lydia se dio media vuelta cuando entró la dependienta y las mejillas se le pusieron del mismo color que el vestido, como si la hubiese sorprendido robando.

—Bueno, yo prefiero este…

Pudo ver la expresión de desconcierto de la dependienta cuando tomó el vestido que tenía más a mano y se lo dio. El de color caramelo, el poco arriesgado.

Bastiano era una posibilidad arriesgada y Raul lo sabía.

—Espero que hayas pasado una buena noche —le saludó el sultán Alim.

Raul ya había estado una vez con el sultán, pero había sido en Oriente Próximo y Alim había ido vestido con el ropaje tradicional. En ese momento, llevaba un traje azul marino.

—Muy buena —reconoció Raul—. Tus empleados son magníficos.

—Nuestro proceso de selección es muy riguroso a todos los niveles. Pocos pasan la entrevista, pero menos pasan los tres meses a prueba. Nos quedamos solo con los mejores.

Raul lo había comprobado personalmente. Alim, sin prisa, lo llevó a recorrer su hotel.

—He recibido cuatro muestras claras de interés —siguió explicándole el sultán—. Sé que dos tienen los medios y una, lo dudo. La otra…

Alim extendió una mano y la movió para indicar que no estaba seguro.

—Entonces, tengo un rival a tener en cuenta —comentó Raul mientras veía que Alim sonreía afirmativamente.

Los dos sabían que él, Raul, era un contendiente considerable. No tenía que esforzarse para adivinar quién era el otro, y no porque

Alim lo desvelara. Raul se había preparado y sabía que Alim no solo era un hombre de negocios astuto, sino que también era muy discreto en todas sus operaciones. Tendría que serlo porque Allegra, la abnegada secretaria de Raul, había encontrado todo lo que había podido sobre él. El sultán Alim era un playboy y la relaciones públicas de su palacio seguramente tendría que hacer horas extras para que la prensa no se enterara de su forma de vida.

Alim era muy discreto. A cambio, pagaba con diamantes el silencio de sus amantes agraviadas. En los negocios, era discreto y reservado, y Raul podía confirmarlo porque Alim no se plegaba a su estilo vehemente.

Al final de una jornada muy larga, seguía sin saber el verdadero motivo para que quisiera venderlo. Alim había despedido a su equipo y estaba acompañando a Raul a hacer un último recorrido.

—No he visto a Bastiano —comentó Raul mientras llegaban el ascensor que iba a llevarlos a los salones. Alim no contestó y Raul insistió—. Sí he visto que sus invitados ya están aquí.

—Te llevaré al salón de baile —dijo Alim sin desvelar nada.

Raul no tuvo más remedio que aceptar su silencio. Él sabía que Bastiano y Alim eran amigos y, seguramente, Alim sabría que Bastiano y él eran enemigos y rivales en los negocios. Por eso, en vez de intentar averiguar algo más sobre Bastiano, volvió a concentrarse en el trabajo.

—¿Por qué lo vendes? —preguntó Raul al sultán Alim mientras recorrían los elegantes pasillos.

—Ya he contestado. Voy a casarme pronto y voy a centrarme en Oriente Próximo.

—Quiero que me digas el motivo de verdad.

Alim se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Raul.

—Tienes varios hoteles por Europa que no vas a vender y, sin embargo, vas a vender esta joya.

—Tienes razón —replicó Alim—. El Grande Lucia es una joya.

Raul frunció el ceño y Alim asintió con la cabeza para indicarle que le explicaría algo más.

—Ven a ver esto.

Entraron en el gran salón de baile, donde una mujer morena con un traje oscuro, y demasiado ceñido, estaba de pie en medio de la pista. Los zapatos también debían de quedarle pequeños porque llevaba unos zapatos de tacón de aguja en una mano.

—¿Todo en orden, Gabi? —le preguntó Alim.

—¡Oh! —evidentemente, no los había oído porque dio un respingo y sonrió—. Sí, todo en orden. Estaba intentando decidir

cómo colocar las mesas para el sábado.

—Tenemos una boda muy grande —le explicó Alim a Raul.

—Y los padres de las dos partes están divorciados —Gabi puso los ojos en blanco y se inclinó para ponerse los zapatos—. Es una pesadilla decidir dónde debería sentarse todo el mundo…

—¡Gabi! —la regañó Alim antes de dirigirse a Raul—. Gabi no es empleada nuestra, nuestros empleados suelen ser mucho más discretos —Alim agitó una mano para despedirla—. Discúlpanos, por favor.

Alim, quien había sido especialmente amable con sus empleados, había estado menos que educado ahora y Raul observó que Gabi, muy molesta, se marchaba del salón de baile.

—Es una organizadora de bodas —comentó Alim para explicar la indiscreción—. Mis empleados jamás hablarían de unos clientes delante de un visitante.

—Claro.

Se oyó que las enormes puertas se cerraban dando un portazo y Raul tuvo que hacer un esfuerzo para no arquear las cejas cuando los cristales de las lámparas del techo vibraron. En realidad, fue bastante espectacular. La luz del atardecer se reflejó en los miles de cristales y fue como una lluvia de rayos de sol por las paredes y el suelo.

—Es un salón de baile precioso —comentó Raul mientras miraba alrededor sin saber por qué Alim lo había llevado allí y no a la sala de reuniones.

—Cuando compré el hotel, hacía años que no limpiaban las lámparas. Ahora, se bajan y se mantienen adecuadamente. Es una tarea inmensa. Hay que cerrar el salón, no se pueden celebrar actos y corres el riesgo de que pierdan el interés.

Raul podía entenderlo, pero él no llegaba hasta esos detalles y se lo dijo a Alim.

—Yo dejo que mis directores se ocupen de esas cosas.

—Yo también suelo hacerlo, pero, cuando compré el Grande Lucia, se habían recortado muchos gastos y estaba convirtiéndose lentamente en otro hotel más. Naturalmente, no se trata solo de la iluminación del salón de baile. Lo que intento explicarte es que el hotel se ha convertido en algo más que una inversión para mí. Cuando vuelva a mi tierra, no podré prestarle toda la atención que se merece.

—Es posible que el próximo propietario tampoco se la preste.

—Eso es asunto suyo, pero, mientras sea mío, no quiero participar en su decadencia.

Raul supo que estaba oyendo el motivo para que lo vendiera. Conservar ese hotel como estaba sería una empresa enorme y él la delegaría. Quizá lo hiciese con más atención, por lo que le habían contado, pero, en definitiva, los directores dirigían y él no tenía ni el tiempo ni las ganas de implicarse demasiado.

—Me has dado tiempo para pensar —reconoció Raul.

—Perfecto —Alim sonrió—. El Grande Lucia se merece el mejor de los cuidados. Por favor, tómate el tiempo que quieras para echar una ojeada y disfruta el resto de tu estancia.

Alim sonrió y dio por terminada la jornada de reuniones. Se disculpó y Raul se quedó en el centro del salón de baile mirando los reflejos en las paredes. Eran como una lluvia de estrellas y se acordó de su casa, y entendió la preocupación de Alim. El año anterior había comprado un *pallazo* gótico en el Gran Canal de Venecia. Era impresionante y exigía un cuidado especial. La mansión la llevaba Loretta, la mujer que había avisado a su madre de la inminente llegada de Gino a su casa. Dirigía los empleados, que eran muchos.

Miró las ventanas arqueadas y las molduras del techo. Sabía a qué se refería Alim, pero eso era un hotel, no una mansión. Tampoco iba a participar en su decadencia y no hacía ninguna falta que se quedara allí. Se acordó de esa mañana y deseó que Lydia saliera con él esa noche, no solo para derrotar a Bastiano y estropearle sus planes, sino porque se lo había pasado bien con ella.

Lydia sabía que su compañía no era para siempre. Eran las cuatro y estaba sentada en la peluquería con el vestido abotonado. Había pedido que le hicieran un moño alto, pero la peluquera había tomado un mechón de pelo rubio y había propuesto, mejor dicho, había insistido en que se hiciera unos rizos. Ella había aceptado después de dudarlo un poco.

Fuera lo que fuese lo que le había pasado esa mañana, seguía pasándole. Parecía como si estuviera cambiando de piel

Tenía las pestañas oscurecidas y abrió los ojos cuando habló la esteticista.

—*Porpora…*

Ella no sabía qué quería decir esa palabra, pero la esteticista levantó un pintalabios y lo entendió inmediatamente. Rojo púrpura.

—No.

Lydia sacudió la cabeza y pidió un tono más neutro. Quería volver a su capullo, era una mariposa a regañadientes, pero se

compró el pintalabios y, de vuelta al hotel, pasó por la boutique y se compró el vestido rojo. Luego, entró en el complejo mundo de los zapatos sexys. Se había comprado un par bastante anodinos que entonaban con el vestido color caramelo y creyó que ya estaba resuelto, pero…

—Rojo y rojo —se empeñó la dependienta.

—Creo que unos neutros irían mejor.

—Necesita estos zapatos.

Asombrosamente, estaba empezando a aceptar el consejo de desconocidos porque se los probó. Tenía el tacón bajo, eran estilizados y con cintas.

—Es excesivo —comentó Lydia, y las dos mujeres supieron que no se refería al precio.

—No, no —insistió la dependienta—. Fíese de mí, estos son los acertados.

No se fiaba de ella, pero se los compró. Se los compró por él, o, mejor dicho, para algún día vestirse sola y acordarse de él.

Cuando llegó al hotel, miró al restaurante al otro lado de la calle, a la zona acordonada y a la mesa que él había reservado para ellos. Naturalmente, él no estaba todavía… todavía.

Saber que él estaría, y que ella podría estar, hacía que el plan de esa noche fuese peor todavía.

Llamó su madre, pero dejó que contestara el buzón de voz. No le apetecía una arenga, no necesitaba que le dijeran que todo dependía de esa noche, que el castillo estaba en las últimas y que salvarlo dependía de lo que ella hiciera. Se dio un baño con poca agua para no mojarse el pelo e intentó recordarse lo guapo que era Bastiano. Ni siquiera la cicatriz hacía que pareciera feo. Él había acudido a una boda la primera vez que se vieron. Era posible que ya supiera reaccionar cuando la besara. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía concentrarse en Bastiano y sus pensamientos se desviaban hacia Raul.

Resopló con desesperación, salió de la bañera y se secó. En un intento desesperado para encontrar una excusa y librarse de la cita de esa noche, llamó a Arabella.

—¡Lydia! —la saludó Arabella con cierta brusquedad—. Iba a llamarte. No dijiste que ibas a estar en Roma este fin de semana.

Claro que lo había dicho.

—Pues la verdad es que esta noche tengo una fiesta.

—Parece apetecible.

—Es solo con invitación.

Naturalmente, ella no tenía invitación y, una vez más, se sintió

como una mendiga que esperaba las migajas de Arabella.

—No pasa nada.

Lydia cortó la llamada. Maurice tenía razón, no tenía amigas. Arabella era el único contacto que le quedaba del primer colegio, pero la mantenía a cierta distancia y no había conocido nada parecido a la amistad en el otro colegio. Todavía se acordaba de las carcajadas de los demás alumnos cuando el primer día estrechó la mano del profesor con una ligera reverencia. Era lo que le habían enseñado, pero, naturalmente, sus normas no eran las normas del colegio nuevo.

No encajaba en ningún sitio, aunque esa mañana le había parecido que sí. Efectivamente, Raul había sido descarado e insinuante, pero, cuando habían hablado, se había sentido como si se sincerara con un amigo, como si tuviera un sitio en el mundo.

Sin embargo, Raul solo quería acostarse con ella y ella había esperado algo más. No gran cosa, pero un cierto… romanticismo podría estar bien para aderezar su primera vez.

Era el vestido equivocado, pensó al mirarse en el espejo. Eran los zapatos equivocados, pensó mientras se abrochaba los zapatos de tacón anodinos. Era el hombre equivocado, pensó cuando entró en el bar y vio a Bastiano esperándola. Era increíblemente guapo, a pesar de la cicatriz, pero no le llegaba dentro. Quizá eso fuese el romanticismo porque estuvo encantador cuando pidió champán y era un perfecto caballero. En la superficie, todo era de una cortesía increíble. Como lo era la vida de ella. Le dio las gracias por su generosa hospitalidad.

—Es maravilloso estar aquí, nos han tratado muy bien.

—Es un placer —replicó Bastiano—. ¿Estás disfrutando en Roma?

—Muchísimo.

Lydia sonrió y se acordó de la respuesta, mucho más sincera, que le había dado esa mañana a Raul. Ya eran más de las seis y sabía que Raul no esperaría mucho, y que ella lo lamentaría toda la vida si perdía esa ocasión.

—Estaba pensando que podríamos cenar…

Maurice interrumpió a Bastiano y se llevó los dedos a las sienes.

—En realidad…

Lydia sabía que iba a alegar que le dolía la cabeza para no ir a la cena y dejarla sola con Bastiano. Habían pasado siete minutos de las seis y tomó una decisión.

—¿No te lo ha comentado Maurice? —intervino ella antes de que Maurice pudiera excusarse y marcharse.

Vio por el rabillo del ojo que Maurice agarraba la copa con fuerza y que la miraba amenazantemente, pero, aun así, siguió.

—Esta noche voy a reencontrarme con una amiga y vamos a cenar ahora mismo. Aunque quería pasar para darte las gracias —esbozó la mejor de sus sonrisas falsas para Bastiano, quien no le correspondió—. No quiero molestaros en vuestra conversación de negocios.

—No creo que puedas ser una molestia —replicó Bastiano.

—¡Eres muy amable! —exclamó ella con una sonrisa que no impresionó a nadie—. Os dejaré que habléis de castillos.

Dejó la copa sin terminar en la mesa, se despidió y no hizo caso de la mirada de furia de Maurice ni del músculo que se contraía en la mejilla cicatrizada de Bastiano. Sabía que eso tendría consecuencias, pero estaba preparada para afrontarlas.

Por el momento, estaba libre y quería el vestido rojo y el pintalabios a juego. Al fin y al cabo, se los había comprado para ese momento. Sin embargo, no tenía tiempo. Era posible que él ya se hubiese marchado. Salió por la puerta giratoria casi presa del pánico, miró a la acera de enfrente y el alma se la cayó a los pies cuando vio que Raul no estaba… hasta que lo oyó.

—Te has retrasado.

Lydia se dio la vuelta y lo vio alto e impresionante. Efectivamente, había tomado una decisión.

—Por primera vez en mi vida.

Estuvo segura de que iba a besarla, pero siguió caminando.

—Vamos —le apremió Lydia con miedo de que Maurice pudiera salir detrás de ella.

Caminaron apresuradamente. Mejor dicho, Lydia caminó apresuradamente porque él, a su lado, parecía caminar lenta y tranquilamente. Se sentía estimulada por la euforia cuando entraron en un callejón.

—¿Adónde vamos? —preguntó Raul cuando se pararon.

—Tú eres el experto.

Efectivamente, lo era porque se encontró con la espalda contra la pared y las manos de él a los costados de la cabeza. Puso las manos en su pecho, notó su solidez y lo miró a los ojos. No dejó de mirarlos fijamente mientras él acercaba la boca. Captó su aliento cálido antes de que las bocas se encontraran. Todo lo que había echado de menos estuvo allí de repente. La delicadeza del contacto de su boca despertó infinidad de sensaciones, hasta que no se conformó con esa delicadeza. Él lo supo antes incluso de que ella hubiera terminado de pensarlo.

Movió la boca con más insistencia y la alteró por dentro. Quería su lengua, pero jamás forzaba una situación, no hacía falta. Lydia tomó un poco de aire, separó ligeramente los labios y él introdujo la lengua. El gemido de ella le retumbó en las entrañas. Era suya y lo sabía porque ella lo agarró de la nuca y la besó con toda la fuerza que le exigían sus dedos, o más.

Su lengua era perversa y lo agarró con más fuerza del pelo mientras notaba la pared dura y fría en los hombros. Eran las seis pasadas, estaban en el centro de la ciudad y ni siquiera un callejón lateral era un buen escondite. Sin embargo, a ella le daba igual. Él le rodeó la cintura con un brazo para separarla de la pared y estrecharla contra él. Si hubiese habido una cama, ella habría estado ahí tumbada. Si hubiesen estado en un cuarto, habrían cerrado la puerta. Sin embargo, estaban en la calle y él apartó los labios. La miró a los ojos estrechándola contra sí con los cuerpos acalorados.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Raul sabiendo que era una perogrullada.

Era temprano para irse a la cama, pero a él le parecía muy bien. Sin embargo, ya no le atraía la idea de pasar con ella por delante de Bastiano y Maurice. Quizá encontrara una entrada lateral, pensó Raul antes de ir a por su cuello.

Nunca había pensado que un beso debajo de la oreja pudiera dejarla sin respiración, y sin poder pensar.

—¿Qué quieres hacer? —susurró él mientras levantaba la cabeza para mirarla a los ojos—. Esta noche puedo darte lo que quieras.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa.

Si él le ofrecía la perfección, ella iba a aceptarla.

—Quiero ver Roma de noche, contigo.

—Todavía no es de noche.

Él podía proponerle una visita guiada por su cuerpo, pero la miró a los ojos azul grisáceo.

—Quiero algo de romanticismo en mi aventura de una noche.

—Pero yo no soy romántico.

—Inténtalo por una noche —ella no quería una fruslería por la mañana.

Raul, que normalmente estaba siempre dispuesto a experimentar, se sintió reticente a intentarlo aunque había cancelado el vuelo por eso y él sabía que ella lo había pasado muy

mal la última vez que estuvo allí.

Además, la cama no iba a moverse de sitio y él la había animado a que pidiera lo que quisiera. Había sabido desde el primer momento que Lydia iba a obligarle a ganarse la recompensa.

—Sé el sitio perfecto para empezar mientras haya luz.

# Capítulo 4

ESO era Roma. Él habría pedido un coche, pero ella no había querido ir a la recepción del hotel y arriesgarse a que Maurice la viera. Por eso, Raul se encontró en un taxi por primera vez después de mucho tiempo, ¡y no pensaba repetirlo! Aun así, el resultado merecía la pena. La llevó a la colina Aventino.

—Es la séptima colina de Roma —le explicó él.

—Lo sé. Pasamos por aquí en autobús.

—¿Con quién ibas sentada?

—Con la profesora.

—Te odiaban de verdad, ¿no?

Él le rodeó los hombros con un brazo mientras lo decía y hubo algo en su manera de decirlo que hizo que ella sonriera mientras contestaba.

—Sí.

Entonces, se pararon.

—Esta es la sede de la Orden de los Caballeros de Malta. Normalmente, hay mucha gente —esa noche, sin embargo, tenían suerte porque un pequeño grupo estaba marchándose—. Venga, adelante.

—¿Qué hago?

Ella se quedó esperando sin saber qué hacer. ¿Abriría él la puerta y entraría?

—Mira por el ojo de la cerradura.

Ella se inclinó e hizo lo que le había dicho, pero no vio nada al principio, solo un arco de follaje. Hasta que la vista fue acostumbrándose, vio más allá del follaje y allí, perfectamente enmarcada, estaba la cúpula de San Pedro. Contuvo el aliento porque era una vista increíble. El delicado follaje enmarcaba la Ciudad Eterna y se quedó un rato inclinada para admirarla. Era un recuerdo mágico porque hacía de Roma un jardín secreto, su jardín secreto. Cuando se incorporó, ya había más personas en fila y supieron por la sonrisa de ella que la espera había merecido la pena.

—¿No quieres hacer una foto? —le preguntó Raul dando por supuesto que querría.

—No —contestó ella, que no necesitaba una para conservar el

recuerdo.

Sería la mejor noche de su vida aunque Raul la llevara al hotel en ese momento. En realidad, si Raul le propusiera que volvieran al hotel, ella misma pararía el taxi porque estaba besándola otra vez. Era un beso agradable, como si quisiera compartir la emoción con ella.

Sin embargo, no volvieron al hotel y bajaron la colina charlando mientras él le enseñaba secretos que ella no habría encontrado. Pasaron por la Boca de la Verdad, aunque no le contó la leyenda de que el anciano arrancaría la mano de un mordisco a los mentirosos, no quería que ella lo pusiera a prueba. Aunque se convenció a sí mismo de que no estaba mintiendo, de que se limitaba a omitir cierta información… y siguió haciéndolo aun cuando tuvo la oportunidad de revelarla.

Estaban sentados en una terraza con vistas al Coliseo cuando el camarero dejó sus bebidas en la mesa. Un coñac para Raul y un cóctel tan naranja como el cielo para Lydia. Él no dio por supuesto el champán, como había hecho Bastiano. Como había hecho esa mañana en el desayuno, ojeó la carta y eligió, él ya sabía lo que quería. Raul le dejaba elegir siempre y eso era una novedad absoluta para ella. Por fin, tenía buenos recuerdos de Roma.

—*Salute* —brindó Raul mientras chocaban las copas.

La verdad, eran unos recuerdos maravillosos. Se le formó un nudo en la garganta, pero no fue por la vista del Coliseo, sino porque había velas y flores en la mesa y Raul la había sorprendido cada dos por tres con su naturalidad y simpatía. No tenía la cara larga ni hacía las cosas de mala gana antes acostarse con ella. Raul llevaba la voz cantante, pero ella no podía olvidarse de que nunca sería la ciudad del amor porque Raul no amaba.

—¿Cómo se tomó Bastiano que te marcharas?

La pregunta le sorprendió porque había dejado de pensar en el hotel hacía mucho tiempo. Él mismo acababa de acordarse del motivo verdadero para que estuviera allí.

—Bien —contestó Lydia—. Estuvo cortés. No puedo reprocharle que estuviese aburrido, cualquiera lo estaría si tuviese que pasar la noche con Maurice.

Él estuvo a punto de decir que le extrañaba mucho que Bastiano hiciera algo que no quería hacer, pero se contuvo a tiempo. Por primera vez, Lydia parecía relajada de verdad. La conversación fluía con naturalidad y no quería estropear una noche muy agradable. Sin embargo, tenía que saber algo más y no tuvo que sonsacar porque Lydia, muy relajada, estaba hablando.

—Sé que no puede soportar a Maurice.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque Bastiano me lo dijo.

Ella estaba revolviendo su bebida y no vio la tensión que se reflejó en su rostro cuando cayó en la cuenta de que, a juzgar por lo que él sabía, Bastiano y Lydia podían ser amantes.

—Un fin de semana se celebró una boda en el castillo —siguió Lydia—. Fue una boda por todo lo alto. Naturalmente, Maurice había estudiado la lista de invitados y fue directamente a por Bastiano. Había averiguado que había convertido un convento antiguo en una residencia de descanso y quería saber lo que opinaba sobre hacer lo mismo con el castillo.

Raul dejó escapar una risa de desdén y ella supuso que fue porque Maurice la parecía un impertinente al abordar de esa manera a un invitado. Sin embargo, estaba burlándose de la ignorancia de Maurice; Bastiano jamás revelaría gratis sus conocimientos.

—A Bastiano no le interesó —añadió ella.

—¿Te lo dijo Maurice? —preguntó él.

—Me lo dijo Bastiano —ella miró hacia la calle y se rio levemente al recordar aquella noche—. Yo estaba sirviendo unas bebidas a Bastiano y él comentó que lo salvara del hombre más aburrido… Yo me reí. Sabía de quién estaba hablando, pero sentí remordimiento, como si debiera defender a mi familia, y le dije que Maurice era mi padrastro.

Esa era la diferencia entre los dos. Él no sentía remordimientos por no decir la verdad. Quizá sintiera una leve punzada que sofocaba fácilmente.

—¿Le dijiste a Bastiano que Maurice era tu padrastro?

—Sí. Bastiano se disculpó y me dijo que volvería a hablar con él y que, además, prestaría atención.

—¿Y eso fue todo?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—¿Eso fue todo lo que pasó entre vosotros dos?

Ella se sonrojó.

—Perdón —se disculpó Raul—. No es asunto mío.

Sin embargo, la idea no le hacía ninguna gracia. Aun así, ella se lo dijo.

—Solo un beso.

Ella arrugó la nariz cuando él resopló con alivio porque no habían sido amantes. Hasta que el alivio se esfumó y maldijo que se hubiesen dado un beso.

—Vamos —él estaba desconcertado por los celos que lo atenazaban por dentro—. Ya ha oscurecido.

Efectivamente, había anochecido y seguía el bullicio, como era de esperar en Roma. La Fontana di Trevi había mantenido su promesa porque ella le había pedido volver en mejores circunstancias y allí estaba. Caminaron kilómetros y si bien las calles adoquinadas no eran las más cómodas para los tacones de aguja, ella se sentía como si llevara zapatillas de ballet, como si el mundo fuese más liviano.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lydia.

—En la Ciudad Universitaria, mi hogar durante cuatro años.

—Me habría encantado haber ido a la universidad —comentó ella—. Quería estudiar Historia.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Suspendí los exámenes.

Otra verdad que contaba muy pocas veces. No había decidido entrar directamente en el negocio familiar, como solía decir su madre. Había suspendido todos los exámenes.

—Me equivoqué completamente —reconoció ella.

Lydia no dio ningún motivo o excusa aunque él sabía que había muchos.

—Yo tuve que repetir algunas asignaturas después de que muriera mi madre —le contó Raul, quien nunca contaba nada y menos sus fracasos—. No salí de las discotecas durante un tiempo.

Su sinceridad hizo que ella sonriera y también reconociera algo.

—Ojalá lo hubiese hecho yo.

—Me fui de Sicilia para estudiar entre muchas protestas porque mi padre quería que trabajara con él. Dinero sucio —añadió él—. En cualquier caso, cuando mi madre murió, yo decidí que tenía que averiguar lo desenfrenada que podía ser Roma de noche.

—¿En qué parte de Si…?

—Viví allí —le interrumpió él señalando al otro lado de la calle.

Él sabía que había estado a punto de preguntarle en qué parte de Sicilia había vivido, pero había hablado del convento un par de veces y quizá supiera dónde estaba. Naturalmente, no quería que supiera que Bastiano y él eran del mismo sitio. Por eso la había interrumpido y le había dado más información sobre sí mismo de la que solía dar.

Raul señaló hacia arriba y Lydia vio un hotel. Era mucho más pequeño que el hotel en el que estaban alojados, pero parecía muy exclusivo a juzgar por los coches que había aparcados y los clientes que entraban y salían.

—¿Cómo es posible que un estudiante pudiera permitirse vivir en ese hotel? —le preguntó Lydia.

—Eran pisos, y eran muy cochambrosos.

—Hasta que llegaron los promotores.

—Ese fui yo.

Ella miró el hotel, en el centro de Roma ni más ni menos, y dedujo que era de él.

—¿Cómo…?

Raul, sin embargo, no quería revivir aquellos tiempos.

—Venga….

Era tarde, pasada la medianoche, y él ya había montado en taxi para el resto de su vida. Por eso, y a pesar de la hora, mandó un mensaje a Allegra y un coche apareció enseguida. ¡Y no era un taxi! Ella se sentó atrás y él se montó y se sentó enfrente. Hundirse en los asientos era una felicidad.

—Los pies están matándome —reconoció Lydia—. Estos zapatos no están hechos para caminar.

—Pues quítatelos.

Raul se inclinó, le tomó un pie y se lo puso sobre el regazo. Ella podía notar la solidez de su muslo bajo la pantorrilla y le tembló la pierna cuando él empezó a soltarle la cinta. Le pasó una mano por la pantorrilla y notó que el músculo era un nudo de tensión. Se lo masajeó con unos dedos diestros, pero el músculo no se relajó. En realidad, se tensó más. Además, cuando ella contrajo los dedos de los pies por su masaje, él le puso el pie de tal manera que pudiera notar el deseo que sentía por ella.

Debería decirle que era virgen, pero se temía que a Raul no iba a gustarle especialmente su inocencia.

Siguió masajeándole el músculo tenso hasta que se relajó, pero se le contrajo el muslo y él le quitó la sandalia y le levantó el pie descalzo.

—No, por favor —consiguió decir ella mientras se lo acercaba a la boca—. He estado andando…

—Qué chica tan mala.

Le besó el empeine y ella intentó retirarlo, pero por la sensación abrasadora que le producía entre las piernas.

—Raul… —lo pronunció correctamente por primera vez—. Podrían vernos.

—No pueden ver dentro.

Ella sí podía, parecía como si pudiera ver dentro de sí misma y estaba… Era una sensación tan desconocida para ella que tardó un instante en reconocerla. Estaba feliz. Así de sencillo.

—Ya hemos llegado.

Raul le soltó el pie y ese destello de felicidad despreocupada se apagó, así de sencillo, cuando vio a Maurice en la puerta del hotel. Estaba fumando un puro y hablando por teléfono, sin duda, con su madre.

—Entraremos por la entrada lateral.

Raul fue a hablar con el conductor por el intercomunicador, pero ella le agarró la muñeca.

—No.

Todo había terminado. Las ventanillas eran oscuras y sabía que Maurice no podía ver dentro, ni se esperaría que llegara en un coche tan lujoso.

—Tengo que hacer frente a las cosas.

—Mañana —replicó Raul.

Ella miró a ese hombre que no se encariñaba lo suficiente de nadie como para recordar su cumpleaños, un hombre que no vivía según las reglas. Ella sí lo hacía.

—Creo que será mejor lidiar con eso esta noche. Podría ser más difícil seguir mis principios respecto a Bastiano si voy con las bragas en el bolso.

—Lydia…

Raul no terminó. No ponía reparos a las aventuras de una noche, pero asintió con la cabeza para indicar que ella tenía cierta razón.

—Dile que desaparezca de tu vida y ve a mi suite —él le dio el piso y el número aunque sabía que la noche que había planeado se había esfumado—. ¿Te pasará algo?

—Claro que no —Lydia se rio con sorna—. Tengo veinticuatro años, no puede imponerme que vuelva a una hora.

—¿Te pasará algo? —volvió a preguntar él.

—No. Hay que afrontar esto.

Raul le pidió al conductor que avanzara un poco e hizo algo que no hacía casi nunca. Sacó una tarjeta, no la tarjeta que solía dar.

—Este es mi número, te pondrá directamente conmigo. Si hay algún problema…

—No lo habrá —replicó ella mientras tomaba la tarjeta y la guardaba en el bolso.

Los dos sabían que hasta ahí habían llegado, aunque los dos esperaban que no fuese así.

—Recuerda lo que te dije esta mañana —comentó Raul.

Ella asintió con la cabeza y él fue a besarla, pero apartó la cara. No era muy estimulante sabiendo que Maurice estaba esperándola.

Además, no debería haber dejado que Raul le quitara el zapato

porque le tocaba todo el jaleo de volver a ponérselo. Se bajó del coche y toda la felicidad se evaporó en el aire.

—¿Puede saberse dónde has estado? —le preguntó Maurice.

—Por ahí —contestó ella.

—Tu madre está preocupadísima —cruzaron apresuradamente el vestíbulo y él esperó a que estuvieran en el ascensor—. Estoy intentando salvar el negocio de tu familia y tú dejas plantada a la persona que podría hacerlo.

—Fui a beber una copa.

—Él quería invitarnos a los dos a cenar. Le dije que estarás mañana.

—Pues no deberías haberlo dicho.

Salieron del ascensor y Lydia se dirigió hacia su cuarto.

—Voy a acostarme.

—No me dejes tirado. Mañana estarás con una sonrisa y…

—Maurice, ¿por qué tengo que estar? —ella le preguntó lo que Raul le había preguntado esa mañana—. Yo no tengo las escrituras del castillo, las tiene mi madre. Es más, ni siquiera me gusta la idea de convertirlo en un… retiro. No hay ni el más mínimo motivo para que esté ahí.

—Sabes que sí lo hay.

—¿Cuál?

¿Tendría agallas de decirlo en voz alta?

—Bastiano lo quiere.

—Entonces, dile que yo no soy parte del trato —replicó ella con la voz temblorosa—. En realidad, puedes decirle que ya no vivo ni trabajo en el castillo.

—Lydia, es un hombre atractivo e inmensamente rico, y está muy interesado por ti.

—¡Pues no estoy a la venta! Ye te lo he dicho, me marcho.

—¿Y adónde vas a ir? Lydia, no tienes títulos, no tienes ahorros…

—Es curioso cuando he estado viviendo en casa y deslomándome durante los últimos seis años.

No podía más. Sacó la tarjeta magnética y entró en la suite. Maurice llamó a la puerta con todas sus fuerzas. No podía aguantar otra noche así ni tenía por qué. Se acordó del consejo de Raul, podía alejarse de quien quisiera y no tenía que dar un motivo. Además, tenía muchos motivos, se dijo a sí misma mientras empezaba a guardar cosas en la maleta.

—¡Tu madre va a enfadarse mucho! —gritó Maurice a través de la puerta.

Sin embargo, se calló cuando la abrió y apareció con la maleta en la mano.

—Me marcho.

—¿Puede saberse…? Lydia…

Lydia vio un poco de saliva en la comisura de su boca y notó su rabia porque se negaba a obedecer cuando siempre había obedecido. Siempre reculaba por su madre cuando las cosas se acaloraban, pero esa vez se mantuvo firme. Era como si de pronto pudiera ver con claridad la presión y el control que ejercía él.

No iba a seguir el juego.

Ella no podía salvar el castillo ni iba a obedecer dócilmente para que él no se pusiera de mal humor. Casi podía notar que las cáscaras de huevo sobre las que había estado andando se deshacían debajo de sus pies.

Fue hasta los ascensores y él la siguió. La agarró cuando llegó a las puertas y tuvo miedo de repente. Raul había tenido razón al preocuparse. Tenía miedo de Maurice y su genio. No estaba huyendo hacia Raul, estaba huyendo del infierno.

Maurice le dio una bofetada. Le dio una sonora bofetada en la mejilla, la agarró del pelo y levantó la otra mano. Sin embargo, ella consiguió zafarse, se metió en el ascensor y cerró las puertas atrapándole la mano.

—Gracias —ella empleó el tono más hiriente que pudo desde el otro lado de la reja—. Ahora sé con certeza lo malnacido que eres.

Ella no se arrugó ni desperdició una sola lágrima, aunque estaba asustada. Asustada y sola.

Habría tenido que perderse en la noche, se habría perdido completamente sin Raul. Sin embargo, en vez de bajar, pulsó el botón que la llevaría a su piso.

# Capítulo 5

RAUL entró en su suite del ático inesperadamente solo. Naturalmente, Allegra había llamado y todo estaba preparado para que volviera con una… invitada. La luz era tenue, pero vio una botella de champán en un cubo. Pasó de largo, tiró la chaqueta en una butaca, se sirvió una copa de coñac, vació la mitad de un sorbo y se quito los zapatos, los calcetines, la corbata y la camisa.

Una vez en el cuarto de baño, puso los ojos en blanco porque lo que vio le pareció una burla. Habían encendido velas y la bañera estaba llena con agua aromatizada, pero también pasaría de largo. Quizá le sentara mejor una ducha de agua fría.

Pronto dejó de recorrer la suite preparada para dos y se tumbó en la cama. Dio otro sorbo de coñac y se planteó alargar otra noche su estancia. Al contrario que antes, cuando había querido presumir con Lydia por delante de las narices de Bastiano, de repente tuvo una sensación de presagio. Efectivamente, era posible que Lydia resistiera a su padrastro esa noche, pero ¿hasta cuándo aguantaría? Era fuerte, él lo había comprobado, pero, evidentemente, su familia la consideraba la solución al lío en el que estuvieran metidos. Además, él sabía que Bastiano no tenía reparos en emplear cualquier método para salirse con la suya.

Se repitió una y otra vez que no era asunto suyo y decidió que estaba más enfadado con Bastiano que preocupado por Lydia. Aunque la verdad era que no acababa de creérselo.

Al día siguiente se habría marchado de allí, había pedido que tuvieran el avión preparado a mediodía. Pronto estaría otra vez en Venecia y se habría olvidado de ese viaje. Ya ni siquiera quería el hotel. Las palabras del sultán Alim habían tenido su efecto. El Grande Lucia era una responsabilidad inmensa y él quería inversiones que pudiera administrar desde lejos. No quería hacer nada por amor al arte, ni por amor a nada.

Se convenció a sí mismo de que estaba aliviado por cómo había acabado esa noche. Bueno, no estaba aliviado ni mucho menos. Estaba anhelante y excitado. Estaba bajándose la cremallera cuando llamaron a la puerta. Fue a abrirla mientras se decía que lo bueno llegaba a quien sabía esperar. Cuando había creído que la noche había terminado, parecía que estaba a punto de empezar. No se

molestó en encender la luz, se limitó a abrir la puerta y Lydia entró tambaleándose. Llevaba una maleta, algo que, normalmente, habría bastado para alterarlo, pero, en ese momento, tenía otras preocupaciones.

—Siento… molestarte… —balbució ella con la voz temblorosa aunque intentaba parecer tranquila.

—¿Qué ha pasado?

—Tuvimos una discusión —contestó Lydia—. Una que llevaba mucho tiempo pospuesta. En cualquier caso, no quiero hablar de eso ahora.

No solo sabía cuál era el precio de pasar una noche en la habitación de él, también quería sentirse feliz otra vez, quería la inconsciencia que le ofrecía su boca y no pensar en el jaleo que le esperaba por delante. Él estaba desnudo de cintura para arriba y la pregunta le salió sola.

—¿Por dónde íbamos?

Su boca encontró la de él y la besó con avidez. Sabía a coñac y estaba palpablemente excitado cuando se estrechó contra él. Sin embargo, por una vez, Raul fue quien serenó las cosas.

El cuerpo le pedía que le devolviera el beso con voracidad, que la tomara contra la pared y que le diera lo que ella anhelaba. Sin embargo, sabía que había algo más.

—Lydia… Tranquila. El sexo con rabia puede esperar.

Él no esperaba nunca cuando se trataba de una mujer y se quedó sorprendido de su propia reflexión, pero su sentimiento prioritario era la preocupación.

—No estoy rabiosa.

Ella notaba que la mantenía un poco alejada con los brazos como si pudiera interpretarla perfectamente y decirle cómo se sentía.

—Sí lo estás.

Lo estaba, estaba dominada por la furia y él la mantenía a un brazo de distancia. Además, intentaba alcanzar su cremallera. Estaba desenfrenada.

—Lydia…

La llevó a una butaca y le costó mucho conseguir que se sentara, pero acabó consiguiéndolo. Ella pudo oír su propia respiración acelerada mientras Raul iba a encender una luz, y supo que él tenía razón. Estaba rabiosa.

Él vio la marca roja en su cara y la furia le atenazó las entrañas, pero habló sin alterarse.

—¿Qué pasó?

—Le dije a Maurice que no iba a ser su marioneta y que tampoco iba a volver a casa.

Él se acercó, se arrodilló y le tocó la mejilla hinchada con una mano.

—¿Te ha pegado en algún otro sitio?

—No. Estoy bien, de verdad.

Raul frunció el ceño porque no había lágrimas en sus ojos, solo reflejaban una ira contenida.

—¿Quieres que baje y lo ponga en su sitio?

—Me espantaría.

Ya se ocuparía más tarde, pero, en ese momento, su preocupación era Lydia. Se levantó y miró alrededor. Había una mujer en su suite y, por primera vez, no sabía qué hacer con ella. Lydia también miró alrededor y empezó a tranquilizarse. Vio el champán, las flores y la habitación que les habían preparado y se avergonzó de sí misma. Había pedido romanticismo y él se lo había dado, y luego se había abalanzado sobre él.

—¿No podemos fingir que los últimos quince minutos no han existido? —preguntó Lydia.

—¿Quieres que vuelva a lamerte los pies?

Lydia se rio. No se rio mucho, pero se rio en una noche en la que reírse debería ser imposible. Se sentía más tranquila. Aunque estaba abochornada por haberse abalanzado sobre Raul, también se había enfrentado a Maurice y hacía muchos años que no sentía la cabeza tan despejada.

—¿Quieres beber algo?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué quieres?

Ella vio el líquido color ámbar de su copa y todavía podía paladearlo en la boca.

—Lo mismo que tú.

—Entonces, ¿qué pasó? —le preguntó Raul mientras cruzaba la habitación.

—Un enfrentamiento necesario y que llevaba mucho tiempo gestándose. Lo he odiado desde el primer día que mi madre lo llevó a casa.

—¿Cuánto tiempo después de la muerte de tu padre?

—Dieciocho meses. Maurice tenía grandes ideas para el castillo, y decidió usarlo para bodas.

—Me espantan las bodas —Raul le sirvió una copa—. No quiero ni imaginarme lo que tiene que ser aguantar una cada semana.

—No se celebra una cada semana, por desgracia. Alguna en

verano…

Ella no terminó la frase y él supo por qué. No llevaba camisa y estaba de espaldas a ella. Lydia tenía que haber visto la cicatriz, era una cicatriz que podía cortar una conversación solo con verla. Era como una zanja en un paisaje perfecto. Era musculoso y estaba bien definido, pero frunció el ceño al fijarse en unas arrugas más finas. No era un paisaje tan perfecto.

Quería saber más cosas de él, pero se acordó de sus modales, se aclaró la garganta y siguió hablando.

—En verano solía haber una a la semana, pero la cifra ha ido bajando.

—¿Por qué? —le preguntó Raul mientras le entregaba la bebida.

Agradecía que no hubiera comentado nada sobre la cicatriz. No soportaba que las mujeres se lo preguntaran, como si tuvieran derecho a conocer su pasado por haber estado una noche con él, y nunca era más de una noche.

Lydia dio un sorbo. Le había gustado más en la lengua de él, pero era agradable. Le daba calor y se concentraría en eso por el momento. Hasta que Raul volvió a hacerle la pregunta.

—¿Por qué están bajando las cifras?

—Porque, cuando alguien alquila un sitio de lujo, espera encontrarse lujo por todos lados, pero Maurice escatima.

Él había oído lo mismo muchas veces. En realidad, había levantado su fortuna gracias a eso. Compraba hoteles en las últimas y los convertía en palacios. El Grande Lucia era otro asunto. Ya era un palacio y por eso ya no pensaba comprarlo.

—Maurice siempre busca la solución fácil —Lydia se quedó inmóvil al oír el zumbido de su móvil—. Es él.

—Yo contestaré —dijo Raul mientras iba a tomar el teléfono.

—No, por favor —ella lo dijo con toda nitidez—. Solo empeorarías las cosas.

—¿Cómo?

—Tú no sufrirías las consecuencias.

Efectivamente, él podía ocuparse de Maurice esa noche, pero ¿de qué serviría? Él se sentiría mejor y Maurice se lo merecía, pero Lydia tenía razón, no serviría de nada a largo plazo porque él no estaría allí.

—Apaga el teléfono —le propuso Raul

—No puedo. Él llamaría a mi madre y ella se preocuparía.

Raul no estaba tan seguro. Más bien, creía que la madre de Lydia se enojaría porque su hija no había seguido dócilmente sus planes.

El teléfono volvió a sonar, pero ella, en vez de enfadarse, cerró los ojos con fuerza.

—¿Maurice? —preguntó él.

—Mi madre.

—No contestes.

—No puedo —replicó ella—. Él debe de haberle contado que me he escapado —el teléfono se quedó en silencio, pero ella sabía que no seguiría así mucho tiempo—. La llamaré y le diré que estoy bien. No le diré dónde estoy, solo le diré que estoy bien. ¿Puedo…?

Lydia señaló hacia la puerta doble para indicar que quería cierta intimidad para hacer la llamada.

—Claro.

Era un dormitorio. Era la primera vez que estaba en el dormitorio de un hombre y era en una circunstancia tan distinta a la que había esperado que era casi cómica. Había sido una noche casi perfecta, pero ya estaba arruinada. Se sentó en la cama y se avergonzó al acordarse de cómo había entrado en la suite. Estaba muy acostumbrada a disimular los sentimientos, pero Raul conseguía sacárselos a la superficie. Sin embargo, en ese momento, tenía que recuperar el aire eficiente, aunque no fue fácil cuando oyó el tono acusador de su madre.

—¿Puede saberse a qué estás jugando, Lydia?

—No estoy jugando a nada.

—¡Sabes muy bien lo importante que es ese viaje!

Lydia había esperado remotamente que su madre se pusiera de su lado, que estuviese de acuerdo en que el comportamiento de Maurice había sido absurdo y que le dijera que, naturalmente, no tenía que aceptar nada que no quisiera. Había sido una esperanza ridícula y escuchó a su madre mientras le contaba lo encantador que era Bastiano y que había sido todo un caballero, y mientras le preguntaba cómo se atrevía a abochornar a la familia. Entonces, por fin, su madre fue sincera.

—Es hora de que des un paso al frente.

—Bastiano ni siquiera me conoce. Hemos hablado un par de veces como mucho.

—Lydia, ya es hora de que bajes de las nubes. He hecho todo lo que he podido para evitar que nos hundiéramos. Por el motivo que sea, le interesas a Bastiano…

Ella no oyó mucho más. «Por el motivo que sea…» Como si fuese inconcebible que alguien pudiera quererla porque sí. Cortó la llamada, se quedó unos minutos en silencio y levantó la mirada cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

Sonrió con ironía cuando entró Raul; al fin y al cabo, era su dormitorio.

—¿Qué tal te ha ido con tu madre?

—No muy bien. Al parecer, estoy dramatizando mucho.

—¿Por qué no te das un baño?

—¡Un baño!

Ella dejó escapar una carcajada ante semejante propuesta.

—Podría relajarte. Ya hay uno preparado.

—Supongo que no me habría bañado sola si hubiese venido desde el principio.

—Cambio de planes. Dame tu teléfono y relájate.

—No contestarás…

—No.

La familia de ella era insistente, pero él era obstinado. El teléfono siguió zumbando, pero Raul, en lugar de apagarlo, se tumbó en la cama otra vez, como estaba antes de que llegara Lydia, y como lo encontró cuando volvió. El baño había sido reconfortante. Se había sumergido en el agua con sales y se había alegrado de haberle dejado el teléfono. Le había dado la oportunidad de serenarse y de recomponerse.

—Han estado llamando —comentó Raul como saludo.

—Puedo imaginármelo —Lydia suspiró—. No creo que vayan a tirar la toalla si no lo ha hecho Bastiano. Al parecer, Maurice ha dicho que se verán mañana y yo debería estar allí.

—¿Y qué has dicho?

—Que no, claro. Sin embargo, no se trata solo de cenar con Bastiano.

—Desde luego que no.

—Creo que quiere… acostarse conmigo.

—Quiere algo más que acostarse contigo, Lydia. Quiere casarse contigo. Cree que estás muy bien como esposa trofeo. Bastiano quiere ser el rey de tu castillo.

La miró para ver su reacción, pero lo sorprendió como siempre porque se limitó a encogerse de hombros.

—No sería la primera en casarse por dinero. No creo que mi madre se casara con Maurice por su personalidad deslumbrante —Raul asintió con la cabeza para indicar que estaba de acuerdo—. ¿Te casarías tú por dinero?

—No —contestó Raul—, pero no es por un principio moral, es que no me casaré nunca.

—¿Por qué?

—Normalmente, me he quedado sin conversación por la mañana. No puedo ni imaginarme una con la misma persona durante el resto de mi vida.

Hizo que ella sonriera y se sintiera cómoda. No era la palabra exacta porque no se sentía cómoda cuando estaba con él, se sentía ella misma, fuera quien fuese. No lo sabía porque nunca le habían permitido averiguarlo.

—Tienes que acordarte de su cumpleaños —comentó ella mientras se sentaba al lado de él.

—Y de nuestro aniversario —Raul puso los ojos en blanco—. Además, las personas casadas se obsesionan con lo que hay de cena.

—¡Es verdad!

—Yo tenía una secretaria completamente normal; Allegra. Ahora, todos los días, su marido la llama y hablan sobre lo que van a cenar. Le pago más que suficiente como para que cenen todos los días fuera…

Efectivamente, la hacía sonreír.

—¿Crees en el amor? —le preguntó Lydia.

—No.

A ella le gustó que fuese tan tajante. Estaba muy a gusto en su cuarto y no estaba nerviosa aunque el sentido común le decía que debería estarlo. Le gustaba hablar con alguien que era tan pragmático sobre algo a lo que ella le había dado muchas vueltas.

—¿Te casarías si así evitaras que tu familia se hundiera?

—No tengo familia —Raul se encogió de hombros—. Además, no puedes evitar que alguien se hunda. Hagas lo que hagas e intentes lo que intentes.

Se giró para mirarlo por el repentino tono pensativo de su voz.

—Quise que mi madre abandonara a mi padre. Hice todo lo que pude para que lo dejara, pero no lo dejaba. Yo tenía un trabajo a tiempo parcial en Roma mientras estudiaba y había encontrado un piso para ella —Raul miró fugazmente a Lydia—. Cerca del que vimos. Sin embargo, ella no se marchaba. Decía que no podía permitírselo y que, además, se tomaba muy en serio los votos del matrimonio.

—Yo también lo haría —aseguró Lydia.

—Eso decía mi madre, pero tenía una aventura —fue sorprendentemente fácil decírselo por todo lo que le había contado ella—. Murió en un accidente de coche justo después de que su aventura saliera a la luz. Dudo mucho que estuviera concentrada en la carretera. Después de que muriera, averigüe que había tenido dinero más que suficiente para empezar una vida nueva. Creo que

su amante también lo había averiguado.

Quiso decirle que su amante había sido Bastiano, pero eso no era a donde quería llegar y tampoco quería empeorarle las cosas esa noche.

—Lydia, lo que quiero decir es que no puedes impedir que alguien se hunda.

—Yo no lo creo.

—¿Crees que Bastiano aceptará los consejos de Maurice aunque te cases con él? ¿Crees que querrá convivir con tu madre y su marido?

—No.

—Hazme caso, la única persona a la que puedes salvar es a ti.

Eran unas palabras implacables, pero, evidentemente, ella no las compartía porque fue a contestar el teléfono cuando sonó.

—No contestes —dijo él.

—No puedo —reconoció Lydia—. Podría apagarlo.

—Entonces, ellos sabrían que estás eludiéndolos. Limítate a no hacerle caso.

—No puedo.

—Sí puedes porque no voy a dejar que lo oigas.

Ella había creído que Raul iba a quitarle el sonido, pero, cuando el teléfono sonó otra vez, él la agarró y acercó su cara a la de él. Ella estaba segura de que, esa noche, nada conseguiría que dejara de pensar en su familia.

Estaba equivocada.

Su beso fue más delicado que los otros que le había dado. Fue tan leve que, cuando ella cerró los ojos, él solo le rozó los labios mientras introducía una mano entre su pelo. Beso a beso, muy delicados todos, fue quitándole las horquillas y ella se encontró con los labios separados, pero él hizo que tuviera que esperar la lengua. Ella ya lo había paladeado y su cuerpo anhelaba más. Sin embargo, era despiadado y le daba muy poco.

Raul le soltó el nudo del albornoz con la misma parsimonia que le había quitado las horquillas y se lo bajó por los brazos hasta que se quedó desnuda. Ella sintió algo muy parecido al pánico cuando dejó de tocarla y le recorrió el cuerpo con la mirada. Sin embargo, no era pánico, era algo mucho más agradable porque, cuando sonó el teléfono, ella estaba mirando la boca de él al lado de su pecho y habría preferido morir antes que contestar.

—¿Quieres contestar? —le preguntó Raul.

—No… —contestó ella con un susurro ronco al notar su aliento en el pezón.

—No he podido oírte.

Él le pasó la lengua ligeramente y ella tuvo que agarrarse a la sábana para no agarrarlo de la cabeza.

—No —él dejó de complacerla con esa magia—. No quiero contestar —añadió ella.

—Perfecto.

Él succionó con fuerza, le prestó al pecho la atención que había anhelado su boca y tuvo que hacer un esfuerzo para no jurar o, peor todavía, para no suplicar. Él le tomó una mano, se la llevó entre las piernas y ella notó la dura prominencia debajo de la tela. Entonces, pensó que debería decirle que era el primero. Sin embargo, sonó el teléfono y volvió a provocarla.

—¿Quieres que conteste? —le preguntó él levantándose.

—Apágalo —contestó Lydia.

—Ni hablar.

Él se bajó la cremallera y ella dejó de oír el zumbido del teléfono cuando lo vio desnudo. Efectivamente, iba a dolerle… Debería decírselo, pensó mientras alargaba la mano para tomarlo. Entonces, cerró los ojos por la energía que sintió en los dedos y por el leve gemido que dejó escapar él. Raul le movió los dedos con más fuerza que lo que habría hecho ella y abrió los ojos al sentirlo. Podía oír sus respiraciones aceleradas y entonces, él, con la mano que tenía libre, le bajó la cabeza. Ella lo paladeó un poco al acariciarlo con la lengua. Para él, debería haber sido demasiado lento, un contacto de la lengua demasiado leve, pero, por algún motivo, ella conseguía algo increíble. Cuando se atragantó un poco al tomarlo plenamente con la boca, estuvo a punto de explotar y se alegró de que el repentino zumbido lo distrajera un instante.

Lydia no se distrajo, estaba absorta por su sabor cuando, por segunda vez esa noche, notó que le tiraban del pelo y levantó la mirada. Se pasó la lengua por los labios y captó el sabor de él.

Raul, que no quería que eso terminara, la tumbó en la cama. Se arrodilló a horcajadas encima de ella, le puso los brazos por encima de la cabeza y se los agarró con una mano mientras con la otra le acariciaba el pecho que no estaba succionándole.

—Raul…

Estaba a punto de decirle que era virgen cuando el teléfono sonó por enésima vez y él creyó que era una queja de ella.

—Shhh…

Entonces, se arrodilló entre sus piernas, sacó un preservativo del cajón y ella lo miró mientras se lo ponía

—Raul…

No podía respirar casi, pero tenía que decírselo y estaba intentándolo.

—Hablas demasiado.

Ella había dicho dos palabras y las dos habían sido su nombre. Iba a comentárselo, pero se olvidó de todo cuando él bajó la cabeza entre sus piernas y ella contuvo la respiración mientras esperaba nerviosa el contacto íntimo.

La besó exactamente igual que la primera vez.

La boca de Raul presionó levemente ahí y luego la provocó con la lengua. Fue lento al principio, como lo había sido Lydia, porque él creyó que ella había estado provocándolo.

—Por favor…

Lydia no supo si estaba pidiéndole permiso para hablar, si estaba pidiéndolo que fuese más despacio o si estaba pidiéndole más. La barbilla era áspera, la boca era suave y la lengua… aventurera. Era sublime y empezó a gemir. La lengua la apremió, los muslos le temblaban y tuvo que hacer un esfuerzo para seguir en silencio. Hasta que cedió y él gimió de placer mientras ella tenía un orgasmo. La beso y tragó mientras ella palpitaba contra sus labios.

Estaba ardiendo, no podía respirar, tenía convulsiones y estaba aturdida cuando él se incorporó y le besó los labios tensos con sus labios húmedos. Le puso un muslo entre sus piernas y se las separó. Aunque todavía no había tocado tierra y todavía sentía su boca y su energía, supo que iba a dolerle.

—Despacio… Yo nunca…

Él estaba a punto de acometer a fondo y sin contemplaciones cuando oyó esas dos palabras tan inesperadas.

—Despacio —repitió ella.

Esbozó una sonrisa disimulada ante la idea de tomarla el primero y, prácticamente, en las narices de Bastiano. Incluso, hizo que aumentara su ardor. Hasta que se apartó del abismo.

Todo se quedó inmóvil.

Todas esas sensaciones maravillosas se disiparon lentamente mientras se dejaba caer encima de ella antes de tumbarse de espaldas sin respiración, insatisfecho, excitado y enfadado a la vez.

—No lo hago con vírgenes.

Ella podría haber protestado por muchas cosas. Sin embargo, su reacción fue cáustica, como si quisiera disimular la decepción y el bochorno.

—¿Qué pasa? ¿Solo pueden presentar una solicitud las candidatas con experiencia?

—¿No lo entiendes? —él se quitó el preservativo y lo tiró a un

lado—. No se puede presentar una solicitud para nada, Lydia. Me gustan las aventuras de una noche. Me gusta levantarme por la mañana, beber un café y empezar la jornada. Se trata de sexo y nada más. En mi vida no hay puestos vacantes que quiera cubrir.

—Yo no esperaba nada más.

—Eso lo dices ahora.

Lo había oído muchas veces. No lo hacía con vírgenes y tenía un buen motivo, porque hasta la más curtida de sus amantes tendía a pedirle más de lo que estaba dispuesto a dar.

—Lo digo de verdad —insistió Lydia.

—¿Sabes una cosa, Lydia? Si has esperado hasta los veinticuatro años, me imagino que hay un motivo.

Lo había, ningún hombre había llamado a su puerta. Sin embargo, algo le decía que Raul, por muy arrogante que fuera, tenía razón. Hacer el amor le cambiaría las cosas. Aunque todo le había cambiado ya desde que había conocido a Raul.

—Duérmete.

—No puedo.

—Sí, Lydia, tú sí puedes.

Él lo dijo en un tono malhumorado y ella no supo qué había querido decir, hasta que empezó a entenderlo. Se sentía casi como si estuviera flotando. Podía ver todo lo que había pasado esa noche y podía mirarlo sin sentir nada, salvo una cosa.

—¿Qué le pasó a tu espalda?

Raul supo que lo había dicho en ese estado previo a quedarse dormida, pero, aun así, le habría gustado que no lo hubiese preguntado. Ella no le había preguntado por una cicatriz, le había preguntado por toda la espalda y él no quería pensar en eso, aunque estaba empezando a hacerlo.

# Capítulo 6

ERA el entierro de tu madre —le había reprendido el sacerdote cuando ya se habían llevado esposado a Raul.

La policía decidió que Raul y Bastiano no podían estar en el mismo edificio y llevaron a Raul al calabozo para que se tranquilizara y a Bastiano lo llevaron al pequeño hospital del valle. Se sentó en la celda con una toalla tapándole la herida hasta que llegó el médico. No soportaba que le vieran le espalda por las cicatrices que le había dejado su padre, pero, afortunadamente, el médico no comentó nada sobre ellas. Miró la herida abierta y sacudió la cabeza.

—Es demasiado grande —le comunicó el médico—. Le diré a los centinelas que te lleven al hospital.

—¿Bastiano sigue allí? —le preguntó Raul al médico, quien asintió con la cabeza—. Entonces, la curarás aquí.

No le gustaba la idea de pasar le noche en el mismo edificio que Bastiano y un hospital no era el mejor sitio para su humor.

—Va a dolerte —le avisó el médico.

Sin embargo, a Raul ya le dolía. Tardó siglos en cerrarla. El agua oxigenada le quemó la carne viva y luego notó los dedos del médico que se la exploraba.

—Creo sinceramente…

—Ciérrala —le interrumpió Raul.

Le suturaron los músculos y le cosieron la piel con un hilo de seda. Le recetaron unos analgésicos para que los tomara cuando quisiera a lo largo de la noche, pero no se molestó en pedírselos a los centinelas. Nada podía aliviar el dolor. No le dolían las heridas del cuerpo, le dolían los recuerdos y el arrepentimiento.

Debería haber sabido lo que estaba pasando.

Su madre estaba de mejor humor la última vez que la visitó porque tenía un amante. También sentía remordimiento. Su madre lo había llamado la mañana que murió y él no había contestado. Había estado con una mujer anónima y había preferido no contestar.

Se tumbó en la cama dura y estrecha y miró el techo durante la noche más larga de su vida. Aunque no sería la última. La luz entró por las ventanas con barrotes y oyó que soltaban a un borracho que

había estado cantando toda la noche, y luego a otro. Él, sin embargo, no tenía ninguna prisa.

—Hola.

La puerta se abrió y un policía entró con un café. Era Marco; habían ido juntos al colegio.

—Por si te interesa, estoy de tu parte —comentó Marco mientras le daba el café—. Bastiano es un mal bicho. Ojalá te hubiesen dejado terminar.

Raul no dijo nada y se limitó a aceptar el café. Cuánto odiaba ese valle. Había corrupción por todos lados y, si no recordaba mal, Bastiano se había acostado con la joven que había sido la prometida de Marco en ese momento.

Justo después de las nueve, Raul firmó los documentos para quedar en libertad y Marco le dio el cinturón y la corbata, que se guardó en un bolsillo.

—Adecéntate —le aconsejó Marco—. A las diez tienes que estar en el juzgado.

Se puso el cinturón y se metió la camisa por dentro, pero se dio por vencido cuando llegó a la corbata. Se miró en el espejo del cuarto de baño y supo que era inútil. Tenía los ojos morados, los labios hinchados y el pelo manchado de sangre, y necesitaba afeitarse. Aturdido y con dolor de cabeza salió a la calle y recorrió la corta distancia que había hasta el juzgado. Hacía un día resplandeciente y despiadado y él supuso que iban a acusarlo, pero resultó que iban a leerle al testamento de Maria di Savo. Naturalmente, Gino, su padre, también estaba. Se sentó con un placer perverso porque sabía que todo lo que había tenido Maria era suyo, aparte de algunas baratijas que le había regalado su padre durante los primeros años. Solo quería que todo acabara de una vez por todas y marcharse de allí. No quería volver a saber nada de Casta.

Entonces, por segunda vez en menos de veinticuatro horas, el hombre al que más odiaba en el mundo volvió a aparecer en el momento menos apropiado.

—¿Puede saberse qué está haciendo aquí?

Fue Gino quien lo preguntó con rabia mientras Bastiano, tan maltrecho como él, se sentaba en un banco. Le habían suturado la cara y una cicatriz le cruzaba la mejilla amoratada. Evidentemente, había ido directamente desde el hospital porque llevaba el mismo traje que el día anterior.

Entonces, el juez empezó a leer el testamento. Era una mera formalidad y él solo esperaba recibir la cruz que había llevado

siempre Maria. Su deseo se hizo realidad cuando le entregaron un sobre y la cruz y la cadena cayeron en su mano, pero también cayó un anillo. Era magnífico, mucho más refinado que cualquier cosa que hubiese tenido su madre. Era de oro rosa con una esmeralda y salpicado de perlas, y le pesaba en la mano. Lo tomó entre el índice y el pulgar e intentó localizarlo, pero no recordaba que su madre lo hubiese usado. Entonces, el juez volvió a hablar y dejó de examinar el anillo.

—*Testamona segreto.*

Hasta el funcionario más aburrido prestó atención y se dio un giro inesperado en el procedimiento. Él dejó de mirar el anillo y Gino frunció el ceño y se inclinó hacia delante al enterarse de que su madre había dejado un testamento secreto. Más intrigante todavía fue enterarse de que lo había modificado hacía unas semanas. Luigi, el hermano de Maria, le había dejado una cantidad de dinero considerable con la condición de que no beneficiara lo más mínimo a Gino. Luigi odiaba a Gino, pero Luigi había muerto hacía unos diez años.

Lo más sorprendente para él fue darse cuenta de que su madre había tenido recursos para vivir. Él se había deslomado para intentar ahorrar algo para ella cuando podría haberse marchado cuando hubiese querido. No tenía sentido. Ya nada tenía sentido en su vida. Entonces, cuando el juez leyó la última voluntad de su madre, el pulso le abrasó en las sienes.

—Esta cantidad se dividirá, a partes iguales, entre mi hijo Raul di Savo y Bastiano Conti. Espero que lo empleen con prudencia y rezo para que vivan una vida maravillosa.

Raul se quedó en silencio mientras se desataba el griterío. El dinero era el dios de Gino y esa traición le hizo más daño que la otra. Empezó a maldecir e intentó terminar lo que Raul había empezado con Bastiano, pero acudió el servicio de seguridad.

—¡No puede recibir nada! —gritó Gino mientras señalaba a Bastiano con un dedo—. Maria estaba mal de la cabeza, no sabía lo que hacía cuando redactó ese testamento.

—La voluntad es clara —replicó el juez sin inmutarse mientras se llevaban a Gino.

—Bastiano la utilizó. ¡Esto no va a quedar así! —bramó Gino por encima del hombro.

Raul no dijo nada mientras asimilaba en silencio las últimas voluntades de su madre. Ella había elegido a Bastiano como segundo beneficiario y había pedido que el dinero se repartiera a partes iguales… Eso le dolía. Miró a Bastiano, quien miraba

fijamente al frente.

¿Por qué se lo había dejado a él? ¿Sabía Bastiano la existencia de ese dinero y lo había organizado todo? ¿La habría convencido con palabras amables para que cambiara el testamento y luego habría sacado a la luz su aventura porque sabía que la frágil Maria no sobreviviría a las repercusiones?

—¡Yo estuve a su lado todos estos años! —seguía gritando Gino por los pasillos.

Raul se quedó pensando. Sabía que podía impugnarlo… o esperar a que Bastiano y él estuvieran fuera para dejarlo zanjado definitivamente. Eligió lo segundo. Una vez fuera, el sol le achicharró la cabeza y tuvo ganas de vomitar, hasta que Bastiano salió y también entrecerró los ojos por el sol.

—Resulta que las habladurías estaban equivocadas —comentó Raul a modo de saludo—. Resulta que la puta eras tú.

Se miraron fijamente. Los ojos negros de Raul se clavaron en los grises de Bastiano.

—Tu madre… —empezó a decir Bastiano, aunque, prudentemente, no siguió.

—¿Vas a decirme que respete sus deseos? —le preguntó Raul entre dientes—. Sabías que tenía ese dinero, lo sabías…

Se detuvo porque la voz estaba traicionándole y no iba a permitir que Bastiano vislumbrara su debilidad. Le golpearía con algo más que los puños. Se aclaró la garganta y soltó su amenaza para que solo la oyera Bastiano.

—Cobra deprisa y paga despacio.

Era un dicho italiano que ese día cobraba un sentido distinto. Era posible que Bastiano hubiese cobrado, pero pagaría, y despacio.

Se miraron a los ojos y no se dijeron nada más, pero fue como si Raul hubiese repetido las palabras y observó que la amenaza llegaba a su destino. Mantendría su palabra, cumpliría la promesa que había hecho ante la tumba de su madre. Lucharía todos los días contra Bastiano, pero no con los puños. Por eso, y para decepción de toda la gente que se había concentrado con la esperanza de que el día acabara con derramamiento de sangre, se dio media vuelta y se marchó. Era posible que Bastiano hubiese recibido una recompensa, pero él tomaría la herencia de su madre y se labraría un porvenir lejos de allí. Además, destruiría a Bastiano por el camino.

La venganza sería su motivación.

# Capítulo 7

LYDIA supo donde estaba incluso antes de haber abierto los ojos. Sentía su presencia constantemente, hasta dormida. El despertar más maravilloso de su vida era oír su respiración profunda y sentir la calidez de su cuerpo. Decidió no estirarse para no salir de ese letargo. El colchón era como una nube y la habitación estaba a una temperatura perfecta.

Sin embargo, la espalda de Raul no era una vista agradable. Era ancha y musculosa y el pelo negro le cubría la nuca. Todo era perfecto menos las cicatrices, y había muchas. Había una vertical, profunda y muy fea que le llegaba desde los hombros hasta la cintura, pero también había muchas líneas blancas que formaban filas en la espalda. Se lo había preguntado la noche anterior e intentó acordarse de la respuesta, no había habido respuesta.

Esa vez, no se lo preguntó con palabras, sino con las manos. Los dedos habían ido sin darse cuenta mientras le miraba la espalda. Raul notó la pregunta en su contacto y se maldijo por haberse quedado dormido de costado. Se tumbó de espaldas.

—Siento habértelo preguntado —comentó Lydia.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque me olvido de los modales cuando estoy contigo.

Sonó un teléfono y no era el de Lydia. La batería se había acabado por fin. Raul lo agarró, soltó un improperio antes de contestar, habló unos minutos y se tumbó otra vez mirándola.

—Nos hemos quedado dormidos.

—¿Qué hora es?

—Mediodía.

—¿Has perdido el avión? —le preguntó ella con los ojos como platos.

—No, me han perdido a mí. Por eso ha llamado Allegra. Va a reorganizarlo.

La miró fijamente y ella comprendió por qué se había entregado a él la noche anterior. Era la reacción acertada a esos ojos negros porque seguía sintiendo el mismo deseo.

—Siento no haberte dicho que soy virgen.

—Es un milagro que sigas siéndolo.

Sin embargo, ella no quería serlo. Pensó que sería maravilloso

que él le hiciera el amor, pero no dijo nada. Él le apartó el pelo de la cara y tampoco dijo nada. A ella la gustaba compartir ese silencio con él.

Él volvió a pensar en todo lo que le había contado ella, en esa parte sombría de su pasado que le contó el día anterior durante el desayuno. Entonces, volvieron a estar juntos en ese sitio, pero fue él quien habló.

—Me peleé en el entierro de mi madre, en el cementerio.

—Dios mío.

Ella sonrió, fue una sonrisa leve. Él también esbozó una sonrisa.

—¿Con quién? —preguntó Lydia.

—Con su amante.

Entonces, cuando no dijo el nombre de Bastiano, Raul mintió de verdad por primera vez. Bueno, en realidad, la noche anterior había sido una mentira por omisión. Ella había estado enfadada y desconcertada y había tenido motivos para no contestar, pero, en ese momento, estaban en la cama y hablaban como amantes y él sabía que debería habérselo dicho en aquel momento.

Sin embargo, no había querido que le diera la espalda, y se la habría dado con toda certeza.

—¿Cuándo supiste que tu madre tenía una aventura? —le preguntó Lydia.

—Justo después de que muriera —contestó Raul—. No me lo creí al principio. Mi madre era muy religiosa, tanto que de niña había querido ser monja.

—¿Por qué no lo fue?

—Se quedó embarazada a los dieciséis años.

—¿De ti? ¿Por tu padre?

—Claro. Yo sabía que no era un matrimonio feliz, pero me sorprendió…

—¿Que lo engañara? —preguntó Lydia.

Él entrecerró los ojos por las palabras que había elegido ella.

—Creo que, más bien, engañaron a mi madre.

Él pensó en el encanto y la maña de Bastiano, en la herencia que había conseguido que firmara a su nombre.

—O también es posible que se enamorara —aventuró Lydia en voz alta.

—¡Por favor! —exclamó Raul con desprecio por la mera idea—. La utilizó, odio a ese hombre.

—¿Lo ves alguna vez?

—De vez en cuando —reconoció Raul—. Me he propuesto arrebatarle todo, llegar antes, derrotarlo siempre…

Por eso estaba en el Grande Lucia. Normalmente, estaría llamando a Allegra y preparando una oferta para Alim. Sin embargo, se había quedado dormido hasta mediodía. Esa necesidad de conquista había sido el verdadero motivo por el que la noche anterior se echó atrás. Lydia se merecía algo mucho mejor. Volvía a tener la ocasión de decirle quién era Bastiano, en ese momento, durante la conversación más íntima que había tenido en su vida. Sin embargo, no se lo dijo, no hacía ninguna falta.

Además, ella se habría marchado enseguida. Le dio un beso. Fue un beso distinto al de la noche anterior, ya sabían más cosas el uno del otro, pero no duró mucho. Sabía la reputación que tenía y que no iba a cambiar en un futuro inmediato, por eso se apartó.

Ella se sintió rechazada, pero se quedaron en la cama.

—¿Qué vas a hacer el resto del día? —le preguntó él.

—Voy a ir a casa mientras todavía tenga una —contestó Lydia —. Veré si puedo cambiar el vuelo para hoy. Quiero decirle a mi madre que voy a marcharme, mientras no esté Maurice todavía.

—Muy bien, tienes que…

Él no siguió porque no era quién para decirle lo que tenía que hacer.

—Sé lo que tengo que hacer, Raul.

Cerró los ojos un instante y pensó en la montaña que se le presentaba por delante y que estaba a punto de escalar. Iba abandonar el negocio familiar, iba a labrarse una carrera profesional e iba a buscar un sitio donde vivir sin nada. Sin embargo, también era emocionante, ya era hora, y eso hizo que sonriera.

—¿Qué vas a hacer tú? —le preguntó Lydia.

Raul lo pensó un momento. Tenía el fin de semana por delante y podía elegir. Allegra estaba esperando que la llamara con el programa corregido. Tenía un montón de fiestas e invitaciones, sobre todo, porque se sabía que estaba en Roma, pero, eligiera lo que eligiese, sabía que nada superaría la noche anterior.

—Me iré a casa —contestó él.

—¿Dónde está?

—En Venecia.

Lydia dejó escapar un suspiro melancólico, pero luego, como sus recuerdos eran contradictorios, también arrugó la nariz un segundo, pero él lo vio. Para disimular, y como no quería que él indagara, se rio y le dio un codazo en las costillas.

—No me habías dicho que vivías allí…

—¿Por qué iba a habértelo dicho?

—Cuando hablé de Venecia, tú no comentaste…

Entonces, se acordó de que él no tenía por qué darle una explicación y no acabó la frase.

—Creo que soy una aventura de una noche muy mala —añadió ella.

—Sí —reconoció él con una sonrisa—, lo eres —se le borró la sonrisa, pero no dejó de mirarla a los ojos—. ¿Te habrías arrepentido si nos hubiésemos acostado?

—No —Lydia sacudió la cabeza—. Raul, creo que has decidido que como no me he acostado con nadie, busco algo permanente. Podría haberlo conseguido con Bastiano, pero decidí no hacerlo. Él no es…

Titubeó y se tragó las palabras en vez de terminar la frase. Raul no tenía por qué oírla. La verdad era que no sentía nada hacia Bastiano, nada, y sí hacia Raul.

—¿Qué no es? —preguntó Raul.

La respuesta sincera sería que Bastiano no era él, pero fue mucho más ambigua.

—No es lo que quiero.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quería lo que quiere cualquier mujer, un poco de romanticismo mientras estaba aquí. No estoy buscando un marido —Lydia se encogió de hombros y se tapó con una de la sábanas arrugadas—. Voy a ducharme.

Una vez en la ducha, con espacio entre ellos, reflexionó lo que había estado a punto de decir, que Bastiano no era él. No había atracción con Bastiano. Si su familia hubiese intentado emparejarla con Raul, quizá se hubiese sentido molesta y abochornada, pero también habría habido emoción y excitación. Raul le gustaba mucho más de lo que podía reconocer.

Y a Raul le gustaba mucho Lydia. Ese sentimiento era inusitado.

Las mañanas no eran su punto fuerte, solía preferir a las mujeres que se vestían en la oscuridad y se marchaban. No estaba orgulloso de eso, pero sí era sincero cuando analizaba sus preferencias. Sin embargo, esa mañana estaba tumbado, oyendo a Lydia en la ducha y haciendo un esfuerzo para no ir con ella. Le había sorprendido otra vez. Lydia era dura de pelar. No había llorado ni le había pedido ayuda o que se implicara. Tenía un grado de independencia que había visto en muy pocas mujeres y no quería que se marchara.

Además, si era sincero, quería ser el primero, y no tenía nada

que ver con Bastiano. En realidad, la quería lejos de allí. Se preguntaba si podría ofrecerle lo que quería, ese viaje romántico por Italia que tanto anhelaba. Podía dárselo un día.

Raul no la miró cuando salió del cuarto de baño y fue a la sala. Allí encontró su maleta y sacó un vestido color crema y unas sandalias planas que había llevado para hacer turismo. Tenía el pelo un poco revuelto, pero se había dejado el adaptador para el enchufe en el hotel y no serviría de nada que buscara el alisador. Se lo arregló lo mejor que pudo y oyó que Raul hacía unas llamadas para empezar el día. Sabía que solo había sido un breve paréntesis para él y comprobó que llevaba las gafas de sol en el bolso antes de volver a dormitorio. Estaba tumbado y más guapo todavía que cuando lo conoció. Entonces llevaba traje y estaba afeitado. En ese momento, estaba en la cama y pensando con las manos debajo de la cabeza. Además, como había pasado toda la noche a su lado, sabía que estaba desnudo debajo de la sábana que lo tapaba un poco. Estaba sin afeitar y la miró con unos ojos somnolientos. Cuanto más lo conocía, más misterioso era.

Lo que lamentaba era eso, que pudiera prescindir de ella tan fácilmente. Además, ¿cómo se marchaba? ¿Cómo iba a ir a besar esa boca adusta y a decirle adiós cuando lo que quería de verdad era meterse en la cama otra vez? ¿Cómo iba a asimilar que nunca sabría lo que era que él le hiciera el amor? Sin embargo, en vez de decirle lo que sentía, recurrió a la omnipresente cortesía… o buenos modales.

—Muchas gracias por la noche pasada.

—Todavía no he terminado de ser tu guía turístico.

Él estiró un brazo y le tendió la mano, pero ella no acudió. No quería hacerse ilusiones y se quedó donde estaba.

—Sería imperdonable por mi parte que te dejara volver sin haber visto Venecia como hay que verla.

—¿Venecia…?

Ella lo repitió porque estaba perpleja. Se había preparado para marcharse con la cabeza alta y entonces, cuando menos se lo había esperado, él le ofrecía más, mucho más.

—A mí me gusta llamarla por su otro nombre, la Serenissima —contestó Raul.

—Yo no la recuerdo así la otra vez que estuve allí.

—Entonces, tienes la ocasión de cambiar ese recuerdo. Voy a ir hoy. ¿Por qué no me acompañas y sales desde allí mañana?

Había otra noche en medio y ella sabía que, si bien le ofrecía una prórroga, también había dejado claro que había un punto final.

Una prórroga por buen comportamiento, y la versión de Raul del buen comportamiento era que no hubiese lágrimas ni escenas cuando se marchara. Ella lo sabía y tenía que tenerlo presente si aceptaba su oferta.

—Me gustaría —Lydia lo dijo con una calma que no se correspondía con lo que sentía por dentro—. Me parece maravilloso.

—Solo si estás segura…

—Claro.

Sin embargo, ¿cómo iba a estar segura de algo cuando había conocido el mundo de Raul? Él la aturdía, la desorientaba. Entonces, la cabeza y cada célula del cuerpo empezaron a darle vueltas cuando se levantó de la cama y, al contrario que ella, no se tapó con la sábana. Recurrió otra vez a los buenos modales y miró hacia otro lado, pero él no pasó de largo y fue a ponerse justo delante de ella. Notaba la calidez, la del cuerpo de él y la del propio, y le parecía que el vestido podría desintegrarse. Él le puso un dedo en la barbilla y le levantó la cabeza para que lo mirara a los ojos. Fue una tortura que no la besara ni la llevara a la cama otra vez.

—¿Estás segura?

—Claro —contestó ella intentando poner un tono desenfadado —. Nunca rechazo un viaje gratis.

Era una broma, una referencia al motivo para que estuviera en Roma, pero la dejaba en mal lugar y estaba a punto de desdecirse, de explicarle que no se había expresado bien, cuando él esbozó una sonrisa de aprobación. Ella se dio cuenta de que él podía soportar a una cazafortunas, pero, seguramente, no podría soportar lo que empezaba a sentir por él.

Su mundo cambiaba cada dos por tres e intentaba aparentar cierto dominio de sí misma, intentaba convencerse a sí misma, y a Raul, de que podía sobrellevar todo eso.

Los llevaron directamente al avión privado de él. Toda la tripulación estaba esperando para saludarlos.

—¿Siempre tienes un avión a tu disposición? —preguntó ella.

—Siempre.

—¿Qué tiene de malo la primera clase? —insistió ella negándose a parecer demasiado impresionada.

—Me plantearé viajar en vuelos comerciales cuando prohíban la entrada de niños en la primera clase.

¡No lo haría jamás! Le gustaba la intimidad y tener sus propios empleados.

El avión por dentro era tan lujoso como el hotel del que habían salido. Despegaron enseguida y ella miró por la ventanilla para ver cómo desaparecía Roma. Se sentía libre. Se sentía nerviosa y emocionada, pero se sentía libre por fin.

—Viajo mucho —comentó Raul como explicación para que tuviera un avión—. Además, como has comprobado esta mañana, es fácil que cambie la agenda. Si tengo mi propio avión, me ahorro muchas horas de la semana laboral.

—¿Cómo hiciste todo esto?

—Recibí una herencia cuando murió mi madre.

—¿Tu familia era rica?

—No.

Pensó en Casta. Su situación económica había sido desahogada, en comparación con algunos, pero había sido dinero sucio y que se gastaba deprisa. Las bodegas de los Di Savo y los Conti nunca habían despegado de verdad. Entonces, se acordó de cuando Bastiano y él habían bebido vino juntos y se habían reído por lo malo que era. Habían sido muy buenos amigos. Se había olvidado de esa parte por la rabia y él odio que lo habían dominado durante años, y sería mejor que no lo recordara en ese momento. Bastiano era el enemigo y lo tuvo presente cuando siguió hablando.

—Mi madre tenía algo de dinero de su hermano. Dejó la mitad a su amante y la otra mitad me la dejó a mí. Me bastó para comprar el piso que estaba alquilando. Luego compré con una hipoteca el piso de enfrente y lo alquilé. Seguí así. Tenías razón, llegaron los promotores y me hicieron una oferta que no debería haber podido rechazar.

—Pero la rechazaste.

—Sí. Si ellos podían ver las posibilidades, yo también. El propietario de uno de los pisos superiores había hecho una reforma y aprendí. Para entonces, yo tenía cuatro estudios que convertí en dos más lujosos… La situación siempre había sido muy buena, pero ya era una dirección cotizada. Unos años después, el otro propietario y yo conseguimos financiación para convertir el edificio en un hotel. Acabé comprándole su parte porque lo quería para mí solo. Ese había sido siempre el objetivo.

—¿Utilizaste a tu vecino?

—Claro —contestó Raul—. Es lo que hago.

No le importaba que eso lo dejara en mal lugar y prefería que ella lo supiera.

—¿Vuelves a menudo a Sicilia? —le preguntó Lydia.

—No. No he vuelto desde el entierro de mi madre.

—¿No lo añoras?

—Allí no hay nada que pueda añorar.

—¿No volviste al entierro de tu padre?

—No. Para mí, ya estaba muerto.

—Aun así…

—¿Debería fingir que le quería? —le interrumpió Raul.

Lydia no supo qué contestar. Las apariencias eran fundamentales en su familia y siempre tenían que verles haciendo lo que tenían que hacer. Raul vivía según sus propias reglas.

—No —contestó ella al cabo de un rato.

Fue sincera. Le parecería espantoso que Raul fingiera quererla y que ella se creyera sus mentiras. Prefería saber desde el principio que aquello tenía el tiempo contado porque, cuando la apartara de su vida, sería para siempre.

—¿Quieres cambiarte para la cena?

—¿La cena? —preguntó Lydia mientras veía que el sol estaba bajando.

El día ya se quedaba atrás y ella sabía que pronto sería ella a la que dejaran atrás.

# Capítulo 8

YA había estado en dos dormitorios de Raul, el del hotel y el de su avión, y esa noche estaría en el tercero.

Raul llevaba pantalones negros y camisa blanca y ella supuso que estaba vestido para cualquier situación. Ella abrió la maleta y vio el vestido rojo que se había comprado pensando en Raul. Era excesivo, pero, por otro lado, no volvería a tener la ocasión de ponérselo. Al día siguiente estaría discutiendo con su madre y guardando toda su vida en baúles para marcharse del castillo.

Sonó una campanilla y supo que tenía que moverse más deprisa.

El vestido era sencillo y elegante y no tenía nada que debiera alarmarla. Sin embargo, se ceñía a sus curvas y el ligero fruncido del abdomen parecía indicar el estremecimiento que sentía por dentro. Él había despertado algo solo con mirarla. Esos ojos negros parecían ver más allá de lo que llevaba encima. No sabía ser sexy, pero lo era cuando estaba con él. Más aún, quería serlo.

Se pintó los labios y deseó haberse puesto los zapatos neutros, pero esa noche se sentía cualquier cosa menos neutra.

Era excesivo, muy excesivo. Decidió que se cambiaría a toda velocidad, pero llamaron a la puerta con delicadeza y le comunicaron que tenía que sentarse.

—Solo tardaré un minuto —comentó Lydia para librarse de la azafata.

Sin embargo, lo que ella no entendía de los aviones privados era que no había otros doscientos pasajeros a los que poner el cinturón de seguridad.

—Ahora —insistió la azafata con una sonrisa—. Estamos a punto de tomar tierra.

No podía cambiarse y salió cohibida y a regañadientes, aunque intentó que no se le notara.

—Siéntate —le pidió Raul.

No comentó nada. En realidad, sacó el teléfono y mandó un mensaje de texto, pero, curiosamente, eso le vino bien. Tenía un momento para estar con su nuevo ser, lejos de la mirada de él, y miró por la ventanilla mientras intentaba que se le calmara la respiración.

Venecia siempre era preciosa, pero ese día lo era más todavía. Se

elevaba sobre el Adriático con todo su esplendor veraniego y ella supo que jamás olvidaría ese momento. La otra vez que estuvo allí se sintió sola aunque había estado rodeada de compañeras del colegio. En ese momento, mientras las ruedas tocaban la pista de aterrizaje, bajó a la tierra mientras su espíritu se elevaba a lo más alto. Además, mientras se levantaban, él se dirigió a ella.

—Estás increíble.

—¿No es excesivo?

—¿Excesivo? —Raul frunció el ceño—. Todavía es verano.

—No, me refería…

Ella no estaba hablando de la cantidad de piel que se veía, pero renunció a intentar explicárselo.

Raul, sin embargo, no lo había interpretado mal, había sido ambiguo intencionadamente. Había oído la regañina de Maurice del día anterior y sabía que el colorido no entraba en la vida de ella, hasta ese día. Por eso le había restado importancia. La había dicho que se sentara como si fuera lo más normal del mundo que una belleza rubia con un vestido rojo muy sexy saliera del dormitorio de su avión.

La verdad, lo era.

Sin embargo, nunca habían conseguido que sacara el teléfono para pedirle un favor a Silvio, un amigo. Había estado dándole vueltas a la idea durante toda la tarde y no sabía si sería excesivo. Hasta que la vio. Estaba impresionante, estaba cohibida y estaba echándole valor. Si Lydia se había soltado la melena para esa noche, él haría lo mismo.

—¿Adónde vamos a ir? —le preguntó Lydia.

—Todo eso, déjamelo a mí.

La otra vez que estuvo en Venecia tuvieron itinerarios y puntos de encuentro inflexibles. Sin embargo, esa vez no tenían que montarse en ningún taxi acuático. Una lancha estaba esperándolos, subieron el equipaje y ella se sentó para admirar la vista mientras Raul hablaba con el conductor. Hasta que se puso impaciente y quiso saber más porque estaban acercándose a una isla que le parecía conocida.

—Dime a dónde vamos.

—A Murano.

—Ah… —susurró ella con una sonrisa titubeante.

La última vez que estuvo allí se sintió muy dolida.

—Algunas veces viene bien volver al pasado.

—Algo que tú no haces —le recordó Lydia.

Que ella supiera, Raul hacía todo lo posible para no revivir el

pasado.

—No, no lo hago.

Lydia sabía que no debería seguir por ese camino y, por el momento, lo dejó. La lancha cruzaba la laguna y Venecia no podía decepcionar. Raul había tenido razón. Levantaba el ánimo y la felicidad de Lydia estaba convirtiéndose en euforia. Todo resplandecía donde solo había tenido recuerdos sombríos y se dirigió a Raul.

—Es posible que debieras volver, Raul.

Él no respondió. Llegaron a Murano, la isla de los puentes, y Raul le tendió la mano para ayudarla a bajar de la lancha. Como la última noche en Roma, no se la soltó. Ella se sintió demasiado vestida entre una muchedumbre en pantalones cortos y camisetas, pero, por una vez, no le importó. Pasaron de largo todos los escaparates y se metieron por una callecita adoquinada. Una vez lejos de los turistas, podía relajarse y disfrutar del sol en los hombros.

—Conozco a alguien que tiene un estudio por aquí —comentó Raul.

No le explicó que Silvio iba muchas mañanas a su café favorito y que hablaban de vez en cuando. Tampoco le explicó que Silvio le había ofrecido muchas veces que si quería llevar a alguien… Él jamás se había imaginado que fuese a hacerlo. Admiraba su obra. En realidad, había sido uno de los motivos para que se comprara una casa ahí, pero nunca se había imaginado que fuese a llevar a alguien. Sin embargo, estaba tan emocionada de estar allí…

—Silvio es maestro cristalero —siguió Raul—. Desciende de toda una dinastía de cristaleros. Le encargan la obra con años de antelación y es exquisita. No encontrarás caballitos con tres patas que puedan tentarte.

Ella no había pensado que pudiera sonreír por ese recuerdo, pero sonrió.

—En realidad, no se puede comprar nada. Tiene una lista de espera tan larga que no podrá completarla en toda su vida. La gente dice que verlo trabajar es como ver pintar el sol en el cielo. Esta tarde solo tenemos que disfrutar.

—No lo has visto trabajar.

—No.

Sin embargo, eso iba a cambiar. El gran hombre en persona les abrió el portalón de madera y los dejó entrar. El lugar tenía unos techos altos, el suelo de cemento y un horno en el centro. Silvio no se había afeitado y llevaba unos vaqueros muy sucios y una camisa

arrugada, pero tenía un aire majestuoso.

—Te presentó a Lydia —le presentó Raul.

—Bienvenida a Murano.

—Ya había venido a Murano —le explicó Raul—, pero fue en un viaje del colegio.

—¿Te llevaste algún recuerdo a casa? —le preguntó el anciano con una sonrisa.

—Un jarrón para mi madre —contestó Lydia.

—¿Le gustó?

Ella estuvo a punto de sonreír y asentir con la cabeza, como hacía siempre, pero se acordó de la expresión de desdén de su madre cuando abrió el regalo.

—Me parece que no lo apreció —reconoció Lydia.

Le había dolido mucho en su momento. Se dejó todos sus ahorros y mucho dolor para comprarlo y, sin embargo, Valerie había arrugado la nariz.

Silvio estaba mirando por la ventana.

—Será mejor que empiece. La luz está empezando a irse —explicó el cristalero.

—¿Está demasiado baja para trabajar? —preguntó Lydia.

—No, no… —él sonrió—. Hago muy pocas piezas con luz tenue, pero son las mejores. Traeré un poco de café.

Silvio fue a un hornillo y Lydia fue de un lado a otro, haciendo ruido con los tacones sobre el suelo de cemento. En realidad, no había nada que mirar, nada que indicara talento ni que la sacara del pasado.

—A mi madre le espantó el jarrón —le contó Lydia a Raul mientras paseaba—. Acabó regalándoselo a un empleado —eso le había dolido mucho en su momento, pero se encogió de hombros—. Al menos, sirvió para algo y no se llenó de polvo.

Lydia comprobó en seguida que el café no era para los invitados. Silvio dejó la taza enorme al lado de un vaso de agua y Raul y ella tuvieron el privilegio de verlo trabajar. Estiró y dio forma al cristal derretido y, con una mezcla de herramientas elementales y una destreza increíble, dio forma a una figura humana… y otra. Verlo era hipnótico, como si el entorno gris y anodino se hubiese convertido en una catedral. La luz del sol entraba por las ventanas de poniente y se reflejaba en las gruesas tiras de cristal mientras ella observaba cómo Silvio formaba dos cuerpos, era como presenciar la creación. Silvio retorcía trozos de cristal para formar el pelo, los ojos o una cintura. También era erótico verlo formar los pechos y la curva de los glúteos.

No ocultaba nada.

Formó el hombre sin dejar nada a la imaginación y el calor que sintió en las mejillas no tuvo nada que ver con el horno donde Silvio calentaba las herramientas y mantenía moldeable el cristal. Era sensual, creativo y arte en estado puro. Se formaron las cabezas que se daban un beso con las bocas abiertas. Fue tan erótico que se pasó la lengua por los labios al acordarse de los besos ardientes que se habían dado Raul y ella. Era como volver a paladear a Raul y volver a sentir el peso de su boca en la de ella.

Hizo un esfuerzo para no acercarse más porque no quería distraer a Silvio, pero cada detalle que iba sacando del cristal líquido era digno de admiración. Vio que el hombre ponía la mano en el trasero de la mujer y se sonrojó como si Raul la hubiese acariciado en ese mismo sitio.

Raul intentaba no tocarla. Era una pieza muy íntima y personal, le parecía como si se hubiese destapado la energía que bullía entre ellos.

Entonces, Silvio hizo que la mujer pasara el muslo por encima del vientre del hombre y arqueara el cuello hacia atrás. Lydia notó que el pulso le atronaba en los oídos. La belleza erótica era más sutil porque los detalles anatómicos estaban unidos para siempre en una masa de cristal. Entonces, Silvio vertió otra capa de cristal derretido sobre ellos y cubrió a la pareja con una especie de sábana sedosa, pero ellos sabían lo que había debajo.

—Ahora, lo firmaré —comentó Silvio.

Lydia se sintió como si la hubiesen sacado de un trance y él escribió su nombre en la base. Raul y Lydia pudieron admirar la obra terminada.

—Nunca había visto nada parecido —reconoció Lydia mientras observaba la figura.

¿Cómo podía ser sexy el cristal? Sin embargo, era un beso en estado sólido y las formas anatómicas que parecían haberse desperdiciado cuando se unieron los cuerpos, se revelaban otra vez; ella podía ver cierto enturbiamiento en la base de la espina dorsal de la mujer que indicaba que el hombre estaba dentro de ella.

—Hay más…

Silvio los llevó a otra zona y les enseñó otras piezas. Eran asombrosas, pero, para Lydia, no estaban a la altura de los amantes. Quizá fuera porque había presenciado cómo los hacía, se dijo a sí misma mientras volvían a salir a la calle.

Estaba desorientada.

Fue a girar hacia la izquierda, pero Raul la tomó de la mano y la

llevó hacia la derecha, hacia la lancha. El conductor se había marchado, obedeciendo las órdenes de Raul, y fue él quien la llevó a San Marcos. Raul se enorgulleció de enseñarle la más seductora de las ciudades. Pasearon por callejones fantasmales y por puentes.

—Es maravilloso —comentó Lydia—. La otra vez todo fue muy precipitado y parecía como si estuviésemos tachando cosas de una lista.

—Como el inevitable paseo en góndola

—No —replicó Lydia para sorpresa de Raul—. Algunas chicas sí fueron, pero…

—¿Pero?

—Sentarse en el autobús con la profesora ya era bastante horrible. Creo que un paseo en góndola con ella habría sido peor todavía.

Ella intentó quitarle hierro, como había conseguido hacer Raul cuando hablaron de su solitario viaje escolar a Roma, pero no lo consiguió del todo.

Raul, quien ya había empezado a pensar en la reserva para cenar, la llevó hacia el canal.

—Ven, no puedes marcharte de Venecia sin haber paseado en góndola.

Aunque él, hasta ese momento, no se había montado en una. Su medio de transporte habitual era la lancha. Sin embargo, no había nada como la puesta de sol en Venecia montado en una góndola y los dos lo descubrieron a la vez. El bote se deslizaba por el agua rosada del Gran Canal mientras el sol desaparecía por el horizonte. Lydia suspiró y él la miró. Estaba sonriendo levemente mientras asimilaba todo eso.

—¿No sacas fotos? —le preguntó Raul.

—Se me ha acabado la batería del teléfono —contestó Lydia antes de reconocer algo más—. Pero no suelo sacar fotos.

—¿Por qué?

Él sentía una curiosidad infinita por ella, algo que no había sentido nunca.

—Porque, cuando algo ha terminado, ha terminado y es mejor pasar página.

El gondolero los llevó por los canales interiores. El ambiente era tan sobrecogedor que lo mejor era guardar silencio. Hacía fresco en el agua y podían ponerse unas mantas sobre las rodillas, pero ella aceptó la chaqueta de Raul. La seda conservaba la calidez de él y le vino muy bien ponérsela. Si no la había besado antes había sido porque le había parecido que le habría resultado imposible parar.

Sin embargo, ya no pensaba con sentido común, y ella tampoco. Le tomó la cara entre las manos y le miró la boca, el pintalabios había desaparecido hacía mucho.

—Te deseo.

—Y tú sabes que yo también te deseo —replicó Lydia.

Su boca le dijo lo mucho que la deseaba. Vio que cerraba los ojos y que luego la paladeaba. Ella hizo lo mismo. Notó el leve peso de él y abrió la boca lo justo para que sus lenguas se encontraran. Cada caricia estaba cargada de ternura y una pasión creciente. Sin embargo, ella abría los ojos de vez en cuando porque le parecía que la cabeza le daba vueltas bajo un sol abrasador.

Él introdujo la mano por debajo de la chaqueta y la acarició un pecho con el pulgar, hasta que el vestido le dirigió la atención hacia más abajo, como había previsto ella. Tenía su mano quieta en el abdomen y notó la calidez a través de la tela. Contuvo la respiración, él notó el cambio y la estrechó contra sí para besarla y sentirla más y mejor. Pasaron por debajo de puentes antiguos y la besó a conciencia, tanto que nadie habría adivinado que no eran amantes todavía. Solo se oía el remo del gondolero y solo se paladeaba la pasión. Estaba ardiendo, pero él hacía que temblara.

Raul supo que el gondolero daría la vuelta enseguida porque el canal se acababa. Estaban a punto de pasar por debajo del Puente de los Suspiros y las campanas del campanario de San Marcos estaban repicando. Lo que significaba, según la leyenda, que, si se besaban, se les concedería amor y felicidad eternos.

Algo que él no quería.

Sin embargo, sus bocas no querían separarse y, además, él no creía en las leyendas.

Apartaron las bocas, pero sus frentes seguían pegadas. Ella estaba sonrojada y tenía la respiración entrecortada y él no podía esperar más, aunque había hecho muchos planes para que la noche veneciana fuese perfecta para ella. Pronto deberían parar para beber una copa de champán y cenar en su restaurante favorito al borde del canal, pero su mano volvía a estar entre ellos y le acariciaba un pezón por encima del terciopelo. Además, la lengua de ella tenía más experiencia.

Esos planes, impecablemente trazados, estaban desvaneciéndose.

Lydia retiró la boca, pero él le besó la mejilla y movió los labios hacia la oreja. Le mejilla de él era deliciosamente áspera y la mano en el pecho hizo que no pudiera más.

—Raul…

Ya decía su nombre con toda naturalidad y él ya la conocía

mucho mejor porque captó cierta súplica en su tono, que indicaba lo mismo que sentía él. Raul también apartó la boca lo justo para darle una instrucción al gondolero. El cielo ya era más oscuro mientras se besaban en la noche y pronto estuvieron dirigiéndose otra vez hacia el Gran Canal. Raul, sin embargo echó de menos la velocidad de su lancha.

El gondolero se detuvo delante de una puerta que daba al canal y dijo algo. Lydia tardó un momento en darse cuenta de que el paseo en góndola y el beso habían terminado. También se dio cuenta de que estaban hablándole y miró alrededor conteniendo la respiración. Vio otro *palazzo* e intentó ver los alrededores.

—¡Es precioso! —exclamó Lydia intentando ser una buena turista y deseando poder volver a besarse.

Raul sonrió por su intento ser cortés cuando le palpitaba la entrepierna.

—Es más bonito todavía por dentro —comentó Raul—. Es mi casa.

Lydia estuvo a punto de llorar de alivio.

Él se bajó primero y la tomó de la mano antes de abrir la puerta. Entraba inocente en su casa, pero no saldría igual.

# Capítulo 9

SE dirigieron hacia el ascensor interior y Lydia rezó para que no hubiera un incendio porque no estaba viendo por dónde iba de lo ávidos que eran los besos. Notaba su cuerpo granítico y que tenía que hacer un esfuerzo para no levantarle el vestido. No notó casi el bote del viejo ascensor porque solo sintieron el alivio de poder salir. Casi echaron a correr.

Raul la agarró de la mano y la llevó apresuradamente por un largo pasillo flanqueado por espejos antiguos e iluminado con candelabros blancos. Al final, como si estuviese mirando por el ojo de una cerradura, estaba la recompensa, dos puertas de madera abiertas que permitían ver una cama enorme.

Estaba segura de que se despertaría de un momento a otro, de que se despertaría de ese sueño sensual. Sin embargo, no se despertó.

Había colores que caían sobre las paredes y la cama, pero estaba tan embebida con Raul que no buscó el origen. ¿También estaba asustada? No. ¿Cohibida? Ni lo más mínimo.

Raul se desvistió y no se necesitaron las palabras cuando, desnudo y erecto, empezó a desvestirla también. Ella se levantó el pelo y él le bajó la cremallera. Tembló cuando le quitó el vestido primero y el sujetador después. Gimió cuando se arrodilló para quitarle los zapatos y la última prenda que quedaba entre ellos. Le bajó la prenda de seda y la tanteó con la lengua. Ella introdujo las manos entre su pelo mientras él introducía dos dedos entre sus pliegues. Le dolió, pero sintió una felicidad desbordante. Separó las piernas mientras él le pasaba la lengua para distenderla y lubricarla a la vez. Entonces, se apartó un poco y abrió el cajón de la mesilla.

—¿Tomas la píldora?

Lydia asintió con la cabeza y cierta vehemencia. No quería pausas, solo quería tenerlo dentro. Ya tenía el resto de su vida para ser sensata y portarse bien.

La llevó a la cama y se arrodillaron encima. Se besaron y acariciaron, se recorrieron los cuerpos con las manos, él de él era terso y musculoso, el de ella… más suave. Recrearon la escena que habían visto en cristal porque entonces les había parecido que estaban viéndose a ellos mismos.

—Desde que nos conocimos… —empezó a decir Raul mientras le besaba el cuello.

Los pechos también lo anhelaban, pero no tanto como la entrepierna.

Tenía la erección contra el abdomen y quería tomarla de rodillas, pero era su primera vez y se había dado cuenta con los dedos de lo cerrada que estaba. Intentó tumbarla con besos para tomarse las cosas con calma, pero ella se resistió, un poco. Le dolió, pero fue el mejor de los dolores. Raul tenía los ojos abiertos y ninguno de los dos respiraba casi, estaban concentrados en la felicidad que sentían.

—Desde que nos conocimos… —repitió él en un tono grave y denso.

Ella bajó un poco más y él la notó cerrada y ardiente. Lo deseaba con toda su alma y no podía esperar más.

—Raul…

Él captó el tono de súplica, obedeció y acometió con más fuerza. Lydia gimió cuando entró y lo vio todo negro, y no solo porque hubiese cerrado los ojos con todas sus fuerzas. Creyó que iba a desmayarse, pero él la agarró de las caderas, se quedó inmóvil y esperó como pudo a que ella volviese a abrir los ojos.

Lydia creyó que nunca se acostumbraría a eso, pero la respiración se apaciguó y cuando volvió a abrir los ojos, como había hecho en el canal, se encontró con los ojos de él, quien bajó una mano hasta el punto más bajo de su espalda. Fue una caricia sensual y ella se movió un poco para adaptarse a la sensación de tenerlo dentro. Estaba ardiente y sudorosa y él empezó a acometer con las manos en sus nalgas.

—Raul…

Quería que fuese más despacio y, en realidad, estaba moviéndose despacio. Hasta que quiso que no parara jamás. El dolor había dejado paso al anhelo y a un deseo incontenible. Las manos de Raul le marcaban el ritmo, pero ella encontró uno propio, uno más lento porque aunque los cuerpos estaban ávidos, ellos se deleitaban con el inmenso placer. Raul la notaba lubricada y un poco cerrada, pero entraba más con cada acometida y se acercaba más al límite.

Lydia estaba entregada a las sensaciones. La respiración de él en el oído era cómo música y se mezclaba con la energía que se concentraba dentro de ella. Le dolía la pantorrilla y tenía el interior de los muslos tensos de tenerlos alrededor de él, pero no pensaba moverlos. Sintió algo parecido a un espasmo en el centro de su ser y

entonces, cuando había llegado a creer que él no podía llenarla más, acometió con más fuerza y velocidad.

Lydia gritó, solo un poco, pero fue un sonido que no había emitido nunca y salió de un lugar desconocido para ella. Lo rodeó con las piernas y con todo el cuerpo ardiente y palpitante mientras la llenaba por completo.

—Desde que nos conocimos… —repitió él otra vez mientras apoyaba la cabeza en su hombro entre las últimas convulsiones de su unión—. Te deseo desde que nos conocimos.

—Y yo a ti —reconoció Lydia porque era verdad.

Entonces, la besó como si cayera de lo más alto.

—Que… —él se detuvo y cambió lo que había estado a punto de decir—. Que descanses.

Ella se quedó entre sus brazos y en silencio. Sabía que lo que acababa de pasar era irreversible, y no tenía nada que ver con que hubiera perdido la inocencia. ¿Cómo iba a poder volver a su vida sin él?

# Capítulo 10

LO primero que vio cuando se despertó fue una impresionante lámpara de techo que creaba prismas de luz en todos los tonos de la primavera. Se oían campanadas a lo lejos, pero lo que le llamó la atención fue una campanada más profunda, más sonora y más cercana. Era un sonido tenue y delicado, pero nítido, hasta que se desvaneció lentamente. Cuando volvió a sonar, se acordó del beso que se dio con él debajo del Puente de los Suspiros. Conocía la leyenda porque había estado al lado del puente con una de sus amigas del colegio y la habían leído en una guía. Sabía que el amor y la felicidad eternos no se le pudieron aplicar entonces ni tampoco en ese momento. Por eso, miró el techo y se recordó que había prometido que, cuando todo terminara, no se le notaría que le dolía. El techo tenía manchas rosas, azules y verdes y vio que los cristales eran flores que proyectaban pequeños prismas de luz por la habitación.

Él estaba despierto y se estiró con indolencia al lado de ella, quien se deleitó con el momento. La agarró de las caderas para acercársela y Lydia, en vez de tener en cuenta que se marcharía dentro de poco tiempo, prefirió mantener las cosas en un tono despreocupado.

—Nunca me había imaginado que pudieras ser un hombre que tenía una araña de cristal en el dormitorio.

Raul se rio en voz baja. Él era un misterio, pero no iba a resolverlo ella y decidió que intentaría mantenerse impasible.

—Y con flores de cristal —añadió Lydia, que no podía dejar de mirar los reflejos de luz—. Aunque tengo que decir que es impresionante.

—Me saca de quicio —reconoció Raul—. Cuando vine a vivir aquí, pensé quitarla o cambiar el dormitorio principal, pero este tiene la mejor vista del canal.

—No puedes quitarla —replicó Lydia.

– Para ti es muy fácil decirlo. Algunas mañanas me parece que me están operando de los ojos con cirugía láser.

Ella sonrió y siguió mirando el juego de luces. No quería moverse, bueno, solo quería moverse para hacer el amor. Él estaba trazándole círculos con la mano en el abdomen y notaba su erección

en el muslo, pero ella no quería mirar la hora, no quería saber el poco tiempo que les quedaba.

—Me encanta tu casa.

—No la has visto de verdad.

Ella estuvo a punto de decir que podría vivir toda la vida en ese dormitorio, pero supo que no era lo indicado. Él miró los labios que había estado a punto de besar y pensó lo que había estado a punto de decir la noche anterior; «quédate». Debería estar felicitándose por no haber cometido semejante error, pero seguía sintiendo lo mismo. Por eso, le contó cómo se había comprado esa casa, le pareció mucho más seguro que hacer el amor con ella, que era lo que le apetecía.

—Voy a un café que hay cerca de aquí. Algunas veces me encuentro con Silvio y charlamos. Una vez me contó que este *palazzo* estaba en venta. Él no estaba interesado en comprarlo, pero había ido a verlo porque una de sus primeras obras estaba dentro.

Lydia quiso decir que todo eso le daba igual que quería que la besara. Sin embargo, no le daba igual y quería saber cosas de su casa y de cómo la había conseguido, quería más información para guardarla en el archivo a nombre de Raul di Savo que su corazón tendría que cerrar dentro de muy poco tiempo. Además, su voz era tan profunda como esa campana que sonaba de vez en cuando y le retumbaba en cada célula del cuerpo. Quería girar la boca para encontrarse con la de él, pero se quedó escuchando.

—Hace medio siglo se redecoró casi por completo y Silvio y su abuelo hicieron todos los tiradores de las puertas, pero lo que quería ver era la lámpara de techo del dormitorio principal.

En ese momento, mientras él contaba esa historia, los reflejos de los rayos del sol les bañaban a los dos.

—La crearon tres generaciones de la familia de Silvio, mucho antes de que él naciera. Quería verla y le pedí a Allegra que me organizara una visita. Entonces, cuando la vi, supe que tenía que comprarlo.

—No me extraña —Lydia suspiró—. Vuelvo a estar enamorada de Venecia —entonces, no pudo evitarlo y lo dijo—. Me quedaría para siempre.

Raul sabía que era lo que decía la gente después de un viaje que le había gustado, pero se hizo el silencio, hasta las campanas se callaron como si hasta el cielo esperara la reacción de él. Sin embargo, tenía que pensar lejos de Lydia porque seguía sintiendo la tentación de darse la vuelta, de hacer el amor con ella y de decirle que se quedara. Era algo tan desconocido y desconcertante que no

sabía qué hacer, por eso intentó quitarse de la cabeza ese pensamiento que no se iba solo.

Además, sabía que Lydia tenía que dominar el corazón, que estaba empezando a echarse a volar.

—Ya sé que a todo el mundo le encantan sus vacaciones —replicó Raul—. Es algo que estudio mucho para mi trabajo, pero he comprobado algo. Da igual lo lujoso que sea el ambiente o lo bueno que sea el coñac, da igual lo mucho que se esfuercen mis empleados para que la estancia sea perfecta… —él vio que los ojos se le empañaban de lágrimas y jamás la había visto al borde del llanto— al final, todos quieren volver a sus vidas.

—No siempre.

Los dos intentaron que la conversación no fuese demasiado trascendente, pero los dos sabían que no estaban hablando de las vacaciones.

—Ya sé que cuando he pasado unas vacaciones realmente buenas quiero seguir aunque solo sea unos días —siguió Lydia.

Sin embargo, los dos sabían que era mentira porque nunca había pasado unas vacaciones realmente buenas, pero él no se salió del tema.

—Eso significa que fue un viaje excepcionalmente bueno, una experiencia única en la vida. Un huésped siempre debería marcharse con ganas de más. Te diré algo más que he comprobado, si alguien vuelve a un sitio del que guarda un recuerdo especial, nunca es igual.

—No —replicó Lydia sacudiendo la cabeza.

—Es verdad —insistió Raul—. He visto parejas que vuelven para celebrar el aniversario y que se quejan de que el hotel ha cambiado, de que los canales están abarrotados o de que el restaurante que les encantaba es muy malo… Además, sé que se equivocan, que el hotel es mejor que cuando estuvieron ellos y que el restaurante mantiene la categoría. También sé que los canales de Venecia siempre serán maravillosos. Lo que ha cambiado es la pareja.

—Eres muy arrogante por pensar que tus huéspedes no pueden tener motivo de queja.

—No pueden.

Mientras ella intentaba creer que todo era posible, que ese momento fugaz podía llevar a más, las palabras de él la desinflaron.

—¿Por qué arriesgarse a que algo maravilloso se estropee? —preguntó Raul.

Ella no contestó y él se quedó preguntándose lo mismo. ¿Por qué iba arriesgarse a proponerle que se quedara? Sin embargo, los

huéspedes alargaban sus estancias cada dos por tres. Aunque Lydia no era un huésped.

Se levantó de la cama e intentó que la vida volviera a ser normal.

—Voy a salir un momento —comentó Raul—. Traeré el desayuno.

Sin embargo, lo normal parecía haber desaparecido porque él nunca llevaba el desayuno ni desayunaba en la cama. Sin embargo, el día anterior, cuando la vio con ese vestido, había hecho planes. Se había jurado que le daría lo mejor de Venecia y había llegado el momento de llevar a cabo ese plan. Luego, las cosas podría volver a ser normales, su cabeza se aclararía cuando ella se hubiese marchado. Decidió que, efectivamente, Lydia no era una huésped, que era una okupa que se había adueñado de su corazón abandonado.

—Será mejor que llames pronto para cambiar el vuelo.

—Lo haré —concedió Lydia, que se alegraba de que se fuese a por el desayuno.

Necesitaba espacio. El ambiente entre ellos había cambiado. A ella le enfadaba que él pudiera montarla en un avión después de todo lo que habían vivido juntos y a él le enfadaba que todavía estuviera planteándose pedirle que se quedara. La miró con rabia mientras ella lo miraba vestirse, pero ella no lo vio, estaba demasiado ocupada mirando cómo se ponía los vaqueros negros sobre su desnudez.

No se había afeitado y estaba desaliñado. También estaba a punto de tener otra erección y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no levantar las rodillas cuando sintió una punzada de deseo en el vientre.

Se puso unas botas negras, aunque era verano, y se dio la vuelta para recoger la camiseta. Ella vio las marcas de la espalda y empezó a sentir el escozor por lo que había pasado la noche anterior, aunque fuese delicioso.

—Duérmete otra vez —le propuso Raul.

Fue a marcharse, pero la okupa de su corazón hizo lo que hacía siempre y molestaba a su conciencia. Por eso, en vez de marcharse, se acercó a ella y le dio un beso.

Lydia supo que estaban discutiendo y le gustó. Su mejilla le arañaba mientras él se debatía consigo mismo para apartar la boca y marcharse, pero la lengua de ella le separó los labios.

Ese beso mecánico solo era eso.

Era una tortura y ella hacía que la deseara. Estaba vestido y arrodillado en la cama y la besaba con ganas… y ella se arqueaba contra él.

La mano por encima de la sábana era áspera y le tomaba el pecho con fuerza. Ella quería que quitara la sábana y se lo dijo con la mano en la nuca. Ella quería que se bajara la cremallera y notar la aspereza de la tela vaquera.

Entonces, dejó de besarla y se levantó. Le gustaba el deseo insaciable de ella y le gustaba que él quisiera volver a la cama… y eso era muy preocupante. Efectivamente, tenía que pensar.

—¿Por qué no vuelves a dormirte? —le propuso Raul otra vez en un tono sereno.

Nada indicaba esa pasión de la que tenía que huir, nada aparte del abultamiento en los vaqueros. Ella dejó escapar una risa sarcástica mientras él se dirigía hacia la puerta por la mera idea de que le pareciera posible que pudiera dormirse.

Raul bajó en el ascensor y, como hacía todos los domingos, condujo la lancha él mismo. Fue despacio. El cielo era un despliegue de tonos rosas y naranjas y el aire tenía el delicioso olor de la lluvia inminente. El regalo de ella llegaría enseguida y él necesitaba estar solo para pensar.

La noche anterior había estado a punto de decirle que se quedara, pero se había contenido porque le había dado miedo que pudiera arrepentirse a la luz del día. Sin embargo, la luz del día ya había llegado y seguía pensando lo mismo una y otra vez. Normalmente, desayunaría en su café favorito y se sentaría a ver la vida pasar o charlaría con algún habitual como Silvio.

Esa mañana no lo haría porque quería estar en casa. Jamás había entendido el placer de desayunar en la cama. Siempre se levantaba temprano y, estuviera en su casa o fuera, se vestía para beber el primer café del día y comprobar los correos electrónicos. En un sentido profesional, sí lo contemplaba. En el hotel de Venecia se servía un desayuno para amantes y una de las especialidades de la carta era el *baci in gondola*, un hojaldre dulce con chocolate negro derretido por encima.

Ya estaba en su café favorito y estaba pidiendo, aunque, esa vez, estaba pidiéndoles que lo metieran en una de sus cajas y lo ataran con cintas rojas. Iba a ser un verdadero desayuno para amantes porque no quería que entraran camareras y sí quería que el café fuese más fuerte y dulce que lo habitual. La camarera puso los ojos en blanco cuando también pidió un té inglés.

—*Cinque minute*, Raul —le pidió.

Los cinco minutos se convirtieron en siete y él agradeció los dos de regalo, pero no dejó de pensar en lo mismo, en que se quedara. Quería que tuvieran una oportunidad.

Lydia escuchaba de fondo los sonidos de Venecia un domingo por la mañana y pensaba en la noche anterior. Estaba demasiado cerca para ser un recuerdo, pero lo sería pronto. A menos que cambiara la hora del vuelo. ¿Qué pasaría si le dijera a Raul que no había conseguido un vuelo hasta el día siguiente?

Se levantó, se puso una bata y buscó el teléfono. Mientras lo enchufaba para cargarlo, supo que estaba incumpliendo el trato que habían hecho, que se marcharía sin más.

Sin embargo, no era tan sencillo. Eso se parecía al amor. Solo era un encaprichamiento, se corrigió a sí misma. Él era la primera persona que había mostrado interés… Eso no era verdad. Había habido otros, pero ella no había dejado que nadie…

—*Signorina*…

Llamaron a la puerta, la abrió y se encontró con la sonriente cara de una doncella que, según ella, se llamaba Loretta.

—Tiene un paquete.

—¿Yo? —preguntó Lydia—. Pero nadie sabe que…

No terminó la frase porque el nombre de la caja era el suyo y notó que pesaba cuando lo tomó con una mano. Tenía etiquetas que ponía «Frágil» por todos lados y ella quería arrancarlas y pegárselas en sí misma. Se sentía demasiado frágil para sentir esperanza.

Salió al balcón con el paquete y lo abrió. Daba igual que hubiese empezado a llover. Necesitaba aire porque las esperanzas que había intentado sofocar empezaron a echarse a volar mientras quitaba capas de cinta y relleno porque allí, envuelta en terciopelo, estaba la obra que habían visto crear.

Era exquisita.

Acarició con los dedos el cristal y se acordó de cómo la había abrazado Raul la noche anterior. Era más que un regalo, era mucho más que ese regalo del día siguiente que le prometió una vez, era como un diario de ellos mismos. Los besos, las caricias, la unión de sus cuerpos, la inconsciencia que habían alcanzado… Era la cosa más maravillosa que había visto y, naturalmente, que le habían regalado.

¿Cómo podía esperar siquiera conservar el corazón? Miró hacia el canal y vio al hombre al que amaba dirigiendo la lancha con

naturalidad.

Al que amaba…

Reconocerlo le asustaba porque Raul no quería que lo amaran. Tenía la sensación de que, si él miraba hacia arriba, podría adivinar sus sentimientos. Por eso, recogió la caja con las figuras, volvió dentro del cuarto e intentó dominarse. Era un regalo increíblemente generoso, aunque no significaba necesariamente que él sintiera lo mismo. Tenía que tenerlo presente y estaba intentando grabárselo con tanta fuerza que sonó el teléfono y ella contestó sin darse cuenta.

—Eres imbécil.

Así la saludó Maurice y ella se apartó el teléfono de la oreja. Estuvo a punto de cortar la llamada porque no estaba dispuesta a que le estropeara el día, pero Maurice, después de llamarla imbécil, le hizo una pregunta.

—¿Puede saberse qué haces con Raul di Savo?

—Eso no es asunto tuyo.

Él no le había dicho su apellido, aunque ella lo había visto en la tarjeta que le había dado. Sin embargo, lo preocupante era que Maurice lo supiera, aunque se lo explicó sin necesidad de que ella se lo preguntara.

—Hay fotos de vosotros dos por todo Internet.

—¿De nosotros?

—¿Tienes la más mínima idea del fuego con el que estás jugando? Está utilizándote, Lydia.

Ella sabía que eso no era verdad. Miró la figura de cristal que le había regalado, el regalo más precioso que le habían hecho, y recordó no solo cómo la había acariciado, sino que había conseguido que se sintiera a gusto consigo misma incluso sin decir nada. Aunque estaban quedándose sin tiempo, por una vez en su vida, le había gustado sinceramente a alguien. Ese era el regalo de verdad.

—No está utilizándome —replicó Lydia entre dientes y segura de lo que estaba diciendo.

Al fin y al cabo, se había entregado voluntariamente y todo había cambiado a partir de entonces.

—Solo quiere vengarse de Bastiano.

Ella estaba harta de oír ese nombre.

—¿Se puede saber qué pinta Bastiano en…?

No terminó la frase porque la propia Lydia se contestó la pregunta, lo supo incluso antes de que Maurice se lo dijera claramente.

—Eran amigos hasta que Bastiano tuvo una aventura con la madre de Raul. Juró que se lo haría pagar lentamente… y acostarse contigo solo ha sido una mera venganza.

La esperanza se esfumó en silencio. La expresión de Maurice coincidía con lo que ella pensaba. Se había acostado con ella y tenía más sentido que pensar que la amaba. Cortó la llamada y buscó las fotos de las que había hablado Maurice. Tenía el corazón desbocado porque sabía que Raul llegaría en cualquier momento. Solo encontró una foto; estaban en ese café de Roma y él le tomaba la mano. Todavía era inocente y no estaba pensando en el sexo. Era inocente porque no sabía el daño que podía llegar a hacerle, porque había jurado que no volvería a… encariñarse con nadie. Era una necia porque se había encariñado, y mucho.

Quiso vomitar cuando pensó en ellos haciendo el amor y tuvo que contener un sollozo cuando se vio a sí misma desbaratada por la destreza de él. ¿Se habría reído por dentro? Todo estaba teñido de negro.

El teléfono sonó otra vez y vio que era Arabella. Debía de haber visto las fotos y, evidentemente, ella ya era una celebridad.

—Hola… —la saludó Arabella—. ¿Cuándo vamos a vernos? ¿Qué te parece esta noche?

—No puedo.

—Entonces, ¿pronto?

—No, gracias.

—¿Cuándo?

—Tengo que cortar.

Lydia no le dio ningún motivo. Raul, al menos, le había enseñado eso. Fue al balcón para tomar aire e intentar decidir cómo haría frente al hombre que la había destrozado. ¿Sería como Arabella y ni siquiera se inmutaría cuando se diese cuenta de que lo había desenmascarado?

La confianza en sí misma estaba hecha añicos. No era una mariposa, era una libélula. ¿Acaso no extendían las alas solo un día? Sus alas ya estaban rasgadas en mil pedazos y le dolía estar en carne viva. Se agarró al balcón de piedra, mientras llovía, y se preguntó si tendría tiempo para hacer el equipaje y salir corriendo. Sin embargo, vio la lancha vacía y supo que él tenía que estar subiendo.

En ese momento, marcharse sin lágrimas, marcharse con dignidad, no era un deseo, era una obligación. Raul no podía saber el daño que le había hecho. No le regalaría ni una lágrima, ¡le habría ido mejor con Bastiano! Al menos, habría sabido a qué

atenerse, habría sido una ramera, pero con un anillo en el dedo.

Entonces, cayó en la cuenta. Sabía cómo hacerle daño a Raul.

# Capítulo 11

HOLA…

Se dio la vuelta y lo vio. Tenía el pelo mojado y, si ella no se hubiese enterado de todo, sabía que enseguida estarían desnudos. ¿Por qué tenía que ser tan impresionante? Le encantaría que hubiese pasado un día más antes de que se enterara.

—¿Por qué estás ahí fuera cuando está lloviendo? —le preguntó Raul.

—Solo quería verlo antes de que me marche.

—En cuanto a eso…

—He llamado y pueden cambiarme el vuelo, pero tengo que marcharme enseguida.

—No hace falta.

Al fin y al cabo, él tenía un avión a su disposición, pero, sobre todo, quería decirle que se quedara.

—Vamos a desayunar y a hablar.

—No, gracias.

Lydia se preguntó cómo había conseguido decirlo porque, además, había sonreído. Como lo hizo en el entierro de su padre mientras daba las gracias a quienes habían acudido. También había sonreído a Arabella aquel día espantoso en Murano mientras compraba el jarrón.

Nadie la conocía y, a partir de ese momento, se cerciorarían de que nadie la conociera. Efectivamente, había perdido la inocencia en todos los sentidos.

—Tengo que resolver muchas cosas, Raul. Tengo que volver a casa y afrontar las cosas.

—Lo sé, pero puede esperar unos días. Ven dentro, he traído un desayuno…

Ella sabía que era una actriz muy mala, que no podía comer y mentir en la cama. Por eso, sacudió la cabeza.

—Tengo que marcharme, Raul.

Él la besó para que cambiara de parecer… y ella se lo permitió porque estaba deseando paladearlo por última vez. La agarró de las caderas, la tentó con la lengua y estuvo a punto de conseguirlo.

—Vamos.

La llevó adentro, pero Lydia, en vez de ir a la cama, agarró la

maleta, la puso encima de la cama y empezó a llenarla.

—No entiendo por qué te marchas.

Efectivamente, no entendía por qué estaba así.

—¿No fuiste tú quien me dijo que no tenía que dar ningún motivo o excusa?

Efectivamente, había sido él y se quedó mirando mientras metía los zapatos rojos y la ropa interior que le había quitado la noche anterior, y elegía ropa limpia para ese día.

Tenía la bata entreabierta y los pezones duros, y ella, mientras iba a desenchufar el teléfono, no podía entender que lo odiara y deseara a la vez.

—¿Podemos hablar? —preguntó Raul.

—¿Para decir qué? —preguntó Lydia sin disimular la tensión.

—No quiero que te marches todavía.

Hacía un rato, ella se habría arrodillado a sus pies al oír eso. En ese momento, se dio la vuelta con furia.

—Vaya, lo siento. ¿Esperabas un revolcón mañanero porque me has regalado la figura? —no estaban creciéndole las alas otra vez, eran unas uñas de acero—. Muchas gracias por tu hospitalidad, Raul, lo he pasado muy bien.

—¿Y ya está?

Efectivamente, sabía cómo hacerle daño.

—Creía que los dos sabíamos que no me marcharía virgen de Italia. Tenía que elegir entre Bastiano o tú y te he elegido a ti.

Él se quedó en silencio. Raul no le preguntó él motivo, pero Lydia se lo dio como si se lo hubiese pedido.

—Bastiano no es lo que yo quiero.

—¿Qué quieres?

—Dinero.

—Él lo tiene.

—Quiero dinero de toda la vida —replicó ella arrugando la nariz.

—Entiendo.

—Si voy a casarme por dinero, quiero que tenga título por lo menos.

—Eres una esnob.

—Tengo derecho a serlo.

—Y una cazafortunas.

—Sí —Lydia esbozó una sonrisa sombría—. Soy una esnob y una cazafortunas, y cierto siciliano no me sirve.

—No tiene mucho sentido a juzgar por cómo gritabas anoche.

—Estamos hablando de Bastiano —le corrigió Lydia—. Como tú

dijiste, quería casarse y tener una esposa florero. Yo, en cambio, quería sexo —Lydia le pasó un dedo por la mejilla para provocarlo—. Para una aventura de una noche, eras la mejor alternativa. Lo que quiero de verdad es un caballero.

—Muy bien —él también esbozó una sonrisa sombría y le quitó la mano de la cara—. Entonces, no doy la talla.

—No.

Él dejó de tocarla completamente y Lydia no se sintió tan valiente cuando se dio la vuelta y se alejó. Se inclinó para recoger al vestido rojo del suelo y lo sacudió como si fuese una capa a un toro furioso, pero Raul no se movió. Estaba crispado y podía ser muy rastrero si quería, y estaba empezando a querer.

Miró sus esbeltas piernas y el pelo que le caía hacia delante y supo que ella podía notar que tenía los ojos clavados en ella aunque fingía que estaba concentrada en doblar el vestido mientras estaba inclinada sobre la maleta abierta. Tenía las mejillas sonrosadas y las orejas rojas y supo, mientras le miraba el trasero, que estaba tan excitada como él.

La tensión echaba chispas entre ellos y ella casi podía ver las manos de él que le levantaban la bata. Era un disparate. Conseguía que se impusieran los pensamientos obscenos, daba una válvula de escape nueva a la rabia, y se acordó de que él le había prometido que el sexo con rabia podía esperar.

—Sabrás que, cuando te hayas marchado, será para siempre. Yo no juego ni persigo a nadie.

—No estoy pidiéndote que lo hagas.

Él se acercó. Ella lo oyó, pero no se dio la vuelta. Debía de haber doblado el vestido veinte veces cuando él le puso una mano en la cadera. Fue un gesto mínimo, como si quisiera indicarle que debería darse la vuelta, pero ella no lo hizo.

—Lydia —él se inclinó para hablarle en ese tono grave y tranquilo con la erección contra el trasero—, cuando encuentres a ese británico con título, no pienses en mí.

—No lo haré.

—No estaría bien por él.

—De verdad…

Lydia no terminó la frase porque él le había puesto una mano en la cintura y la otra en el hombro y ella deseó oír el ruido de su cremallera, pero no lo oyó.

—Cuando estéis en la cama —ella se apoyó en la cama con las mejillas arreboladas— y él te pregunte «¿Te gusta, cariño?» o «¿Te gusta así?» —Raul puso una voz afectada—, intenta no acordarte de

que yo no tuve que preguntártelo nunca. Además, cuando estés tumbada a su lado, insatisfecha, y estés pensando en mí…

—Ya te lo he dicho, no lo haré.

—Mentirosa.

Él se restregó una vez más contra ella y se apartó.

Ella se incorporó con la respiración entrecortada y enfadada todavía. Se quitó la bata y él no miró hacia otro lado cuando se puso las bragas y el sujetador. También la miró mientras se ponía el vestido gris, el de los botones. Entonces, volvió a acercarse, pero no a ella. Tomó la figura de cristal y la dejó en la maleta.

—No quiero tu ridícula figura.

—Creía que eras una cazafortunas. Véndela —Raul se encogió de hombros—, o tírala por la ventana de tu torre con desesperación cuando no puedas aliviarte con los dedos.

—¡Por favor…! Te crees tan maravilloso…

—No —replicó Raul—, sé que lo éramos.

Efectivamente, jamás había conocido esa conexión absoluta y esa felicidad erótica que habían alcanzado la noche anterior.

Ella cerró bruscamente la maleta y metió el código de seguridad con cierto fastidio. La bajó y, entonces, él se quitó las botas con los pies, se tumbó sobre las sábanas arrugadas, tomó la caja de pasteles y sacó el teléfono. Decidió que ella podía marcharse cuando quisiera.

Lydia se quedó inmóvil un momento. Era difícil marcharse con dignidad cuando no sabía dónde estaba la salida.

—¿Hay una puerta a la calle? —preguntó ella mientras él no apartaba la mirada del teléfono.

—Sí.

Raul abrió la caja de hojaldres y eligió uno, le dio un mordisco y volvió a concentrarse en el teléfono. Lydia podría encontrarla por su cuenta.

—Puedes marcharte cuando quieras.

# Capítulo 12

TODOS los caminos llevaban a Roma, pero, en ese momento, Raul esperaba que Roma lo llevara a Lydia.

No podía quitársela de la cabeza y la inquietud lo corroía por dentro. Pasó por delante del café donde había desayunado con ella y miró los nubarrones. Parecía como si el cielo estuviese colgado muy bajo. Se lo parecía desde que Lydia se marchó. El otoño ya había llegado; solía ser su estación del año favorita, pero no ese año. La echaba de menos y nunca había echado de menos a nadie, era una sensación que no podía quitarse de encima y era algo que no podía definir.

Aunque los turistas nunca escaseaban en Venecia, la Serenissima le había parecido más vacía que serena. Allí, en Roma, los lugareños disfrutaban de la calma relativa que llegaba con el cambio. En Sicilia, los viñedos estarían tomando un tono ocre… No volvía nunca, ni siquiera con la cabeza, y estaba haciéndolo en ese momento. Lydia había tenido razón, quizá debiera volver.

Si esa visita al Grande Lucia no salía como esperaba, volvería a Casta por primera vez desde que leyeron el testamento. El portero lo saludó con la cabeza cuando entró por la puerta giratoria y se quedó un momento recordando el breve tiempo que pasó allí. Sin embargo, eso no le parecía verdad, no lo percibía como breve, era la parte de su vida que más había repasado.

Lydia era la persona más desconcertante que conocía. Era fría y reservada, y cálida e intensa. Además, aunque los dos habían acordado que sería una aventura de una noche, todavía no podía entender aquella mañana. El beso que se dieron antes de que fuese a buscar el desayuno había sido prometedor, pero se encontró con una desconocida cuando volvió y tenía que saber por qué.

Aunque ni siquiera sabía cómo se apellidaba. Conocía los rincones más íntimos de Lydia, pero no sabía su nombre completo, ni dónde vivía. Normalmente, esos detalles le daban igual.

Sin embargo, no le daban igual en ese momento. Había indagado, y Allegra también. Había una cantidad asombrosa de castillos en Inglaterra y muchos se utilizaban para bodas. Allegra estaba estudiándolos todos y había viajado tres veces a Inglaterra.

Él, en ese momento, estaba en Roma, en el Grande Lucia otra

vez, donde había empezado todo. Como ya no le interesaba comprar el hotel, le costaba ponerse en contacto con el sultán Alim y por eso había ido en persona. Sin embargo, la joven recepcionista fue un obstáculo más.

—El sultán Alim solo recibe con cita previa.

—Llámele y dígale que Raul di Savo está aquí.

—Como ya le he dicho, solo recibe visitas con cita previa, y no lo molestamos con llamadas de teléfono.

Era tan altiva e inflexible como él exigía que fuese Allegra si alguien, fuera quien fuese, intentaba invadir su tiempo.

—¿Está en el país? —preguntó Raul aunque sabía que no iban a decírselo.

—Prefiere que no hablemos de lo que hace. Le comunicaré que ha estado aquí.

¿Qué hacía? ¿Se sentaba en el vestíbulo y esperaba al sultán, que podría estar ya en Oriente Próximo? ¿Advertía a la pobre recepcionista que si apreciaba en algo su empleo debería informar a Alim…? Entonces, vio a alguien que quizá pudiera ayudarlo. Estaba cruzando el vestíbulo con un enorme ramo de rosas. Era Gabi, ¡la organizadora de bodas indiscreta!

—Hola —la saludó Raul.

—Hola…

Se había olvidado de coquetear hasta para sacar algo a cambio.

—Gabi…

—¡Ah! —ella se detuvo—. Estaba en el salón de baile cuando Alim…

Ella no terminó la frase y Raul supo que aquella tarde había pasado algo. No lo había pensado hasta ese momento.

—Esperaba verlo.

—¡Que tenga suerte! —Gabi puso los ojos en blanco—. Ha vuelto a su país.

—Ah…

—Para casarse.

—Entiendo.

—En realidad, estoy organizándole la boda —comentó ella en un tono plañidero como si estuviese a punto de echarse a llorar.

—¿Podría decirle que tengo que hablar con él?

—Soy una organizadora de bodas, no tengo trato directo con el sultán.

Gabi se marchó y Raul se quedó pensando que solo le quedaba Bastiano, y ya sabía dónde estaba; en Casta.

El avión aterrizó en Cosimo y, aunque hacía algo más de calor, el cielo también parecía que estaba colgado muy bajo. Se puso las gafas de sol y se montó en el helicóptero que había reservado para que lo llevara al viejo convento. Para garantizar la clausura de las monjas, solo se podía llegar a caballo o en helicóptero. Naturalmente, él había elegido lo segundo.

El convento era un edificio antiguo que se extendía por una cima sobre el estrecho de Sicilia. Al ser tan inaccesible, era el retiro perfecto y tenía que admitir que Bastiano había tenido vista, aunque no iba a reconocérselo.

Una vez en el helicóptero, comprobó que se habían obedecido sus órdenes. Había un ramo de lilas que llevaría a la tumba de Maria después de haberse reunido con Bastiano.

Llegaría sin avisar. Había jurado que no volvería y solo lo hacía por Lydia. La última vez que estuvo allí fue en un vuelo comercial y tuvo que tomar un taxi hasta el valle. Tenía dieciocho años y recordaba que el taxista le había obligado a pagar el viaje por adelantado. Eran otros tiempos, aunque el mismo lugar.

Miró por la ventanilla. Empezaba a reconocer el paisaje. Si bien nunca lo había visto desde ese punto de vista tan ventajoso, llevaba la orografía de esa tierra grabada en el lado más sombrío de su alma. Allí estaban los campos por los que se habían peleado los Conti y los Di Savo durante generaciones. Sin embargo, el vino nunca había enriquecido a ninguna de las dos familias, y el paladar de Raul sabía ya que nunca las enriquecería.

El estómago le dio un vuelco y no tuvo nada que ver con el repentino bote que dio el helicóptero. Estaba viendo el patio del colegio y, un poco más allá, la que había sido la casa de su familia. Todavía podía oír las mentiras infantiles que le decía a su padre. «Mamá ha pasado todo el día aquí». «Creo que ha ido a desayunar con Loretta»… Entonces, entendió en parte por qué Lydia no tomaba fotos, porque había recuerdos que era preferible no ver. No había mentido solo para salvarse él mismo, había mentido para encubrir a su madre. Había mentido una y otra vez. Entonces, se acordó de cuando estaba más contenta, cuando cantaba y empezaba a salir más, y tuvo que empezar a mentir otra vez a su padre.

Allí estaba la iglesia con las tumbas a un lado. Su historia se extendía por debajo de él y no quería ver nada, pero se obligó a mirar. El mar estaba encrespado y rompía contra las rocas, y entonces lo vio. El convento, en vez de haber decaído, se erguía con orgullo, y recordó las lágrimas de su madre cuando tuvo que cerrar.

¿Había sido su sueño de verdad?

El helicóptero aterrizó y él se bajó. Pensó que el servicio de seguridad podría interceptarlo, pero cruzó el césped y llegó hasta la verja sin inconvenientes. Vio una señal que le indicaba dónde estaba la recepción. Pasó junto a una fuente y abrió una pesada puerta sin llamar a la campanilla. Había focos en el techo, un toque moderno que suavizaba las paredes de piedra, y una joven que llevaba lo que parecía un uniforme de enfermera lo saludó desde un mostrador.

—*Posso aiutarla?*

Le había preguntado con una sonrisa si podía ayudarlo.

—Sí —él asintió con la cabeza—. He venido para hablar con Bastiano.

El ceño repleto de bótox no se frunció, pero él captó la preocupación en sus ojos mientras consultaba el ordenador sin dejar de sonreír.

—¿Puede decirme su nombre?

—Raul di Savo.

Entonces, una arruga se formó en el ceño y la sonrisa se esfumó. Ese nombre todavía era conocido en el valle.

—¿Tiene cita?

—No —contestó Raul—. No me espera.

—Al contrario…

La voz de Bastiano llegó antes que él y Raul miró mientras salía de entre las sombras de un arco. Un rayo de sol le iluminó la cicatriz y Raul pensó que parecía una aparición del mismísimo diablo.

—Bastiano —Raul no disimuló el tono gélido de su voz—, me gustaría hablar contigo.

—Me lo imaginaba —replicó Bastiano con la misma frialdad—. Ven.

Raul lo siguió por el arco y recorrieron un claustro donde había un pequeño grupo charlando al sol de la tarde. Levantaron la mirada cuando pasaron los dos hombres vestidos de negro porque irradiaban una energía premonitoria que llamaba la atención. Hasta la recepcionista los siguió y se quedó mirando hasta que desaparecieron en el antiguo refectorio. Se agradecía la oscuridad y las ventanas eran como marcos de fotos con vistas del estrecho de Sicilia que rugía a lo lejos.

—Siéntate.

Raul sabía que quedarse de pie sería una grosería cuando había ido a pedirle un favor. Bastiano se sentó detrás de su mesa y él se

sentó enfrente.

—Necesito una cosa de ti —comentó Raul—. Habría preferido no tener que venir, pero te negaste a contestar mis llamadas.

Bastiano no dijo nada, pero Raul vio que intentaba contener una sonrisa triunfal. Naturalmente, no iba a contestar sus llamadas, prefería ver cómo le suplicaba.

—No he contestado tus llamadas porque creo que no puedo ayudarte, Raul —la mano impecablemente cuidada de Bastiano señaló unos papeles que había encima de la mesa—. Alim me dijo que estabas intentando ponerte en contacto con él. Sé lo mucho que anhelabas el hotel, pero ya hemos alcanzado un acuerdo y el contrato solo espera mi firma.

Raul se dio cuenta de que Bastiano creía que había ido hasta allí por el Grande Lucia. Aunque, claro, ¿por qué no iba a pensarlo? Hacía unas semanas, lo único que le había importado había sido comprar, derrotar a Bastiano y amasar la mayor fortuna posible.

—No he venido por el hotel.

Raul vio que Bastiano contraía ligeramente las facciones con un gesto de desconcierto. Aunque se repuso inmediatamente.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Pensaste invertir en el Reino Unido.

—Tengo muchas inversiones allí.

—Era un castillo.

Raul captó el segundo exacto en el que Bastiano entendió el motivo de su visita porque no hizo nada para disimular una sonrisa sombría mientras hablaba.

—No lo recuerdo.

—Claro que lo recuerdas. Si pudieras darme los detalles, te lo agradecería.

—Sin embargo, yo no quiero tu agradecimiento.

Raul se dio cuenta de que tenía que estar loco para haber ido, pero, efectivamente, estaba loco desde hacía un tiempo y, en ese momento, estaba sentado delante de su enemigo pidiéndole ayuda. Sin embargo, peor era que quería hacerle otras preguntas. Bastiano tenía algunas de las claves de su pasado, un pasado que no quería repasar.

Decidió que era una locura y que tenía que acabar. Se levantó para marcharse y ni siquiera se molestó en hacer los movimientos acertados porque ni siquiera podía fingir que estaba agradecido a Bastiano por algo. Sin embargo, la voz de Bastiano lo detuvo cuando llegó a la puerta.

—Quiero una cosa.

Raul no se dio la vuelta, pero Bastiano siguió.

—Si me devuelves el anillo, te daré la información.

Raul siguió sin darse la vuelta y tuvo que hacer un esfuerzo para no apoyarse en la puerta porque se sintió como si la habitación se hubiese quedado sin aire. Volvía a estar en el juzgado y miraba fijamente el anillo con una esmeralda mientras se preguntaba de dónde había salido. Gino solo le había dado a su madre una fina alianza de oro que había sido como una argolla porque la había atado a él para toda la vida… o casi. Al fin y al cabo, había sido infiel.

—Se lo regalé a tu madre la semana anterior a que muriera. Es de mi familia…

—¿Por qué le regalaste al anillo? —le preguntó Raul dándose la vuelta.

—Dijo que quería marcharse de Casta para vivir conmigo. El anillo garantizaba nuestros planes.

—¿Esperas que me crea que estabais enamorados? —preguntó Raul entre dientes.

—Yo lo creí durante un tiempo —Bastiano se encogió de hombros—. Realmente solo fue sexo.

Raul cruzó la habitación en un abrir y cerrar de ojos e iba a volcar la mesa para alcanzar a Bastiano, pero el malnacido lo detuvo al empuñar un bolígrafo como si fuera una navaja.

—Quiero mi anillo —añadió Bastiano.

Ese bolígrafo era lo único que le impedía estamparlo contra la pared de piedra y culminar la venganza.

—Lo tendrás.

Bastiano escribió los detalles y dijo algo que hacía unos años habría bastado para que Raul lo agarrara otra vez del cuello, pero que, en ese momento, le dio náuseas.

—No la pintes como una santa, Raul. No lo era, ni mucho menos.

Raul salió con la cabeza a punto de estallar. Los rotores el helicóptero empezaron a girar en cuanto el piloto lo vio. Raul corrió y tardó unos minutos en llegar a la tumba de su madre. Debería haber sido apacible, solo se oía el canto de los pájaros y el zumbido de su teléfono, pero seguía oyendo el rugido en los oídos, nunca había dejado de oírlo, o, mejor dicho, se había atenuado durante el poco tiempo que habían pasado juntos Lydia y él.

Apagó el teléfono y le pareció que hasta los pájaros se quedaban en silencio mientras hacía frente a la verdad. Bastiano no había sido su primera aventura, había sido la última de muchas. A él le habían

enseñado a mentir no solo para salvarse, sino para encubrir a su madre.

Miró hacia el convento y se acordó de las lágrimas y la desdicha de su madre cuando lo cerraron. Entonces, se acordó de cuando estaba más contenta, cuando se le levantaba el ánimo durante un tiempo. Aunque a la mayoría de los niños les habría alegrado ver sonreír a su madre, él había sabido que tendría que empezar a mentir otra vez si quería mantenerla a salvo.

Maria di Savo.

Algunos la habían llamado desequilibrada, pero quizá fuese más apropiado llamarla frágil. Al menos, era lo que él pensaba. Sin embargo, tenía los ojos más abiertos que la otra vez que estuvo allí.

—Descansa —le dijo a la lápida mientras dejaba las lilas.

Sin embargo, las dividió en dos y se volvió hacia la tumba de Gino di Savo. Había alguien a quien ni siquiera se había planteado perdonar, ni siquiera se le había pasado por la cabeza porque le había parecido improcedente. Sin embargo, en ese momento, era más que procedente. ¿Era Gino su padre? Ese valle, con dieciséis años y embarazada, tenía que haber sido un sitio espantoso para vivir. ¿Había sido más comprensivo el joven Gino? ¿Había vivido sabiendo que le era infiel constantemente? Quizá no llegara a saberlo nunca, pero sí entendía mejor la situación y quizá debiera respetarle un poco.

—Descansa —repitió Raul mientras dejaba las flores en la tumba de Gino di Savo.

# Capítulo 13

ES una pieza muy reciente.

El director de tasaciones había llamado al director general y Lydia empezaba a hacerse una idea de lo valiosa que era la figura.

—Tres meses —matizó ella aunque ninguno de los dos la miró.

Esa mañana, por primera vez en mucho tiempo, se había comido una tostada y había decidido que había llegado el momento de ser pragmática y de afrontar las cosas.

Había vuelto al castillo y había esperado encontrarse con rabia y reproches, había estado dispuesta a largarse inmediatamente. Sin embargo, se había encontrado con la devastación de su madre. Ella no había sido la única que no había llorado en el entierro de su padre. Valerie también se había contenido y había acabado reventando.

—¡Lo siento! —acababa de derrumbarse en una butaca y gritó—. Le he dicho que no se le ocurra volver.

Maurice no ocupaba ni el lugar más remoto entre todos los dolores que sentía en el corazón y por eso hizo lo que habría hecho Raul. Sirvió una bebida a su madre y conservó la calma.

Más aún, había sido pragmática y había dejado a un lado sus propios dolores. Había dejado de ofrecer el castillo para que se celebraran bodas y había afrontado lo mejor que había podido lo que había. No había dinero y había muy pocas cosas que vender.

La semana anterior le había propuesto a Valerie que se fuese a pasar algún tiempo con su hermana.

Necesitaba estar sola. Estaba embarazada

No obstante, sí tenía el sentido práctico de su madre y había decidido averiguar el valor de la figura. No para salvar el castillo porque Raul tenía razón, necesitaría una inyección constante de dinero, pero sí podría pagar la entrada de una casa. Sin embargo, cuando el director de tasaciones había llamado al director general y los dos habían empezado a hablar de cifras, se había dado cuenta de que tenía para mucho más que la entrada, que, en realidad, podía comprarse una casa. Valía tanto y, posiblemente, más. Podría criar a su bebé y Raul no tendría que saberlo siquiera.

—¿Estás pensando en la subasta de Nueva York? —estaba preguntándole el director de tasaciones al director general.

—Todavía faltan unos meses…

El hombre miró a Lydia y le ofreció una alternativa.

—Tengo algunos coleccionistas que estarían muy interesados y podríamos hacer una subasta privada. Esta pieza es exquisita.

Y ella la amaba… Solo era una pieza de cristal, se recordó a sí misma. Por eso no sacaba fotos, porque era muy doloroso revivir los recuerdos. Sabía que lo mejor sería deshacerse de ella, pero era la única cosa que había amado en su vida, aparte de a Raul. Aunque no era una cosa, era una persona, un malnacido de los pies a la cabeza para ser más exactos.

Sin embargo, la figura se remontaba a otros tiempos, a antes de que todo se hubiese desmoronado, y no podía soportar la idea de desprenderse de ella.

Repasaba una y otra vez cada momento que había pasado con él, volvía a mirar por el ojo de la cerradura que él le había enseñado y los veía a los dos. Tenía captado cada momento, aunque no tenía fotos, menos la de ellos dos agarrados de la mano que circulaba por Internet. Al parecer, el gran Raul no se rebajaba a darle la mano a nadie y por eso se había interesado tanto la prensa. Entonces, ella había estado hablándole de su padre, sincerándose con él. Él, sin embargo, había estado jugando con ella desde el principio, y todo lo que tenía de él era esa figura. No, se corrigió a sí misma, dentro de seis meses tendría un hijo suyo… y Raul tenía que saberlo.

—Con su permiso —el director general se dirigió a ella por fin—, voy a hacer unas llamadas y es posible que así sepamos mejor qué tenemos entre manos.

—Claro —concedió Lydia.

Ella también tenía que hacer unas llamadas. La acompañaron a una sala de espera que parecía un salón y le ofrecieron té.

—No, gracias —lo rechazó Lydia mientras se sentaba—. ¿Le importaría cerrar la puerta?

Cerraron la puerta y ella sacó del bolso la tarjeta que él le había dado. Hacía tres meses que no oía su voz. Había sacado muchas veces la tarjeta, pero siempre había vuelto a guardarla antes de marcar el número. Ese día, contuvo la respiración y lo marcó, pero él no contestó. Una grabación le pidió que dejara un mensaje. *Lasciate un messagio*…. Fue un chasco, pero el sonido de su voz hizo que se doblara en la silla. No por lo que tenía que decirle, sino por lo que quería decirle. Que aunque estaba muy enfadada con él, no podía aliviar el dolor de no verlo, de no oírlo, de no tocarlo, y que no sabía qué hacer.

¿Cómo podía decirle a un hombre capaz de expulsar a un bebé

de un restaurante porque estaba llorando que estaba embarazada de su hijo? Raul pensaría que estaba intentado sacarle dinero. ¿Cómo no iba a pensarlo si le había dicho, mirándole a los ojos, que era una cazafortunas y una esnob? Tenía que representar ese papel, pero no podía y cortó la llamada. Tenía que sacar pecho y se recordó todas las cosas tan atroces que le había hecho.

La había utilizado despiadadamente, había caído a lo más bajo y ella tenía que recordarlo siempre. El pánico estaba empezando a adueñarse de ella, pero tomó aire y se dijo que tenía que afrontar las cosas y ser pragmática. Se puso muy recta en la butaca y repitió la llamada.

*Lasciate un messagio…*

—Raul, soy Lydia.

Se negó a rebajarse y a darle fechas y otros detalles. Si era tan playboy que no se acordaba de ella, ella tampoco iba a facilitarle las cosas.

—Estoy embarazada.

Supo que lo había dicho demasiado precipitada y atropelladamente, pero era preferible a desmoronarse.

—He tenido unas semanas para hacerme a la idea y la verdad… —respiró con calma por primera vez y quizá fuese porque se lo había dicho y estaba diciendo la verdad—. La verdad es que me siento bien, los dos estaremos bien. El bebé y yo, me refiero —supo que eso había resultado demasiado brusco—. Lo que quiero decir es que no te llamo para pedirte tu apoyo, ni económico ni sentimental. Los dos sabemos que nunca haces lo segundo y me han tasado la figura y cubre lo primero…

No del todo. Podría exprimirlo y sacarle la mitad de sus miles de millones, pero no era el camino que quería tomar. Le espantaba la idea de acudir a abogados y de la mordacidad, de que la creyera o no.

—Si quieres hablarlo, llámame.

Lydia cortó la llamada y se quedó un buen rato mirando el teléfono. No podía ni imaginarse cuál sería la reacción de él y, por primera vez desde que había llegado a Inglaterra, se alegró de la distancia que los separaba.

Él ya lo sabía.

# Capítulo 14

ESTABA en una situación de espera que se había creado ella misma. Esperaba la reacción de él.

Una vez en su casa, había dejado la figura junto a la cama. Había decidido que no estaba en venta, que algunas cosas eran más importantes… por el momento. No quería ser como su madre, que se aferraba a un castillo que no podía mantener, pero tampoco iba a venderla precipitadamente.

Comprobó el teléfono por enésima vez, pero, naturalmente, no había sonado. Entonces, comprobó el correo electrónico para ver si alguien había contestado a alguna de sus solicitudes de empleo. Había tenido una entrevista en un museo, pero había otros cuatro candidatos que, con toda certeza, tendrían títulos y experiencia. La semana siguiente tenía otra entrevista para trabajar en uno de los espacios para bodas que rivalizaban con su castillo.

No se alegraba y, además, el embarazo empezaría a notarse muy pronto. ¿Quién iba a quererla entonces? Abrió la ventana, se asomó y miró las tierras que habían sido siempre de la familia de su madre. Las colinas de la izquierda y los prados de la derecha se habían vendido hacía algún tiempo, pero, si miraba de frente, todavía era suyo, por el momento. Entendió un poco mejor a su madre porque ya entendía cuánto dolía desprenderse de algo. Oyó el zumbido de un helicóptero y miró al cielo. Era un ruido normal por esa zona; los ricos de verdad iban a Londres por la mañana y volvían por la tarde, aunque, normalmente, no tan pronto. De vez en cuando también había alguna ambulancia aérea o un turista. Sin embargo, ese helicóptero estaba sobrevolando el castillo y el ruido era cada vez mayor. Además, podía ver el remolino que creaba el rotor en la hierba.

Sabía que era Raul, pero no por ella. Había tenido meses para encontrarla. No, ella había arrojado la bomba del bebé y él había reaccionado al instante. Estaba allí por su hijo.

Se le aceleró la respiración cuando él se bajó. Llevaba traje oscuro, corbata y gafas de sol. Parecía muy tranquilo mientras cruzaba el terreno con decisión y lo observó. No tenía que disimular ningún instinto. Si acaso, su instinto era bajar las escaleras y correr hacia él, pero eso demostraría lo mucho que lo había echado de

menos y no hacía falta que Raul lo supiera. Tampoco le diría que sabía que tenía un conflicto con Bastiano desde hacía muchísimo tiempo. Efectivamente, ya no tenía nada de inocente. El conocimiento daba el poder y ella lo emplearía con inteligencia. Además, jamás confesaría lo profundamente que lo había amado.

No se miró al espejo ni se molestó en pintarse los labios. Bajó la escalera de caracol del torreón y se dirigió hacia la entrada principal. Tampoco hizo la pantomima de obligarlo a llamar. La puerta era pesada, pero la abrió con la facilidad que daba la experiencia. Hacía mucho tiempo que no había empleados que hicieran esas cosas.

—Raul…

Ella titubeó porque, al contrario de lo que le había parecido, no estaba tan tranquilo. Estaba un poco pálido y apretaba los dientes. Los ojos seguían ocultos detrás de las gafas de sol.

—No te esperaba.

—Entonces, es que no me conoces.

Ella sintió un escalofrío en la espalda. Efectivamente, no lo conocía, pero esas palabras le indicaban que se tomaba muy en serio la noticia que le había dado.

—¿Ya estabas en Inglaterra?

—No.

Estaba alejándose del cementerio cuando oyó la noticia.

—Ah…

Había llegado muy deprisa, pero ya había visto una vez lo fácilmente que tomaba su avión privado.

—Siento el susto.

—Nadie se ha muerto, Lydia.

Tenía razón. Se trataba de un embarazo, no de una muerte repentina, pero, aun así, tenía que ser un buen susto para un hombre como él, un soltero recalcitrante y un playboy sin escrúpulos.

O quizá no lo fuera. Quizá tuviera hijos ilegítimos repartidos por todo el mundo porque estaba reponiéndose muy deprisa.

—Tenemos que hablar.

—Desde luego. Por eso te he llamado. Pasa y prepararé un té.

Lydia decidió que lo llevaría la sala. Estaba vacía y un poco deslucida, pero era el cuarto más bonito. Una vez allí, le pediría que se sentara, prepararía un té y hablarían tranquilamente…

—No bebo té, Lydia.

Fue a alejarse, pero él la agarró del brazo y ella se increpó a sí misma por haber creído que podía imponer eso tan fácilmente.

—¿Quieres café?

Él respondió con una sonrisa sombría.

—El helicóptero está esperándonos para llevarnos a mi avión; vamos a hablar de esto en Venecia.

—¿En Venecia? —ella sacudió la cabeza para intentar lidiar con él sin perder la calma—. Ni hablar. Podemos hablar aquí. Mi madre está en casa de su hermana y Maurice… no está.

La expresión de él no se suavizó.

—Podemos salir a tomar el té si lo prefieres, si eso hace que te sientas…

—¿Crees que vamos a ir a un café pintoresco para hablar del porvenir de nuestro hijo?

—¡Podríamos!

—¿Y a qué hora cierra ese café? —él vio que ella apretaba los dientes y siguió—. Tenemos que resolver muchas cosas, querida Lydia —lo dijo sin ningún cariño—. ¿De verdad creías que podías dejarme un mensaje así en el teléfono y esperar que saliéramos a tomar el té por la tarde?

—Creía que podíamos hablarlo tranquilamente…

—Estoy tranquilo.

A Lydia no se lo pareció. Sí, las palabras eran tranquilas, pero había una tensión latente que ni siquiera esos muros tan antiguos podían contener.

—Hablaremos en mi casa.

—¡No!

—Muy bien. Hablaremos en mi oficina.

—¿En Venecia?

—Claro.

—No.

—Lydia, ¿a qué hora tienes que entrar a trabajar mañana? —le preguntó Raul convencido de que ella no había buscado un trabajo.

—Eso no ha sido muy considerado.

—No he venido para ser considerado.

Ella volvió a vislumbrar el poder que tenía y supo que ese hombre era rastrero, acababa de demostrarlo.

—Creía que habías dicho que ibas a marcharte de casa y conseguir un empleo… —él dejó escapar una risotada y miró alrededor—. Sin embargo, sigues aquí y ya no necesitas un empleo.

—Raul… —ella quería retirar lo que había dicho de que era una cazafortunas, pero ya era muy, muy tarde—. Escúchame, por favor. Fue un accidente.

—¡Claro que lo fue! —exclamó él. Ella captó todo el sarcasmo—.

Lydia, yo, al contrario que tú, sí tengo que trabajar. No obstante, mañana he reservado una hora, a las once, para que empecemos a repasar las cosas. Si no quieres volar conmigo, me parece bien, pero ¿puedes llegar allí al menos?

—No voy a ir allí, Raul.

—Entonces, lo haremos mediante abogados. Mándame un mensaje con el nombre del tuyo.

Se había acabado. No iba a quedarse ahí a suplicar. Le dolía la cabeza. Había sido un día con muchos acontecimientos; Bastiano, las revelaciones sobre su madre y su padre, si Gino era su padre, y, en ese momento, la noticia de que iba a ser padre… Quería beber algo. No quería quedarse en un castillo viejo y con corrientes y discutiendo con una mujer a la que deseaba a pesar de que se había marchado. Lydia lo excitaba, y él podía notar que también la excitaba, con título o sin él. Era posible que ese día no acabara en la cama sino en el suelo y antes de dos minutos. Sin embargo, el sexo los había metido en ese jaleo y ya era hora de que saliera.

Se dio media vuelta y empezó a alejarse. Lydia supo que iba a marcharse, que iba a dejar al bebé en manos de unos abogados. Fue corriendo y lo agarró del brazo.

—Hablaré contigo.

Él le miró la mano y se zafó de ella porque no podía soportar mucho tiempo ni el contacto más mínimo.

—Entonces, haz el equipaje. Si no estás preparada dentro de cinco minutos, dejaremos que lo resuelvan los profesionales.

Ella hizo el equipaje, aunque cinco minutos no daban mucho de sí. Sobre todo, cuando desperdició dos sentada en la cama y preguntándose qué debería hacer. No podía soportar volver a Venecia. Sin embargo, sabía que tenía que hacerlo. Tenía que olvidarse de ese dolor y resolver el porvenir de su hijo. No obstante, él le había hecho mucho daño y ni siquiera lo sabía. Su dolor era profundo, como la herida que atravesaba la espalda de Raul o la cicatriz que tenía Bastiano en la mejilla. La habían utilizado para vengarse y era una herida que nunca podría curarse del todo.

Aun así, sabía que tenía que ser adulta y negociar condiciones con ese hombre complejo. Había un bebé por medio y su indudable atractivo no la debilitaría. La tensión sexual entre ellos la había alterado, todavía notaba en la mano la calidez de su brazo. Sin embargo, se frotó las manos. ¡Ya estaba bien!

Como le preocupaba que su madre pudiera volver y vendiera la figura, le envolvió en un jersey grueso y la metió en la maleta intentando no acordarse de la noche cuando ellos dos se fundieron

por la pasión. Juró que no volvería a perder la cabeza por él y que no se ablandaría.

Bajó las escaleras, pero él no se apresuró para tomarle la maleta, se limitó a esperarla con impaciencia en la puerta.

—Espera —ella se agachó—. Se me ha olvidado cerrar el candado de la maleta.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó él mientras agarraba la maleta—. Vámonos.

—Raul… —ella no se movió porque quería dejar las cosas muy claras—. Voy a Venecia solo para hablar del bebé.

—¿Para qué iba a llevarte si no? —preguntó él—. Lydia, ya has recibido lo que querías de mí en la cama.

—Solo quiero que quede muy claro. No quiero…

—Lydia —le interrumpió él—, esto no se trata de lo que quieres o no quieres, vamos a hablar de nuestro hijo.

—Muy bien. Vamos a ser civilizados.

—¿Civilizados? —preguntó Raul—. Creía que me considerabas incapaz de serlo.

—Me refería a… eficientes.

—Eso sí puedo serlo —replicó él mientras se dirigían hacia el helicóptero.

—Perfecto.

—Eso ya lo sabías desde el principio…

# Capítulo 15

NO había peor sitio para estar sola que Venecia y Lydia estaba comprobándolo otra vez.

Loretta, el ama de llaves, la acompañó por el precioso pasillo con espejos, pero, en vez de seguir recto, giró a la derecha. Recorrió otro pasillo hasta que llegó a un apartamento dentro de la casa. Loretta le llevó la cena y la sirvió en una mesa preciosa con vajilla de porcelana, pero, aunque el sitio era impresionante, ella estaba sola.

Raul, naturalmente, cenó fuera.

Ella, naturalmente, no durmió y por la mañana tardó muchísimo en decidir qué se ponía. No sabía qué ponerse para ir a una reunión a hablar del porvenir de su hijo y nada le parecía indicado. Acabó decidiéndose por el vestido gris, el de los botones, que ya le quedaba estrecho en los pechos. En vez de soltarse un par de botones, se puso una chaqueta de lana fina.

Le fastidiaba que para él fuese una cita de sesenta minutos en su agenda y no había esperado que fuese a acudir a una audiencia, pero entró en el salón y vio que Raul estaba sentado y charlando tranquilamente con una mujer muy hermosa.

—Te presento a Allegra —comentó Raul—. Mi secretaria.

Lydia, que todavía estaba crispada y que quizá estuviese un poco acostumbrada al trato que le daba su madre a los empleados, inclinó ligeramente la cabeza y no hizo caso a Allegra.

Raul notaba que Lydia estaba incómoda y no podía reprochárselo. Se había negado a hablar de ese asunto en casa de ella y sabía que tenía ventaja, así que pasó al primer punto de la lista.

—¿Estarías más cómoda en un hotel?

—No tengo intención de quedarme mucho tiempo —contestó ella con frialdad—. El apartamento es suficiente.

—¿Suficiente?

Tenía un apartamento de seis habitaciones dentro de su casa. Raul, sin embargo, no dijo nada y pasó al punto siguiente.

—Se vende un piso a un kilómetro de aquí y Allegra te ha organizado una visita a las dos.

—¿Para qué iba a querer ver un piso aquí? —preguntó Lydia—.

El bebé va a criarse en Inglaterra.
—Pero lo veré periódicamente. Doy por supuesto que querrás estar cerca cuando lo vea, sobre todo, al principio.
—Supones bien, pero…
—Allegra va a ocuparse de contratar a una niñera —la interrumpió Raul—. Al parecer, las buenas hay que reservarlas con tiempo.
Eso era fácil y Lydia lo descartó con un movimiento de la cabeza.
—No voy a contratar una niñera.
Le molestó mucho que Allegra escribiera algo y que, además, le hiciese una pregunta con un marcado acento italiano.
—¿Le gustaría asistir a las entrevistas preliminares o prefiere que me ocupe yo y que luego comentemos las finalistas?
—Acabo de decir… —Lydia contestó como si se dirigiera a una niña de tres años con problemas de oído— que no quiero una niñera.
—Te hemos oído la primera vez —intervino Raul—, pero yo necesito una niñera cuando el bebé vaya a estar conmigo.
Lydia, que estaba mirando a Allegra con el ceño fruncido, desvió la mirada hacia Raul.
—¿Podemos hablar solos, por favor?
—Claro.
Allegra se levantó y se marchó. Lydia se sentó recta como una escoba y no dijo nada hasta que la puerta estuvo cerrada.
—Has estado muy ocupado.
—Sí.
Entonces, allí sentada, comprendió que la noche anterior, mientras ella cenaba sola, él había ido a cenar con Allegra para hablar de su hijo. Estaba claro. El tiempo de Raul estaba muy cotizado y delegaba gran parte de sus asuntos cotidianos.
—¿Crees que tengo tiempo de andar buscando un piso para alguien con quien pasé un fin de semana hace tres meses?
Lydia abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla.
—Tú querías eficiencia y dejaste muy claro que no querías estar mucho tiempo en Venecia, por eso lo hablé con mi secretaria…
—En una cena —le interrumpió Lydia entre dientes—. ¿Te has acostado con ella?
Le espantaba habérselo preguntado, le espantaba de verdad.
—¿Qué tiene que ver eso?
También le espantaba la respuesta inevitable y cortante de él.
—Sí, pero fue hace siglos. ¿Qué tiene que ver eso? —volvió a

preguntarle él.

Ella no pudo contestar porque no debería tener nada que ver, pero lo tenía.

—Lydia, tengo un pasado, y uno bastante variado. Deberías elegir mejor tus aventuras de una noche.

—Es que no me gusta que…

—Sigue —le pidió él cuando ella titubeó.

Raul se dejó caer sobre el respaldo de la butaca para oír lo que ella iba a decir.

—No me gusta que hables de mi hijo con alguien con quien… has intimado.

—Nuestro hijo.

—Sí, pero…

Ella intentó volver al asunto de la niñera porque estaba empezando a parecer celosa… y lo estaba, algo que era irracional. Ella no era irracional, ¿no?

—Lydia, Allegra está muy felizmente casada —él se lo explicó con una paciencia muy molesta—. En realidad, ya te lo he dicho. Si crees que ella me hace ojitos y seguimos liados, es asunto tuyo. Pero no lo estamos y no soporto los engaños y las infidelidades. Ahora, podemos volver al tema.

—Es un bebé.

—*Che cazzo!* —maldijo él.

—No digas palabrotas.

—¡El niño no puede oírme!

—Hablas de ello con mucho desapego.

—Tú misma me dijiste que fuésemos eficientes. Vamos, Lydia, dime lo que quieres. Has tenido tres meses para hacerte a la idea. Yo he tenido menos de veinticuatro horas. Dime lo que has decidido y podremos partir de ese punto.

—No hace falta que yo tenga un piso aquí. Naturalmente, vendremos de visita…

Él esbozó una sonrisa sombría y ella se dejó caer sobre el respaldo mientras Raul buscaba las palabras.

—¿Y dónde vais a alojaros? ¿En el ala de invitados?

La sonrisa sombría se esfumó cuando ella asintió con la cabeza.

—Lydia, no quiero que mi ex, mejor dicho, una de mis aventuras de una noche sea una invitada habitual en mi casa. No quiero que alguien que ha dicho que me censura dicte mi relación con mi hijo.

—Y yo no quiero que una niñera críe a mi hijo.

—¿De verdad te imaginas que voy a levantarme por la noche para darle el biberón y…?

No, la verdad era que no podía imaginárselo.

—Raul, no he hecho planes…

—Vaya, yo diría que pusiste tus planes en marcha hace mucho tiempo. Además, diría que cuando te… olvidaste de tomar la píldora, creíste que lo habías elegido muy bien.

Ella frunció el ceño, lo había dejado muy claro.

—Dije que no quería tener hijos y decidiste que yo sería un padre ausente muy bueno.

—¡No! —gritó ella.

—Perfecto porque no voy a ser padre solo para pagar la pensión alimenticia, voy a ser un padre participativo.

Él agitó una mano y ella supo que la había desdeñado.

—No estamos llegando a ninguna parte —siguió él—. ¿Podemos volver a intentarlo mañana?

—¿Vas a concederme otra audiencia? —preguntó ella con sarcasmo.

—Si quieres… —contestó él sin hacer caso de su tono.

Lydia se dio cuenta de que iba a ser así, que serían padres, pero separados por un vacío insoportable.

—¿Quieres ver el piso? —le preguntó Raul antes de dar por terminada esa reunión desastrosa—. Deberíamos intentar dejar zanjadas todas las cosas que podamos mientras estás aquí.

—Muy bien.

Raul captó la resignación en su voz y le espantó. Habían acabado peleándose y sabía que solía ganar las peleas.

—Creo que deberíamos hacerlo mediante unos abogados —reconoció Raul.

No quería pelearse con Lydia, solo quería que se resolvieran los detalles. Los resolverían ellos y él lo firmaría.

—Raul, no puedo pagar un abogado.

Tenía que ser muy complicado para alguien como Lydia reconocer eso. Sin embargo, se quedó recostado en la butaca mientras se preguntaba por quién lo tomaba.

—Los dos sabemos que eso no es verdad.

—En serio, Raul. Ya sé que vivo en un castillo…

—Lydia, llama a un abogado, al mejor que puedas encontrar, y dile mi apellido.

—No puedo pagarlo.

—Inténtalo. Dile de quién esperas un hijo y le dará exactamente igual tu situación económica. Probablemente, se ofrecerá a agarrarte la mano mientras das a luz.

Ella se levantó.

—A cambio de su tajada, naturalmente —añadió Raul.

Él la observó mientras se marchaba y, normalmente, se habría alegrado de que la reunión hubiese acabado pronto porque así podría pasar al asunto siguiente. Sin embargo, ella era el asunto siguiente. Se quedó pensando cuando debería resolver tantas cosas, pero no pensaba en el bebé, pensaba en ella. Todos los caminos no llevaban a Roma, llevaban a Lydia.

Lydia, en vez de pensar en el bebé, que era en lo que debería pensar, solo podía pensar en Raul. Él intentaba resolver todo eso lo mejor que podía para los dos, pensaba Lydia mientras el agente inmobiliario les abría la puerta del piso a Allegra y a ella.

Era impresionante. Tenía las paredes y las cortinas de color carmesí y vistas al canal. En realidad, podía ver el balcón de la casa de él desde uno de los dormitorios.

—No me había dado cuenta cuando pasé esta mañana —comentó Allegra mientras miraba hacia donde miraba Lydia.

Además, volvió a escribir algo.

—¿Cómo dices? —preguntó Lydia.

—¡Estoy segura de que no querrás tener vistas de la casa de papá! Querrás tener tu propia vida…

Lydia se dio cuenta de que Allegra también estaba intentándolo. Estaba muy acostumbrada a que todo el mundo quisiera ser su enemigo, pero nadie lo intentaba allí. Estaban intentando hacerlo sin abogados y ella no paraba de oponerse a ellos, y sabía por qué.

No quería el piso de Venecia ni que le pasara un dineral todos los meses ni vuelos en su avión privado para estar con papá, quería a Raul. Además, durante un instante, le había parecido que podía conseguirlo. Por eso conservaba la figura, porque cuando había abierto la caja y había mirado por el balcón, le había parecido, durante un segundo, que alguien podía llegar a amarla.

Allegra estaba hablando con el agente inmobiliario cuando se excusó para contestar una llamada. A juzgar por el tono almibarado, era su marido y, a juzgar por lo que pudo deducir, estaban hablando de lo que iban a cenar esa noche. Estuvo a punto de sonreír cuando recordó, por enésima vez, una de sus conversaciones con Raul.

Sin embargo, no sonrió porque si fuesen una pareja estaría escribiéndole un mensaje o se lo contaría esa noche y se reirían de su chiste particular, pero no eran una pareja. Además, en aquella misma conversación él le dijo que no quería casarse.

Miró el canal. Estaba otra vez donde había anhelado estar, pero le dolía esa frialdad entre ellos. No quería que se resolviera solo la cuestión de la paternidad. Había un motivo para que se opusiera a todo lo que él proponía, quería que Raul, el bebé y ella formaran una familia.

# Capítulo 16

TOME.

Loretta dejó la cena de Lydia. Eran unos *fettuccini* caseros con una salsa que olía muy bien. Por fin, había recuperado el apetito.

—Tienen muy buena pinta.

—Es agradable poder cocinar para alguien —Loretta aceptó el halago—. Es una receta de Casta, pero llevaba años sin hacerla.

—¿Es usted de Casta?

—Trabajé para el padre de Raul y ahora trabajo para él. Sé a cuál prefiero.

Lydia no dijo nada al principio porque dio por supuesto que Raul le daba mucho trabajo.

—Supongo que Raul tiene que ser muy exigente.

—¿Raul? —Loretta se rio—. No. Me encanta trabajar para él. Ya llevo casi diez años y todavía me doy pellizcos para comprobar que es verdad. Trabajé en el bar de su padre tantos años que ni los he contado. Entonces, Raul me trajo a Roma y me ocupaba de los pisos, hasta que fui la gobernanta de su primer hotel —miró a Lydia con una sonrisa—. Le dejaré que coma.

—Gracias.

Sin embargo, no quería que la dejara, quería charlar con Loretta y quería saber algo más de Raul, pero aquel no era su hogar y no era quién para preguntar. ¿Cuál era su hogar? No lo sabía.

Cenó, se dio un baño y se puso un pijama de verano que era corto y un poco demasiado ceñido. Luego, se tumbó en la cama del cuarto de invitados mientras Raul, con toda certeza, saldría por ahí. Quizá fuera a otra cena para hablar de ella y el bebé, sus problemas más recientes… ¡y todo porque había querido vengarse de Bastiano!

No tenía fuerzas para pensar en eso en ese momento. Estaba dolida. Tenían que hablar. Además, le daba igual que no fuera la hora que le habían asignado y no entrara en su agenda. Iban a hablar de eso como era debido, incluso de las cosas complicadas como las niñeras y las visitas.

No tenía ni idea de dónde estaba, pero lo encontraría. Y si no estaba en la casa… esperaría.

Raul estaba en su despacho. Miró a Allegra cuando pasó por ahí antes de marcharse a su casa y ella le contó lo que había organizado.

—He concertado una cita en otros dos pisos para que Lydia los vea mañana. También vendrá un servicio de mensajería a las nueve.

—¿Un servicio de mensajería?

—Dijiste que tenías un paquete para que lo entregaran en mano en Casta.

—Ah, es verdad.

—¿Cómo la encontraste al final? —le preguntó Allegra mientras se ponía el abrigo—. Creo que visité unos cincuenta castillos y que llamé a otros cien.

—Ella me encontró a mí —contestó Raul.

Sin embargo, eso no era verdad del todo. Aunque tampoco se lo contaba todo a Allegra ni iba a hablar con ella de su encuentro con Bastiano, ni con ella ni con nadie.

—¿Algo más? —preguntó ella.

—No, gracias.

Allegra se marchó y Raul no pudo reprochárselo. La noche anterior había trabajado casi hasta medianoche para tener las cosas preparadas y esa noche también se había quedado pasadas las diez.

—Raul…

Él levantó la cabeza y vio que Allegra seguía en la puerta.

—¿Sí…?

—Creo que debería decirte que yo también estoy buscando una niñera.

—Es mejor que dejes eso hasta que Lydia se haya acostumbrado a la idea.

—Me refería a una niñera para mí.

—Ah…

Sin embargo, había querido decir *merda*. ¿Podía saberse qué estaba pasándole a todo el mundo?

—Deberías darme la enhorabuena…

Raul puso los ojos en blanco.

—Voy a acabar llevando una guardería, eso está claro. Vete a casa.

—Me voy. Sin embargo, y en serio, va a ser complicado encontrar una niñera que trabaje con tu horario. No quiero que Lydia explote y se ponga como una furia, pero tenemos que empezar a buscar un poco.

—Déjalo por el momento —insistió él mientras Allegra se alejaba con aire cansado. Entonces, se acordó de sus modales y la

felicitó—. *Complimenti!*

Allegra se rio porque sabía que no lo decía de verdad. Era una secretaria de primera. Sin embargo, Raul pensó que se equivocaba en una cosa. Lydia no explotaba, no soltaba la rabia que sentía por dentro. Lo había comprobado. En cuanto a sí mismo…

Se sirvió una copa de coñac y le pareció que se la merecía. Sobre todo, cuando se acordó de cómo había dominado la furia cuando Bastiano había insultado a su madre. No, eso no era verdad. Se había contenido por la verdad. Bastiano había creído que había amor entre ellos. Él había tenido diecisiete años y ella treinta y tantos. ¡Qué lío!

Abrió el cajón, sacó el anillo y fue a empaquetarlo para que se lo llevara el servicio de mensajería. Naturalmente, eso era algo que solía hacer otra persona, pero en ese caso era más que personal. Sujetar el anillo era como sujetar un fantasma, un fantasma al que no conocía siquiera.

Bastiano era huérfano. ¿Ese anillo había sido de su madre? ¿Por qué había aceptado su madre ese anillo de un adolescente? Era un niño. Eran niños entonces. Naturalmente, ellos habían creído que eran adultos, pero…

Pensó en Lydia cuando tenía diecisiete años. Le enfurecía cómo la habían tratado unos adultos que deberían haber tenido cuidado. En ese momento, él estaba intentando hacer la cosa más difícil que había hecho en su vida, conceder a Bastiano los mismos sentimientos.

—Raul…

Esa vez, no era Allegra. Lydia, bastante pálida, estaba en la puerta con un pijama corto. Podía notar los cambios aunque eran diminutos. Tenía las caderas algo más redondeadas y los pechos más llenos, pero no lo atribuía al embarazo. Lydia lo excitaba siempre. ¿Cómo iba a mantener la distancia? ¿Cómo iba a sofocar el deseo? Vio que ella desviaba la mirada hacia el anillo que tenía en la mano.

—No te preocupes —él intentó no inmutarse mientras dejaba el anillo en el cajón otra vez—. No estaba preparando una sorpresa. No es para ti.

Ella, para su vergüenza y para el dolor de su necio corazón, había esperado durante un segundo que quizá hubiese encontrado a alguien para siempre. ¡Qué ridícula! Cuando estaba enfadada, cuando estaba dolida, era de hielo.

—Claro que no —replicó ella en su tono más tajante, hasta que se le quebró un poco y no pudo contenerse más—. Nunca te he

importado lo más mínimo. Estabas demasiado ocupado en intentar vengarte de Bastiano…

—*Merda* —esa vez sí lo dijo en voz alta al darse cuenta de que ella lo sabía—. ¡Lydia!

—Ni se te ocurra intentar justificarlo —le avisó ella.

—No. ¿Desde cuándo lo sabías?

—Yo soy la que hace las preguntas. ¿Me seguiste fuera de aquel comedor porque te gustaba o porque querías saber algo más de Bastiano? —ella siguió antes de que él pudiera contestar—. Por favor, Raul, no me digas que las dos cosas. Al menos, dime la verdad.

Efectivamente, se lo debía.

—Bastiano.

La verdad dolía, pero se obligó a sí misma a seguir hablando.

—¿Y cuando me invitaste a cenar fue para molestarlo? ¿Cuando me dijiste que eligiera…? —Lydia quiso escupir al recordarlo—. ¿Esperabas exhibirme delante de él?

—Sí —contestó Raul, quien sabía que tenía que decir toda la verdad—. Eso es lo que he hecho toda mi vida. Miento para salir adelante, digo lo que tenga que decir. No obstante…

—¡Te odio! —gritó Lydia.

El hielo se había partido por la mitad y estaba dejando escapar años de furia contenida, y eso la aterraba.

—Tú eres el mentiroso, Raul. Dices que no soportas la mentiras, pero tú mentiste todo el rato.

—No todo el rato.

—¡Sí! Te acostaste conmigo para vengarte de él.

Salió de la habitación y empezó a correr hasta su cuarto. La cama estaba abierta y la luz encendida y se preguntó cómo era posible que estuviese igual que antes cuando él le había dicho la verdad; la había perseguido para vengarse de Bastiano.

—Lydia.

Él no había llamado a la puerta. Había entrado y estaba muy tranquilo.

—Lárgate.

—No. Vamos a hablar de esto.

Todo le daba vueltas en la cabeza y todo le parecía distinto

—¿Cuándo te enteraste?

—¿Acaso importa?

Claro que importaba y claro que él sabía cuándo se había enterado, cuando todo había cambiado entre ellos.

—Tenías razón —reconoció ella cada vez más furiosa—.

Haremos esto mediante abogados. Voy a hacer que tu vida sea un infierno, Raul.

—No podrías.

La agarró de los brazos para intentar calmarla, pero estaba llorando.

—Tú no podrías hacer que mi vida fuera un infierno.

Lydia lo interpretó como una amenaza, que él era más rico y poderoso, pero él quería decir lo contrario. El infierno era que ella no estuviese en su vida. Podía lidiar con ella cuando estaba furiosa, en realidad eso era lo que había esperado. La furia de ella era íntima y profunda y por fin la había sacado a relucir, y estruendosamente.

—¡Mentiste!

—Sí —reconoció Raul—. Mi vida era esa hasta que tú apareciste.

—Me utilizaste.

—Al principio —concedió Raul antes de pensarlo—. La verdad es que te desee nada más verte. Me acuerdo de los botones.

—No me lo tomo como un piropo.

—Tómatelo como quieras.

A ella le crispaba que estuviese tan tranquilo, que pudiese quedarse ahí cuando ella lo había desenmascarado.

—No debería haberte hablado del bebé —Lydia tomó la figura de cristal—. Debería haber vendido esto y tú no te habrías enterado jamás.

—Creía que ya la habías vendido.

Y le había dolido que la hubiese vendido como su madre, que vendía las reliquias familiares para salir adelante una semana más. A él también le encantaba esa figura y ella la tenía en la mano y estaba a punto de tirarla. Se quedó sin saber qué hacer. Podría detenerla porque sabía que se arrepentiría, pero estaba furiosa y no solo con él. Además, se merecía poder desfogarse.

Lydia lo hizo, la tiró. No se la tiró a él, la tiró contra la pared, oyó que se hacía añicos y a ella le pasó lo mismo porque le encantaba y había destrozado la cosa más preciosa que había sido suya, excepto Raul.

Él, sin embargo, nunca había sido suyo de verdad. Lo deseaba mucho y él no la deseaba nada. Entonces, ¿por qué estaba besándola? ¿Por qué estaba diciéndole que iba a tener que guardar la porcelana porque, si no, las discusiones iban a ser carísimas? ¿Por qué la contenía, la dejaba ser y parecía desearla cuando estaba llorando y dándole patadas con rabia?

Estaban desatados, se arrancaban los botones y la ropa sin

separar los labios porque Raul también quería dejarse llevar. Ese día había sido infernal, y el anterior también. Y todas las semanas anteriores.

La deseaba con todas sus fuerzas.

La besó profundamente, la empujó contra la pared con el trasero desnudo entre las manos y los pechos estrechados contra el pecho. Lydia lo montó. Lo rodeó con las piernas y se sintió a salvo entre unos brazos fuertes y mientras la arrastraba al límite. Fue intenso y sin contemplaciones, tenía las mejillas ardientes y húmedas por los besos que le daba mientras le buscaba la boca.

No le quedó ni un grito dentro cuando llegó al clímax, ni siquiera le quedó aire en los pulmones. Él le tomó todo lo que tenía y le dio más todavía. Todo se le concentraba entre las piernas mientras él acometía con fuerza y la llenaba plenamente. El orgasmo fue intenso y él alcanzó el clímax mientras el de ella se desvanecía. Se serenó y observó la expresión tensa de él mientras se deleitaba con las últimas acometidas aceleradas.

Entonces, volvió a pensar, pero no volvió a dolerle, al menos, como antes.

Seguían besándose cuando él la dejó de pie. Entonces, retrocedió un poco y vio la figura en el suelo.

—He roto nuestra figura…

Eso era, la figura de ellos, un símbolo de su relación, y ella la había destrozado.

—¿Por qué no la vendiste?

—No pude.

Eso significó mucho para Raul. Ella no había tomado ni una foto, él sabía que Lydia no se aferraba a nada, pero no había podido desprenderse de eso.

—Ahora, la he destrozado —siguió Lydia mirando el cristal hecho añicos

—No —él la recogió del suelo y se la enseñó.

La preciosa pareja seguía intacta, menos la sábana.

—Me espantaba esa sábana —comentó Raul—. No quise decírselo a Silvio, es el artista y esas cosas, pero creo que se equivocó

—¡Es un maestro!

—Bueno, a mí me gusta más ahora —Raul se encogió de hombros—. Aunque es posible que los tasadores no estén de acuerdo —él le sonrió—. Sin embargo, ya no los necesitas, y tampoco necesitamos abogados.

Lydia no estaba tan segura. No podía lidiar con Raul con la

cabeza. Una cita y quería más, otra noche entre sus brazos y sería de plastilina. Además, le daba miedo intentar perdonarlo. Le daban miedo sus mentiras, era un maestro.

—Vamos a la cama.

Ella supo que se refería a la de él.

# Capítulo 17

ENVUELTOS en una sábana, por orden de Lydia para no asustar a Loretta, recorrieron el pasillo de los espejos.

—No va a estar en casa —comentó Raul mientras arrastraban los pies y él llevaba la figura de cristal.

—Bueno, pues yo no voy a pasearme desnuda por tu casa.

—Nuestra casa.

Lydia no hizo caso y le preguntó por Loretta.

—¿Por qué acabó trabajando en tu casa?

—Porque siempre se portó bien conmigo y supe que no tendría trabajo cuando murió mi padre.

—Entonces, ¿tienes amigos?

—Eso parece.

Estaban en el dormitorio de él, habían vuelto a donde ella había prometido que no estaría. Le gustaba más todavía la segunda vez.

—Es impresionante.

—Ya es tu cuarto.

Vio que ella se ponía rígida.

—Lo digo de verdad.

—Raul, ¿podríamos hablar de esto mañana? Todavía hay que resolver muchas cosas.

—Están resueltas.

—Raul, estoy aquí porque te enteraste de que estoy embarazada. Creo que eso no es gran cosa para cimentar una relación.

—Yo tampoco lo creo. Al fin y al cabo, viví con mis padres. No es solo el bebé.

—Por favor, no digas solo lo que crees que tienes que decir. Eres un mentiroso, Raul —Lydia pensó en el avión, en la primera vez que volaron hasta allí—. No puedo soportar la idea de que finjas… cariño. Y eso es lo que has estado haciendo todo el rato…

—Jamás.

—Tú te plantas ahí, me dices que estás diciendo la verdad y, acto seguido, mientes.

—No estaba mintiendo cuando te tomé la mano. Me importabas cuando tomamos un taxi en vez de mi coche. Y cuando no nos acostamos aquella primera vez… Por un segundo, me planteé lo maravilloso que sería vengarme de él.

Ella sollozó y se rio porque estaba siendo dolorosamente sincero.

—Sin embargo, no seguí —le recordó Raul—. Por la mañana no pude dejar que te marcharas.

—Debiste haberme dicho que conocías a Bastiano.

—Lo sé —reconoció Raul—, pero también sabía que, si te lo decía, te marcharías. Y te marchaste.

—Si me lo hubieses dicho…

Ella no terminó la frase porque él tenía razón. Se habría marchado si se hubiese enterado, independientemente de cómo se hubiese enterado.

—Te eché mucho de menos —dijo Raul.

Ella supo que estaba mintiendo.

—¿Tanto que no intentaste ponerte en contacto conmigo hasta que te llamé y te dije que estaba embarazada?

—Lydia, ni siquiera sé cómo te apellidas. He hecho que Allegra rebusque por todos los castillos de Inglaterra.

Ella no lo creía y él lo sabía.

—Pregúntaselo.

—Ella dirá lo que tú le digas que diga.

—Creo que por fin he encontrado a alguien tan desconfiado como yo.

—Tuviste tres meses para encontrarme, pero apareciste de repente el mismo día que te llamé para decirte que estaba embarazada.

—Estaba de camino cuando oí tu mensaje.

Raul dejó la figura desnuda en la mesilla y fue a un cajón para sacar un trozo de papel con el nombre y la dirección de ella.

—Es la letra de Bastiano. Fui a Casta para preguntárselo a él.

Le dio el papel y Lydia lo miró. Además, pensó que lo guardaría toda la vida porque indicaba que la había echado de menos.

—¿Fuiste a ver a Bastiano solo para esto?

—Bueno, no fui por su compañía.

—¿Os peleasteis?

—No —contestó Raul—, pero casi. Dijo que quería un anillo que me había dejado mi madre.

—¿El anillo que tenías en la mano?

Raul asintió con la cabeza, se tumbó en la cama y dio unas palmadas para que ella se tumbara con él.

—¿No le bastaba con lo que te había arrebatado? —preguntó ella mientras se tumbaba en la cama.

No podía ni imaginarse que su madre le dejara la mitad de la herencia a un amante muy joven en vez de a su hijo único.

—Al parecer, era un anillo que él le había regalado a ella.

—Ah…

—Él quería recuperarlo a cambio de tu dirección. Creo que pudo ser de su madre. Es huérfano… y no fue la primera aventura de mi madre.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque estuve mintiendo a mi padre para encubrirla desde que era muy pequeño.

Y había estado mintiéndose a sí mismo para proteger el recuerdo de ella desde que murió.

—Bastiano solo tenía diecisiete años, la mitad que ella. Entonces, yo creía que éramos hombres y lo odié como tal, pero ahora…

Todo era muy distinto cuando miraba hacia atrás.

—Éramos buenos amigos de niños.

—¿Podríais volver a serlo?

Raul estuvo a punto de dejar escapar una risotada despectiva, pero se lo pensó un instante.

—No lo sé…

Le gustaba estar tumbado en la cama hablando con otra persona y no estar solo intentando encontrar el sentido de las cosas.

—Creo que mi madre tuvo problemas durante mucho tiempo. Es posible que los tuviera incluso antes de casarse. Ni siquiera sé si soy hijo de mi padre.

—¿Importa?

—Creo que a él sí le importaba.

—¿Por eso te pegaba?

Él no le había contado que Gino le había hecho esas cicatrices en la espalda, pero ya estaba claro y Raul asintió con la cabeza. Además, cuando repasaba sin odio aquellos tiempos, y con ella al lado, le resultaba más fácil ver las cosas. Tenía una mano en el abdomen de Lydia y podía notar el ligero abultamiento. Empezaba a asimilar de verdad que iba a ser padre.

Ella notó la mano y se preguntó qué estaría pensando él.

—No soy una cazafortunas, Raul.

—Ya lo sé. Tuve que meterte la figura en la maleta, ¿te acuerdas?

Él había repasado esa época una y otra vez.

—Creo que no tomé la píldora todos los días aunque mi madre me lo había repetido una y otra vez. No pensaba acostarme con Bastiano y quizá debería haber sabido que no era seguro hacer el amor. No lo pensé.

—Lydia, si aquella noche hubieses llevado un cinturón de castidad, yo habría buscado una cizalla. Además, podría haberme empeñado en ponerme un preservativo. ¿Le has contado a tu madre que estás embarazada? —añadió él.

—No.

—¿Cuándo piensas decírselo?

—Cuando esté preparada.

—Me alegro de que me lo dijeras antes a mí.

—Mi madre estaba hecha un lío cuando llegué. Creo que la pérdida de mi padre le ha afectado por fin. Expulsó a Maurice y ahora está en casa de su hermana. Ha accedido a que vendamos el castillo.

—Lydia, cuidaré a tu madre, pero no a él.

Nunca podría perdonar a Maurice. Lydia, entre sus brazos, se rio levemente por lo que había dicho de Maurice, pero entonces también cayó en la cuenta de lo que había dicho de su madre.

—No hace falta que hagas eso.

—Claro que sí.

—No, Raul.

—Vamos a ser una familia, Lydia. Cásate conmigo.

Ella se quedó en silencio. Podía notar la mano de él en el abdomen y puso su mano encima. Sabía lo que sentía por Raul, pero también había querido decir lo que había dicho; un bebé no los salvaría.

—Ni siquiera te gustan los niños.

—No —reconoció Raul—, pero sí me gustarán los nuestros. Por favor, créeme si te digo que no te pido que te cases conmigo por el bebé.

—Lo sé.

Casi lo sabía. Raul había reconocido que era un mentiroso manipulador y todavía no estaba segura del todo de que no estuviese diciendo lo que tenía que decir para apaciguarla. Entonces, se acordó de la cara de espanto que puso cuando lo desenmascaró. Arabella ni se inmutó cuando la descubrió.

Él no parecía dispuesto a hacerle daño. Sin embargo, le daba miedo creerlo. Mientras le daba vueltas a la cabeza intentando encontrarle un defecto a ese amor, Raul estaba dejándose llevar por la primera sensación de tranquilidad de su vida.

Ya había contestado a sus preguntas constantes de cómo era ella. Se acordó del arrebato de celos que le dio cuando creyó que Bastiano y ella podían ser amantes. En ese momento, estaban tumbados juntos y la miró.

—¿Tuviste celos cuando pensaste en Allegra y en mí?

—Claro.

—¿Los tienes ahora?

Ella negó con la cabeza.

—Es verdad que estuvo buscándote durante semanas y, además, acabo de enterarme de que también está embarazada.

Entonces, él le contestó a una pregunta que a ella ni se le había pasado por la cabeza y ella supo que ya no estaba celosa o recelosa.

—No es mío.

—Eso espero.

Él sonrió y a ella la resultó fácil sonreír también. Sin embargo, él pudo captar el brillo de unas lágrimas en sus ojos cuando debería ser su noche más feliz.

—Cásate conmigo —repitió él.

—Raul…

Sabía que él la quería profundamente y sabía lo que sentía por él, pero todavía tenía cierto miedo de que él lo preguntara precipitadamente, de que solo lo hiciera por el bebé. Sabía que tendría que sobrellevarlo, tendría que aceptar que nunca sabría del todo si estaban juntos solo por el bien del bebé.

—Me espantó estar sin ti —comentó Raul.

—Y a mí sin ti.

—No. Lo digo de verdad. Me sentía como si pasase algo, como si el cielo estuviese demasiado bajo.

Había pasado meses intentando dilucidar qué pasaba y en ese momento, de repente, supo con toda precisión lo que había pasado. No lo había sentido antes.

Lydia se quedó mirando la lámpara del techo a la luz de la luna. Las contraventanas estaban abiertas y se oía a un gondolero que cantaba en el canal.

Entonces, ella oyó algo. No fue una campana, pero sí fue algo igual de claro y que le llegó al alma.

—Te amo —le dijo Raul.

Podía decirse de muchas maneras, pero cuando se decía así era un sonido y una sensación que vibraba y permanecía para siempre. Ella había oído la verdad de él. Eso era amor de verdad.